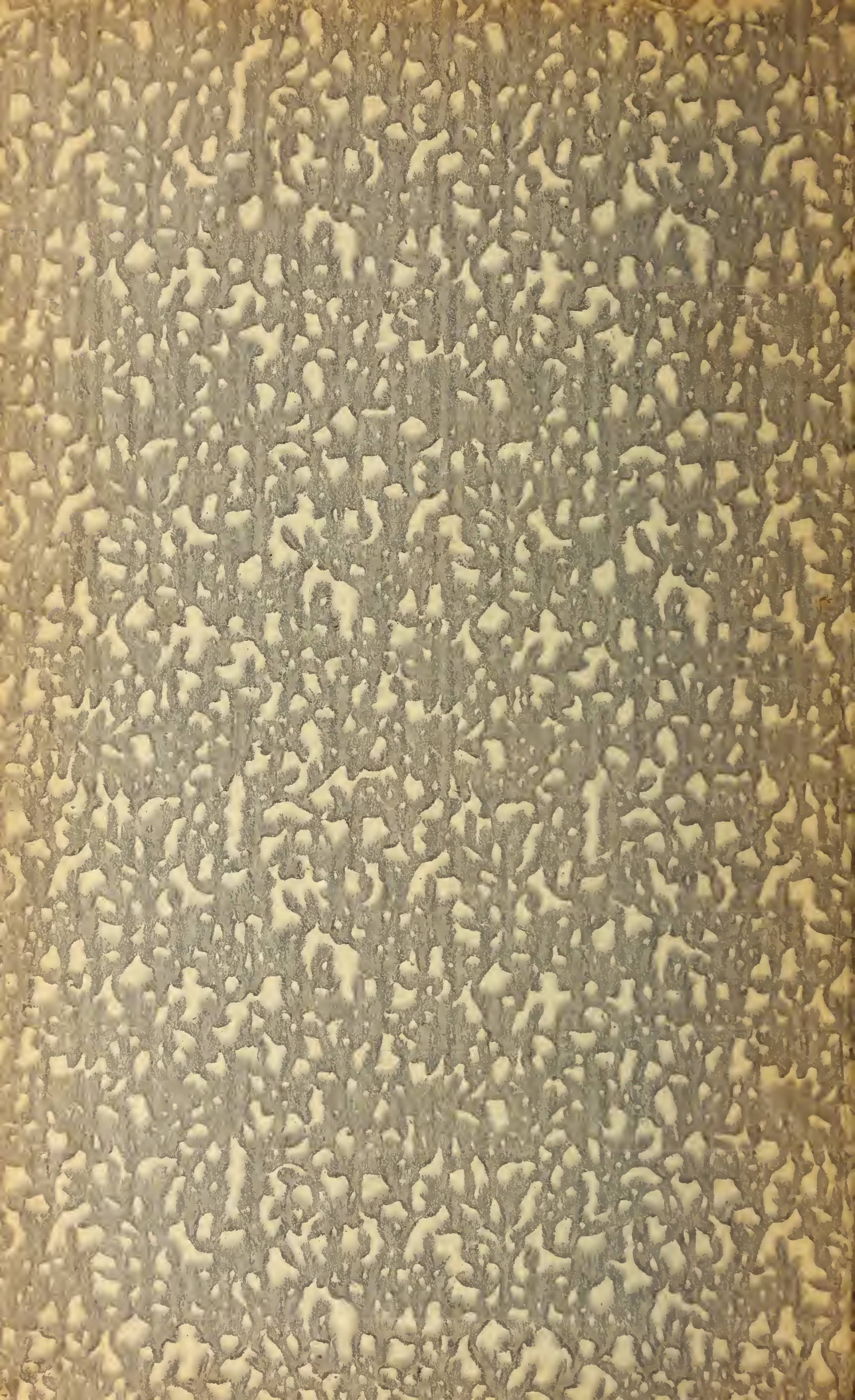






EL GRAN GALLEGO

(FR. MARTÍN SARMIENTO)



BIBLIOTECA GALLEGA

EL GRAN GALLEGO

(FR. MARTÍN SARMIENTO)

POR

D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

Magistral de Lugo, Prelado Doméstico,
Profesor de Arqueología, Árcade Romano, Capellán de Honor,
Predicador de S. M., Misionero Apostólico, Correspondiente
de las Reales Academias de la Historia y Sevillana de
Buenas Letras, Socio de la Artístico-Arqueológica
Barcelonesa, Capellán Honorario de la
Santa Casa, etc.



LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR

1895



DEDICATORIA

AL EXCMO. SR. D. FR. GREGORIO M.ª AGUIRRE

Arzobispo de Burgos.

Costumbre es, de antiguo recibida y por los escritores aceptada generalmente, dedicar las producciones del ingenio á las personas á quienes se tiene más en lo interior del cariño: con lo cual se hace público éste, según las leyes de la gratitud lo exigen, se renueva su testimonio, y se cree pagar en algo las deudas sagradas del reconocimiento, al ofrecer lo que, si vale poco, suele costar mucho y no parecer del todo mal á los autores, que, en su amor de padres, por raro caso tienen ojos para advertir las faltas del fruto de sus desvelos y afanes literarios.

Los inapreciables favores que de la liberal y, aun me atreveré á decir, pródiga mano de V. E. vengo recibiendo, no me dejaban libertad en la elección de la persona cuyo nombre debiera ir al frente de mis otros opúsculos, consagrados, en su mayor parte, á estudiar las glorias del país donde estoy, y ocupo inmerecido puesto, gracias, principalmente, después de

Dios, á la bondad de V. E.: aun sin ella, este libro á nadie con mayor motivo pudiera dedicarse que á quien nació en la misma provincia que el primer regionalista gallego; *empleó, á imitación suya, los generosos anhelos de su espíritu y el poder fecundo de sus iniciativas y de sus afanes, en procurar el bien de Galicia, obteniendo, en justo y espontáneo retorno, sincera admiración y altísimas honras; renunció, como él, á las vanidades del mundo, profesando la austeridad de una estrecha orden monástica; y se le parece en la penetración del entendimiento, en lo incansable de la actividad y en lo profundo y extraordinario de la modestia.*

Dígnese, pues, V. E. admitir el ofrecimiento de la presente obrilla, que de todo derecho le pertenece, no viendo en ella sus muchas imperfecciones, sino lo acendrado del afecto que el autor le profesa, con el que

b. s. p. a.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.

Lugo, Enero del 95.





INTRODUCCIÓN



EL presente libro viene, al mundo literario, desnudo de galas y bellezas que referir, y sus defectos hállanse tan á vista de ojos, que no hay manera alguna de ocultarlos; siendo, por ende, empeño inútil que acudiese en su ayuda la mano amistosa de ajeno prologuista.

Aunque no hay hijo que parezca feo á su padre, tan poco nos satisface la obra que hoy damos á luz, concebida al amor que profesamos al país en que vivimos, como la mayor parte de las que brotaron de nuestra mal tajada pluma,—*La exposición contínua del Santísimo, El Monasterio de Samos, Historia del culto eucarístico en Lugo, Aras de la Catedral de Lugo, El Seminario de Lugo desde su funda-*

ción—que sólo á ruegos de nuestro bondadoso amigo, el editor, nos hemos atrevido á hacer gemir con ella los tórculos.

Excusárase del todo nuestra pobre tarea, si se hubiese puesto por obra lo que «estaba ya más que pensado» (1) á la muerte de Sarmiento; mas no llegó la *ocasión oportuna* que se esperaba, y no sacaron del fondo del tintero su vida los que mayores motivos tenían para conocerla.

No faltan biografías suyas, y algunas honran á sus autores; ni venimos nosotros á llenar un vacío, ni á satisfacer una necesidad de la literatura, como es de rigor decir en los prólogos al uso; pero sí creemos que la vida del ilustre benedictino merece algo más que un artículo de periódico.

No puede parecer excesivo el número de páginas que hemos dedicado al asunto. Los apuntes impresos para la vida del señor Mosquera, Obispo de Santa Fe de Bogotá, llenan tres mortales volúmenes en folio. Walkenaer escribió cinco tomos acerca de Madama de Sevigné, y la muerte le interrumpió en su tarea á los doce años de haberla emprendido; y son muchos los escritores que, valiendo menos que Fray Martín, dieron materia para sendos abultados libros.

(1) Página 43 de las 94 que, en 1773, publicó el Monasterio de San Martín de Madrid en honor de Sarmiento, á expensas de un amigo de éste.

Si las obras de Sarmiento corriesen impresas, sería quizá punto menos que ocioso detallar una por una las circunstancias y hechos de su monótona vida; porque, leyéndolas atentamente, podría, quien quisiera, recoger á poca costa las noticias autobiográficas, acá y allá dispersas, y sacar en limpio el conocimiento de la vida del autor. La mayor parte de los libros que hay sobre Historia Literaria, advierte Fray Martín, se reducen á disputar sobre si determinado escritor fué de aquí ó de allí, si tuvo ésta ó la otra profesión, si vivió en un tiempo ó en el de más allá, y si son suyas tales ó cuales obras; pues de algunos autores, como Valerio, Curcio y Justino, se ignora la época, y de otros, en cuyo número debe ponerse á Claudiano y Hesiquio, ni siquiera se sabe la religión. Para evitarlo á lo sucesivo, proponía Sarmiento lo siguiente (1): «que salga un decreto real, obligando á cualquier autor que haya de dar á luz ó imprimir un libro, para que, ó al principio de la obra, ó en el medio, ó al fin de ella, ponga una llana ó una hoja, en la cual noticie al público quién es, de donde, que estado y profesión, que empleo posee, que edad tiene, cuando nació y en que parroquia está bautizado, que padres tiene ó ha tenido, si tiene ó ha tenido hijos, etc., y cuantas y cuales obras ha impreso ya, cuando imprime aquel libro.» No cumplió el autor este precepto al pie de la

(1) *Obligaciones de autores é impresores.*

letra; pero no hizo estudio de ocultar su persona á los lectores, antes no es insólito que hable de su familia al discutir, v. g., sobre puntos de literarura, ó refiera sus empleos tratando de historia natural, ó descubra su carácter, discurriendo sobre etimologías.

En muchas ocasiones hemos estimado conveniente referir noticias de la vida de Sarmiento, con las mismas expresiones suyas, por cuanto ellas son el espejo en que se refleja fidelísimamente su alma sincera y candorosa, y en consideración á que, no habiéndose nunca publicado, creemos apreciarán los lectores que no les hagamos gracia de ellas.

No se nos esconde que podrán tenerse por nimiedades y minucias, y aun por datos impertinentes, algunos de los que habremos de exponer: nos excusará, sin embargo, el que nada hay insignificante en los hombres de la talla del Autor, y nuestro deseo, que sentimos no haber llenado, de agotar la materia, de no dejar nada que decir, por lo que hace al fondo, á los que vuelvan á traer á examen el mismo punto.

Si fueran del público dominio las noticias relativas á nuestro biografiado, si estuviesen apurados los datos y agotadas las fuentes, ocasión era de abarcar de una ojeada, ó desde puntos generales de vista, en breve síntesis de estrecho marco, su significación personal y literaria. Pero, cuando, por hablar con Fr. Francisco Méndez, el amigo de Sarmiento, «el tesoro grande que dejó este sabio está oculto con gra-

vísimo perjuicio de la literatura española, y aun del orbe literario todo,» y duermen, por tanto, el sueño de los justos, en el polvo de las bibliotecas, los parágrafos de sus escritos en que está retratada, con movimiento y vida, su propia persona, parece lo más oportuno principiar por el principio, trazando el cuadro completo de su existencia, fundando sobre sólido asiento las afirmaciones todas, y estableciendo seguramente el apoyo y punto de partida que pueda servir para más artísticos y brillantes, y aun quizá más provechosos, estudios.

No por vano alarde de erudición hemos procurado citar, siempre que nos fué hacedero, con la individuación posible, los lugares donde recogimos nuestros datos, sino para facilitar la consulta á quien tuviere interés en ello, y para que, una vez el venero sabido, manos más hábiles puedan extraer en mayor abundancia y con más acertada selección el mineral precioso.

Nuestro propósito ha sido estudiar la vida, no las obras de Sarmiento, menos en lo que sirven para conocer aquélla: los tres últimos capítulos no se hallan, sin embargo, fuera de lugar, pues patentizan su amor á Galicia, el cual es uno de sus más salientes caracteres, y explica el título de esta obra.

Nuestro editor que, á su cualidad, une la nada común de conocer á maravilla la historia de esta tierra, no duda en llamar á Fr. Martín el *primer regionalista gallego;* y un vate, síncrono suyo, calificábale de «El gallego mejor

que hubo en Galicia:» todo lo que el regionalismo moderno puede pedir en defensa de Galicia, lo reclamaba ya en sus días, en un siglo centralizador, en la corte de España y á la faz de los Gobiernos, el valeroso benedictino, que no se contentaba con entusiasmos líricos, extravagantes y hueros, sino que, hombre práctico si los hay, pasó su larga vida, modelo de actividad incesante, trabajando por la utilidad inmediata de esta región, y discurriendo trazas y arbitrios para que en lo venidero pudiera remediarse su estado por demás lastimoso.»

Después del amor de Dios, el de Galicia reinaba en absoluto en el corazón de Fray Martín, y él inspiraba de todo en todo sus pensamientos, su voluntad y sus obras. Decir lo que hizo por esta tierra, es contar toda su vida, consagrada por entero á cumplir los deberes que el patriotismo impone.

El editor de la Biblioteca Gallega, ha pagado merecido tributo á la memoria de Sarmiento con la publicación de este volumen, que es lástima no haya sido escrito por mano más hábil y más competente. ¡Ojalá que el segundo centenario de Sarmiento sea ocasión para que, por quienes pueden y deben hacerlo, se impriman sus obras, á fin de que no se repita con verdad lo que dijo con pena un periódico hace ya más de cien años (1) «desgracia nues-

(1) *El Correo de los literatos,* núm. del 31 de Enero de 1782.

tra y asunto de burla para los estranjeros, que tan preciosa colección, almacén de tan exquisitas noticias, sea inédita. Esta especie de obras entiendo que utilizan tanto á una nación, como las bien arregladas y dispuestas sobre asuntos particulares. No hay prueba tan conveniente de nuestra desidia é inacción, que despreciar y remitir al olvido las producciones, como quiera que hayan quedado, de tan singulares sabios como el P. Sarmiento, literato laboriosísimo y honor de nuestra España.»







CAPÍTULO I

PATRIA Y FAMILIA DEL P. SARMIENTO

«¡Qué cosa más lastimosa, decía el P. Sarmiento, al tratar de las *Obligaciones de los autores, impresores,* etc., qué cosa más lastimosa que no saber al presente la patria de Miguel de Cervantes, (1) habiéndose hecho tan famoso por su historia de D. Quixote! Bien que sobre la patria de Homero hayan disputado siete famo-

(1) La disputan Consuegra, Esquivias, Lucena, Alcázar de San Juan, Madrid, Sevilla, Toledo y Alcalá de Henares.

sas ciudades (1), queriéndole cada una para sí; pues en tanta antigüedad ya no era factible otra cosa: pero es cosa digna de remedio que esto haya de suceder con autores que han sido coetáneos á nuestros bisabuelos, y en el tiempo en que hay imprentas en el mundo.»

El autor indudablemente no imaginaría que disputa como la empeñada sobre la patria del manco de Lepanto, hasta hoy sin resolver de modo terminante, pues, cuando se concedía esta honra á Alcalá de Henares, acaba de salir al público doctísimo libro que la traslada á Alcázar de San Juan, existiría acerca de la suya, y no ya en tiempo de los biznietos de sus contemporáneos, sino desde el punto y hora que cerró los ojos á la luz del día.

Nosotros que, en esta cuestión, procedemos *sine ira nec studio,* sin formar *á priori* nuestra opinión por prejuicios de ninguna especie, examinaremos con entera imparcialidad los diversos pareceres y los fundamentos en que se apoyan, para dar nuestra sentencia con pleno conocimiento de causa, en litigio tan interesante por lo antiguo y porfiado de la disputa, por la

(1) Eran éstas, Rodas, Colofor, Chio, Atenas, Argos, Esmirna y Salamina.

calidad de los contendientes, y por ser de tanto valor la propiedad sobre que versa, el nacimiento del famosísimo sabio que basta por sí sólo para dar honra inextinguible al pueblo que pueda contarle entre sus hijos.

Sería ocioso completamente que nos detuviéramos á demostrar que nuestro biografiado no es extranjero; pues la absurdidad de semejante aserción al punto salta á la vista, y no se comprende cómo haya habido quien tal cosa llegase á fingir.

Ramírez (D. Braulio Anton), en su *Diccionario de bibliografía, premiado por la Biblioteca Nacional en 1865,* dice (1) que Sarmiento nació en Segovia. Nichaud, en su *Biographie Universelle* (2) asegura que *naquit á Ségovie.* Larousse, en su *Grand Dictionaire Universel du XIX siécle* (3), escribe lo siguiente: «Sarmiento (Martín) érudit espagnol, né á Segovie.» Roque Barcia, en el tomo IV de su Diccionario, y Serrano, en el tomo X del suyo, suponen lo mismo.

Bocons y la mayor parte de los que dispensan á Segovia el honor de haber visto nacer al

(1) Pág. 624.
(2) T. 38, pág. 19, ed. Louis Vives.
(3) T. 14, ed. 1875, pág. 229.

P. Sarmiento, señalan como primer año de su vida el de 1692: si, por consiguiente, en la refeferida fecha nació algún Martín Sarmiento en dicha población, no fué el famoso benedictino de que aquí tratamos; pues éste tenía menos edad, como se deduce de sus mismas palabras al hablar de la *enseñanza de la juventud:* «Algo más singular es lo que á mi me sucedió por el mes de Abril de 1714, cuando escasamente había cumplido los 19 años de edad.» Donde se ve que el Rvdo. Padre nació tres años después del de 1692 (1).

Dejando esta opinión, que apenas merece los honores de ser refutada, habremos de detenernos en la que hace nacido en Pontevedra al ilustre discípulo de Feijóo.

Los Sres. Segade Campoamor, La Granja, Rodríguez Seoane y principalmente D. Emilio Alvarez Jiménez (2), se fundan, para sustentar este último parecer, en que Sarmiento, en el tomo II de la *Demostración Crítico Apologética del Teatro Crítico,* llama *paisano* suyo á Feijóo,

(1) Al párrafo 7.569 de su obra de 660 pliegos, dice Sarmiento que nació en 1695.

(2) Según el Sr. Alvarez Jiménez, «todo crítico de buena fe, toda persona sensata, debe opinar como él en esta parte.»

y *suyas* á las historias gallegas; y, lo mismo al hablar de los vegetales de este reino, que al discurrir sobre el método que debe guardarse en la educación de la juventud, da el nombre de su país á Galicia; así como, estudiando la planta *seixebra,* dice: «Saben los gallegos que mudamos la *t* en *ch;* v. g., ó por ejemplo: No te quiero, *non che quero.*» Añaden los que defienden la referida sentencia, que, tratando del dialecto gallego, escribe: «Hoy se usa tolondrón y colondrón, significando el mismo chichón ó tumor, y en Galicia *llamamos* pote;» y que, en las *Memorias para la historia de la poesía,* declara en el núm. 607, que le era natural el idioma gallego, y, en el número 452, que él mismo era gallego, y en la sección de *Escritos en prosa castellana,* que Galicia es su patria; y que, finalmente, en una carta escrita á Mr. Dupont (1), y en la relación del viaje que hizo en 1754, manifiesta que Pontevedra es su patria, y que él es de la mencionada *villa marítima.*

A fuer de imparciales, añadiremos, por cuenta propia, otros datos ó expresiones que hemos recogido en sus papeles y parecen venir en

(1) La fecha de este escrito, no citada por Alvarez Jiménez, es la de 16 de Enero del 64.

apoyo de los que le dan por lugar de nacimiento á Pontevedra.

Escribiendo, en 31 de Mayo de 1758, desde Madrid, al P. Maestro Martínez, le decía Sarmiento:

«En las vecindades de Pontevedra *tenemos* un Santo que es casamentero de las viejas; y una Santa que reparte maridos. Al primero, se canta esta copla:

> Santo San *Justo de Fraga*
> Casamenteyro das *vellas,*
> ¿Porque non casais as Mozas?
> ¿Qué mal vos fixeron elas?

A la segunda, esta otra:

> Santa *Justa de Moraña*
> De Moraña Morañeyra,
> Fun aló que me casase,
> Dixo qu' andasse solteyra.»

En el diario del viaje que hizo en 1745, llama su *patria* á Pontevedra, al folio 154.

En carta al Conde de Aranda, fechada en Madrid el 25 de Junio de 1757, refiriéndose á Pontevedra, decía: «En *mi país,* que está muy poblado, ni hay gitanos ni ladrones de monte, ni aun el nombre de fieras, y sus montes son unos jardines empinados.»

En su *Problema Corográfico* dejó escrito, como en los *Elementos Etimológicos,* que *había mamado* la lengua gallega.

Dirigiéndose á D. José Antonio de Armona, le decía chanceándose: «Si paso por puerco, será por la razón de ser puerco gallego.»

En su estudio sobre si existen en Galicia kalí, sosa y barrilla, hace esta salvedad: «No se tomará por *pasión patria* el que yo afirme que el país de Pontevedra, con sus cercanías, abunda de todo género de vegetables, y abundara de todos los que le faltan, si allí se dejan caer las semillas.»

En el *Plano para hacer una descripción general de España,* asienta terminantemente: «Siendo así, que soy de Galicia por todos los costados.»

De su *Inscripción romana en la Limia,* son estas palabras: «Hace tiempo que medito..... retirarme á mi país..... á fin de saciar mi curiosidad en las cosas que Dios ha criado en Galicia.»

En el *Onomástico de voces, etc.,* escribe: «Dirán mis paisanos que cómo no hay arte ni vocabulario de la lengua gallega.....»

En el volumen quinto, según la colección de Franco Dávila, de su obra magna de 660

pliegos, expresamente se dice natural de Pontevedra.

En la carta que, á 20 de Abril de 1751, escribió sobre recomponer el camino desde el Ribero de Avia á Pontevedra, llama á los de esta ciudad sus *compatriotas.*

Finalmente, en el escrito *Reflexiones literarias para una biblioteca real,* fechado en Diciembre de 1743, dice: «El Arzobispado de Santiago, mi diócesis.»

De las copiadas palabras, y de otras que citaríamos, si no temiéramos cansar á los lectores, parecen deducirse dos consecuencias: primera, que la patria de Sarmiento es Galicia; segunda, que, entre las ciudades de esta región, la antiguamente villa de Pontevedra es llamada por él su patria.

Respecto al primer punto, es de advertir que los benedictinos del monasterio donde murió Sarmiento, opinaban (1) que aun habiendo nacido fuera de Galicia, podía esta región llamarse su patria, según la ley 19, título 3.º, libro 1.º de la Nueva Recopilación,—y la ley 7.ª del título 14 del libro 1.º de la Novísima,—y en

(1) Oración fúnebre..... con varios elogios hebreos, griegos, latinos y castellanos, pág. 43, ed. Madrid, 1773.

conformidad con lo que dicen los juristas acerca de semejantes nacimientos.

El haber nacido en Villafranca Fr. Martín, decían aquellos Religiosos, «no puede servir para desnaturalizarle después de su muerte de aquel país de sus padres, de que fué siempre reconocido por natural mientras vivo, de aquella hermosa *Hellenes*..... Hay también á su favor, que su Reverendísima la reconoció siempre de palabra y escrito por su única patria, arreglándose en esto á lo autorizado por el Evangelio en la persona de Jesucristo, llamado Nazareno y natural de Nazareth, de donde eran sus padres, no obstante haber nacido en Belén» (1).

Prescindiendo de las diversas y amplias acepciones que puede tener la voz *patria,* nada extraño es que Sarmiento considerase como suya á Galicia, y como paisanos y compatriotas á los gallegos; pues, escriben los señores Maffei y Rua Figueroa en su *Bibliografía minera Hispano Americana,* «por las afecciones del país,

(1) El pasaje á que se alude en las palabras copiadas es el versículo 39 del capítulo 2.° de San Lúcas. En el capítulo 9, verso primero de San Mateo, se llama *la ciudad de Jesús* á Cafarnaum, porque residió algún tiempo en ella.

por la incomparable belleza de aquellas risueñas montañas y pintorescos valles, y por la índole del dialecto gallego, que ofrecía ancho campo á las investigaciones filológicas del sabio benedictino, al denominarse gallego, fué como un tributo de entusiasmo y de cariño por su patria adoptiva, residencia y cuna de sus padres.»

A lo cual debe añadírse, que no sólo fué Galicia cuna de sus padres, sino que en ella se crió desde muy niño, hasta que ingresó en el claustro; de allí era toda su familia, y en su hermoso suelo pasaba las temporadas que podía ausentarse de la celda.

Por otra parte, siendo nuestro benedictino de Villafranca, puede decirse que es de Galicia; pues, pese á las modernas caprichosas divisiones geográficas, el Bierzo debe considerarse como enclavado en la región gallega, que antiguamente, según escribe el Sr. Murguía, llegaba hasta los muros de León. La posición y configuración geográfica, las costumbres, el dialecto, la historia, las tradiciones, los refranes, los bailes y otros mil motivos que no son del presente caso, permiten tener al Bierzo, sin violencia alguna, como parte de Galicia. Más lejos se hallan las Riberas del Órbigo y los paises de las *Vegas*

y *la Cepeda:* y, sin embargo, el Sr. Martínez Salazar, peritísimo en materias *folklóricas,* dice (1) que si á aquellos pacíficos habitantes «se les despojase de su capa parda *(anguarina),* resultarían vestidos con polainas, calzón, chaleco, chaqueta y montera semejantes á los usados en algunas aldeas de las montañas de Galicia, y aun con variantes menos notables que las que se observan entre los aldeanos de las diversas comarcas de este país encantador.» Por estas razones, y por tener en Pontevedra la casa solariega y la residencia de su familia, explícase perfectamente que se llamara gallego y adoptara por patria la hermosa ciudad del Lérez, y que pudiera decirla su pueblo.

El Sr. Alvarez Jiménez, tratando de recabar para Pontevedra la gloria de ser patria de Sarmiento, escribe el siguiente párrafo (2): «Una prueba más, fundada en el significado y uso de una palabra. En varios pasajes de sus obras llama el monje benedictino á los aldeanos *paisanos,* palabra que sólo se emplea en Galicia

(1) Biblioteca Gallega, t. 12, p. XXVI.

(2) *Biografía del R. P. Fray Martín Sarmiento y noticia de sus obras impresas y manuscritas* con indicación de los archivos y bibliotecas donde se hallan, obra premiada en los Juegos Florales de Pontevedra, de Agosto de 1884, página 13.

en tal acepción; lo que revela bien á las claras que el Padre sigue el uso de su tierra.»

El Sr. Alvarez Jiménez, no cita ningún pasaje en que Sarmiento emplee tal expresión; pero es indudable que los hay en abundancia en sus obras, v. g., cuando dice (1): «Se sabrá á qué género de enfermedad están sujetos por lo común los paisanos.» Mas ello no prueba nada en sana lógica; pues no hay relación entre usar un vocablo en el sentido que solamente le dan en determinada región, y haber nacido en la misma, ni lo uno es consecuencia de lo otro.

Tampoco demuestra que Sarmiento haya nacido en la ciudad de *Hellenes,* la circunstancia de que allí sea antiguo su apellido: esto, á lo sumo, serviría para establecer la genealogía, no para señalar la patria del famoso benedictino.

Por último, el ilustrado Profesor del Instituto de Pontevedra, trae en apoyo de su tesis la partida de defunción del P. Sarmiento, en que se le llama «natural de la villa de Pontevedra, Arzobispado de Santiago, Reino de Galicia.»

El argumento de la partida mortuoria tendría fuerza, si otros contrarios no vinieran á destruirlo. En aquellos tiempos no siempre se em-

(1) Colección Franco Dávila, t. 8, núm. 135.

pleaba en la redacción de instrumentos semejantes, la escrupulosidad que hoy día: llamando Sarmiento de contínuo á Pontevedra su patria, teniendo allí su familia, y conservando tan extremada afición á aquel país, no es maravilla que el que asentó la partida de su muerte trocase los frenos suponiéndole pontevedrés: y que fué equivocación marcada, aparte de lo que después verá el curioso lector, pruébalo, sin género de duda, el que, tal vez á consecuencia del mentado documento, habiendo dicho lo mismo la *Gaceta de Madrid* (1), fué inmediatamente rectificada la noticia en la prensa, y puesta la verdad en su punto por *El Mercurio Político* con estas palabras: «En 7 de este mes falleció en el Real Monasterio de San Martín de esta villa, á la edad de 78 años, el R. P. Maestro Fr. Martín Sarmiento, Cronista general de la orden de San Benito de la Congregación de España, natural de Villafranca del Vierzo, en Galicia (2), no de Pontevedra, como por equivocación se dijo en la *Gaceta de Madrid* de 22 del presente.»

(1) Martes, 22 de Diciembre de 1772, núm. 51, página 373.

(2) Aquí se ve con cuanta verdad decíamos antes que Villafranca es realmente Galicia.

Tales son, en toda su fuerza, los argumentos aducidos por los señores antes citados para probar que Sarmiento es hijo de la ciudad del Lérez.

A ellos añade *El Diario de Pontevedra*, en su número 2.388: «La inscripción de su sepulcro, que copia D. Luís Ponz, Académico de San Fernando, en su obra *Viaje artístico por España*, y en la que se dice que Fray Sarmiento era natural de Pontevedra.» Pero la inscripción latina que constituye el epitafio que Ponz transcribe (1) dice que es gallego, no que sea de Pontevedra, y la compuesta para su lápida, luego de su muerte, afirma que es gallego, de origen, pero natural de Villafranca: «*Hic jacet R. P. Magister Fr. Martinus Garcia Sarmiento, Origine Gallaicus, natus Villafranca Vierzensium.*»

En prueba de nuestra imparcialidad, aduciremos otros datos que no aprovecharon los defensores de la patria gallega del P. Sarmiento, y que no tienen más fuerza que los anteriormente refutados.

Además de Florez, (2) hace natural de Gali-

(1) Ed. 2, t. 5, pág. 203.

(2) *España Sagrada.*

cia á Sarmiento su contemporáneo el autor de la *Réplica satisfactoria,* cuando dice en la página 43: «Lo sexto: porque imprimiéndose mi libro en la imprenta de Francisco del Hierro, en cuya oficina se acababa de hacer lo mismo con el III tomo del *Theatro* (de Feijóo), corría con la impresión su agente, amigo, discípulo y *paysano* el P. Sarmiento.»

Y en unas octavas reales impresas al año siguiente de haber finado Sarmiento, se lee:

«Cortó de un golpe solo tu guadaña
Contra todo derecho de justicia,
El Español mejor, que huvo en España,
Y el Gallego mejor, què huvo en Galicia;
Con lo que ahora executó tu saña
Puede quedar saciada tu malicia,
Y dexar que lloremos con sosiego
La falta de este, Salomón Gallego.

—

Y á tí, Galicia, Reino muy dichoso
Por haber producido este Sarmiento,
En lance tan funesto, y lastimoso.
¿Qué te podrá decir mi pensamiento?
Sólo puede decirte que es forzoso
Que eternices en tí tu sentimiento,
Porque es constante; que hasta el fin del Mundo
No has de producir otro tan fecundo.

—

A tí en fin, Pontevedra, noble cuna,
En que logró tener su nacimiento,
El que solo debaxo de la Luna
No tuvo igual en el entendimiento,

Te toca cortejar esta fortuna
Con el golpe de su fallecimiento,
Para que esta desgracia en su memoria
Haga más inmortal aquella gloria.»

Pero al terrible adversario de Feijóo le convenía presentar á Sarmiento unido al crítico de Casdemir, no sólo con el lazo de la amistad, sino también con el del paisanaje; y no podía chocar que, en poesía, un versificador de esta tierra llamase gallego á quien, en prosa, tantas veces había tenido el heroismo de apropiarse aquel nombre, no muy estimado, ciertamente, en aquella época.

Algo más fuerza nos hace á nosotros el que, refiriendo su viaje del año 45, al decir que llegó á Villafranca y lo que en ella vió, no consigne Sarmiento, que allí hubiera nacido. Esta omisión no es extraña, dado el carácter de nuestro benedictino y teniendo en cuenta que nació en Villafranca sin ser de allí sus padres, que partió á los pocos meses, que nunca, pues, residió en ella, que vivían en otra parte toda su familia y sus amigos de la infancia, y que el amor que profesaba á su patria adoptiva, Pontevedra, le haría sentir quizá haber nacido en otro pueblo.

No faltan autores, á quienes no se puede ta-

char de apasionados, que suponen al P. Sarmiento natural de Pontevedra; entre ellos, los del *Diccionario biográfico-universal* (1) y los redactores de *Recuerdos de un viaje* por España, así como también el P. Fita, y D. Aureliano Fernández Guerra, Ticknor (2) y otros que no hay para qué citar. Mas, en consecuencia, sólo resulta que no es del todo claro este punto, ó no se ha discutido con la atención que merece, ó no se han divulgado bastante los trabajos hechos sobre él.

Los referidos literatos hablan, como por incidencia, de la patria de Sarmiento; y si valiese juzgar por el número de los autores y no por el peso de sus raciocinios, muchos pudiéramos citar nosotros, según los cuales nuestro sabio abrió los ojos á la luz primera en Villafranca: entre ellos, alguno tan poco sospechoso de parcialidad como el Dr. D. Miguel Colmeiro, y otros tan antiguos como el señor Mariñano, quien, en su Diccionario Geográfico, dice: «*Pontevedra.*—Aquí vivió mucho tiempo..... el Maestro Sarmiento, monje benedictino, *natural de Villafranca del Bierzo.*»

(1) Barcelona, 1832.
(2) Literatura, t. 1.°, época 1.ª, capítulo 3.°

D. Vicente Martínez de la Riva, Catedrático de la Universidad de Santiago y Censor de la Sociedad Económica, escribió, firmándolo con sus iniciales (1), un artículo destinado á averiguar la patria de Sarmiento, y en él concluye diciendo: «No dudo, por lo mismo, en creer por ahora y ciegamente que el Padre benedictino nació en Villafranca del Bierzo el 9 de Marzo de 1695.»

El autor que quizá ha estudiado mejor al P. Sarmiento, nuestro distinguido amigo don Marcelino de la Gesta y Laceta, asienta formalmente, que (2) «Pontevedra no puede alegar mejor derecho á ser cuna de Sarmiento, por haber recibido en ella su primera educación y haber despertado sus mayores afecciones, que lo tendrían los distintos sitios en que hizo sus estudios y cultivó su ingenio, y Madrid mismo, donde escribió sus obras, no para uno ú otro pueblo, sino para instrucción de todos.»

Además, D. Andrés Martínez Salazar, escritor, si los hay, sesudo y mirado, hablando en

---

(1) *El Libredón,* de Santiago, Noviembre de 1884, reprodujo el artículo la *Galicia Diplomática.*

(2) *Indice de una coleccion manuscrita de obras del Reverendo P. Fr. Martín Sarmiento, Benedictino, seguido de varias noticias biblio-biográficas del mismo,* tirada de 100 ejemplares, pág. 144.

La Mañana, de la Coruña, del folleto del señor Portela Pérez sobre los Nodales, dijo que Pontevedra debía levantar una estatua al P. Sarmiento, «que, si nació en Villafranca del Bierzo, de la provincia de Pontevedra eran sus padres, y por gallego se tenía él mismo.» A lo cual replicó el *Diario de Pontevedra:* «Hoy está demostrado, sin lugar á duda alguna, que es nuestro pueblo la patria de aquel erudito escritor, y sólo al que no se haya tomado la molestia de leer los trabajos en pro de esa afirmación escritos, puede ocurrírsele darle por patria el citado pueblo, que es el que menos motivo ha tenido para atribuirse la paternidad de nuestro ilustre paisano.»

Tan rotunda afirmación dió motivo á dos cartas del ilustre Jefe del Archivo de Galicia, que insertó *La Mañana* los días 31 de Octubre y 13 de Noviembre del año 91, en que el erudito publicista insiste en su opinión, tratando la materia con la indisputable competencia que le distingue. Por cierto, que no faltó un periódico, *El Anunciador,* que escribiese del señor Martínez Salazar: «Como es de *Astorga,* intenta arañar esta gloria para su provincia, que es la de León, á la cual pertenece el Bierzo.» En cambio, otros diarios hicieron justicia á la recti-

tud de intención del distinguido Cronista de la Coruña, entre ellos *El Regional,* en su número 2.703. Nuestro amigo, cuya mujer é hijos son gallegos, así como la mayor parte de sus admiradores, ha pasado en Galicia muchos años, y ha hecho, como es notorio, en beneficio y honor de este país, lo que muy pocos naturales de él; y, allende, la provincia á que pertenece por su nacimiento, no está tan necesitada de glorias legítimas, que tenga que pedirlas prestadas á otra región, como verá quien leyere el libro de D. Policarpo Mingote y Tarazona, *Varones ilustres de la provincia de León* (1), en el cual, dicho sea de pasada, no se incluye al P. Sarmiento, sin duda por la misma razón que faltan en él otros muchos famosos leoneses (2).

Finalmente, el Rvdo. P. Fr. Mario Ferotín, archivero del convento de Santo Domingo de Silos, y gran conocedor de los manuscritos de su ilustre compañero de hábito, afirma que éste nació en Villafranca del Bierzo.

Mas autoridad que los citados tiene D. José

(1) León, 1880, imprenta de Alonso de Prado.
(2) Así lo hizo notar, al negarse á costear la impresión, el Presidente de la Diputación leonesa, en sesión de 3 de Febrero de 1879.

Pardiñas Villalobos Soto Romero de Caamaño, coetáneo de nuestro benedictino: no embargante su grande amor á Galicia, su tierra, da á cada uno lo suyo, sin querer para ella lo que de derecho no le pertenece, y, al escribir la biografía de Sarmiento, que por muchas razones tiene asiento propio y de preferencia en su galería de gallegos ilustres, dice (1): «Sarmiento (Fray Martín) monge benedictino, natural de Villafranca del Bierzo, donde nació á 9 de Marzo de 1695.»

Por si lo dicho no fuese bastante, añadiremos que, poco después de la muerte de Sarmiento, *El Correo Literario* (2) afirmaba rotundamente, sin temor de ser desmentido: «Está averiguado que nació el autor en Villafranca del Bierzo, aunque él siempre afectó ser de Pontevedra, por haberse criado allí desde niño.»

Es más: en las honras fúnebres del P. Sarmiento, su compañero de hábito el P. Avalle dijo en el sermón: «Villafranca del Bierzo, á causa de la profesión de su padre, tuvo la gloria, aunque muy momentánea, de ver nacer á este incomparable benedictino.....; gloria que

(1) *Breve compendio de los varones ilustres de Galicia,* publicado por primera vez por el Sr. Martínez Salazar.
(2) Núm. 45.

hubiera honrado su nombre en los anales y noticias públicas, si la suerte no le hubiera trasladado..... á Pontevedra, la que nuestro sabio veneró siempre con todos los cariños y honores de su única patria.» La oración fúnebre fué predicada por quien conocía perfectamente la vida del Rvdo. Padre, en el monasterio donde éste pasó casi toda la suya, y seguramente habría presentado su partida de bautismo, á la cual quizá se referiría el predicador cuando hablaba de los *justificantes que tuvo á la vista,* y dos meses después de su muerte, de modo que hubo tiempo de informarse de su patria. Además, se predicó ante un numeroso concurso, y cualquiera podía saber cómo leerlo, por la *Gaceta de Madrid* del martes 25 de Mayo de 1773; y sin embargo, nadie rectificó semejante especie, á pesar de lo fácil que hubiera sido, y de lo mucho que importaría. Finalmente, y este, á nuestro parecer, argumento gravísimo, es aplicable á mucho de lo que venimos diciendo, se comprende que hubiera quien llamase á Pontevedra la patria de Sarmiento, por serlo de su familia y por las demás razones que dejamos apuntadas; pero que no siendo de Villafranca, haya quien lo diga, es realmente incomprensible; porque no teniendo allí parientes, ni ami-

gos, ni propiedad, ni residencia, no había razón alguna para que se le atribuyese tal patria y no cualquier otra, tanto más, cuanto que no son bercianos ni leoneses los más de los que le aseguran hijo del Bierzo en la provincia de León; ni en Villafranca, que sepamos, se ocupa ni ha ocupado nadie del P. Sarmiento.

En el Archivo de la biblioteca de la Universidad Compostelana existen documentos que hacen creer á quien tenga el juicio libre de preocupaciones, que Villafranca, y no otro pueblo alguno, merece en rigor llamarse la patria de Sarmiento. Hay allí una carta de D. Pedro de la Riega, que se dice sobrino del P. Sarmiento y vecino de Pontevedra, fechada en tres de Diciembre de 1819, en la cual, dirigiéndose su autor á su primo D. Francisco de Paula Cousiño (1), que deseaba datos para la vida de Sarmiento, le alaba por su propósito, y por intentar hacer «la descripción de Pontevedra á quien aquel sabio benedictino llamó siempre su patria, sin embargo de que Villafranca del Bierzo le vió nacer.» Y luego añade: «Yo le puedo su-

(1) Cousiño era nieto de D.ª María Bernarda, hermana del ilustre benedictino, según consta del testamento de aquél, otorgado en Madrid en 29 de Diciembre de 1821, ante el Escribano Domingo Roquirre.

ministrar las siguientes notas: *Fr. Martín Sarmiento nació en Villafranca del Vierzo el año de 1695.*»

En el legajo donde el documento anterior, encuéntrase otro, titulado *Apuntes para escribir la vida de mi tío el Rvmo. Padre Fray Martín Sarmiento, Benedictino Conventual en San Martín de Madrid*, donde leemos: «Nació en la parroquia de Santa Catalina, de la villa de Villafranca del Vierzo, partido de León.» Allí mismo hay un árbol genealógico de la familia de Sarmiento, y en él estas palabras que hacen á nuestro caso: «R. Padre Martín Sarmiento, Benedictino, bautizado en 1695 en Villafranca.» Pero merece especial mención otro manuscrito unido á los anteriores, obra de quien conoció y trató á Sarmiento, puesto que dice: «Su presencia hacía *nuestras delicias.....:* su profundo saber hacía levantar *nuestro* corazón al Padre de las luces.» Su autor quiere que la gloria de este grande hombre pertenezca á Galicia, y, con todo, se ve forzado á confesar que nació en Villafranca del Bierzo. He aquí sus palabras que en realidad de verdad son muy dignas de que en ellas se fije la atención: «Desde que la Grecia y sus siete ciudades nos dieron el espectáculo de disputarse la glo-

ria de haber dado cuna al poeta ciego, hemos visto repetidas semejantes contiendas, no sólo entre ciudades é imperios, sino también entre aquellas corporaciones que sólo aspiran por su instituto á la verdadera gloria. El nacimiento casual del padre Sarmiento en *Villafranca del Vierzo* donde se hallaba su padre de paso, que era Arquitecto, en calidad de forastero, sin domicilio, sin naturaleza y sin más administración que la dirección de una obra, hubo de dar principio á una pretensión semejante en algunos que más por deseo de espatriar y apropiarse tan ilustre personaje, que por razón que tuvieron, quisieran privar á Galicia del derecho que la Providencia le dispensó sobre ese feracísimo Sarmiento.»

Cuanto valor, para corroborar la tesis de los que creen á Sarmiento nacido en Villafranca, tengan los documentos trascritos, está á vista de ojos:

«No es menester alaballo.»

Cousiño, sobrino del P. Sarmiento, en un manuscrito no publicado, que se conserva en la Universidad Compostelana, consignó la siguiente expresión que merece tenerse en cuen-

ta: «Se llenaron de gozo sus parientes y amigos con la noticia de estar electo Abad de Ripoll, por verle introducido en una carrera en que podía labrar la felicidad y engrandecimiento de su familia y aun de *aquel pueblo á quien él honraba con la singular estimación de llamarle su patria.*» Cierto: el ilustre benedictino tenía tanto afecto á Pontevedra, que dábale el honor de apellidarla patria suya, pero no tan constantemente que alguna vez no declarase el verdadero lugar en que había nacido.

En el volumen tercero de la principal colección de sus obras, hay una cuyo título, copiado á la letra, es del tenor siguiente: *Colección de muchas palabras, voces y frases gallegas que en el año de 1745 ví, leí y observé en Galicia, estando á divertirme en la Villa de Pontevedra en donde me he criado.*

Y en su *Historia natural de todo género de erudición,* escribió: «*Me he criado* en la Villa de Pontevedra.» Si hubiera *nacido* en esta ciudad, dado el amor que la profesaba, no se contentaría con decir que allí se había *criado.* Además, en el trabajo que escribió en 9 de Mayo de 1764, bajo el título *Situación y clima de Pontevedra,* trata por extenso de los hijos ilustres de dicha ciudad, sin hacer mención

de que hubiese nacido en ella, lo que parecía natural si así fuese; no para contarse entre los pontevedreses famosos, sino para manifestar lo honrado que se veía en poder llamarlos compatriotas.

Lo que quita todo asomo de duda es lo que dice el mismo Sarmiento en su autobiografía que, copiada por Fr. José Goyanes en 1784, se halla en el volumen letra *L* de la colección de impresos y manuscritos de la Biblioteca provincial de Orense (1).

Allí se leen estas interesantísimas palabras: «Año de 1695.—La noche del 9 de Marzo nací en Villafranca del Bierzo, reino de León.»

En vista de esto, no puede parecer extraño que en la magnífica colección de las obras del P. Sarmiento hecha en 1785, se trate de quitar toda equivocación, advirtiendo que, no embargante decirse gallego el autor, había nacido en Villafranca. El tomo once principia con el *Papel curioso sobre la planta, que en Galicia es muy común y se llama Seyxebra, y en Tournefort Mamadrys fructicosa, Sylvestris Melisio folio, y en Linneo teucrium.* Como en su párrafo 24 parece llamarse Sarmiento compatriota de

(1) También está en la Biblioteca de Santiago.

los de Pontevedra, el colector advierte en una nota: «Sin embargo de saberse no nació allí, sino en Villafranca del Vierzo, aunque sí se crió desde muy niño en dicha Villa.»

En el volumen cuarto de su manuscrito de 660 pliegos hay un prólogo donde el autor, contemporáneo de Sarmiento, dice lo siguiente: «Se extiende sobre la enseñanza de la lengua, prefiriendo para ello los Onomásticos á los diccionarios, y dando la norma de hacer entrar todas las voces puras castellanas en una novela ó viaje literario en que se describa todo el mundo, y entre lo más substancial de todas las ciencias humanas, fingiendo salga la comitiva de estos viajistas desde Astorga con el v. g., de Pedro, en que parece se disfrazó á sí propio, pues tenía este nombre de bautismo, que mudó en el de Martín, en su profesión religiosa, pues está averiguado nació el autor en Villafranca del Vierzo, que está cerca de Astorga, aunque él siempre afectó ser de Pontevedra, por haberse criado allí desde niño.» Finalmente, en las *Memorias para la vida del Padre Maestro Fr. Martín Sarmiento, Benedictino*, que se hallan en el tomo primero de la colección manuscrita de referencia, desde el folio 10 al 18 inclusive, leemos: «No nació en Pontevedra, sino

en Villafranca del Vierzo, aunque sí se crió desde muy niño en dicha Villa.»

El año del nacimiento de Fr. Martín fué evidentemente el de 1695: así consta de sus mismas palabras de que atrás hicimos mérito, á las cuales, si fuera necesario, podían añadirse estas otras que se encuentran en la relación de su segundo viaje: «..... El año de 1700 yo sólo tenía cerca cinco años.»

En carta que escribió Sarmiento á su hermano Javier, en 1769, dice que tenía entonces 73 años; pero se equivocó en la cuenta, la cual echó mejor cuando escribía en otra parte (1), que su madre murió el año 1737, de 87 de edad, y que le parió á los 45.

Respecto al día preciso en que nació, débese advertir que el P. Avalle señala el 18 de Marzo; pero equivocadamente, Pardiñas fija el día 9, y esto es lo exacto. En su epitafio se dice que nació el 9 de Marzo, V Idus, Mart. MDCXCV.

La inscripción *que tiene su busto,* que se halla en la Academia de la historia, expresa lo mismo: D. Benito Fernández de Navia, en la *Conclusión* de la colección de manuscritos de Sarmiento, que copió del archivo del Marqués de

(1) Vegetales kalí, sosa y barrilla, párrafo 326.

Villafranca, en 1843, dice: «El Ilustrísimo y Rerevendísimo Padre Maestro Fr. Martín de Sarmiento..... nació en Villafranca del Vierzo á 9 de Marzo de 1695.» Y esto mismo dice Sarmiento en la *Dedicatoria* de su colección de voces gallegas, y al principio de sus *Apuntamientos sobre monedas romanas etc.*

El decir el predicador de sus honras, que nació en 18 de Marzo, pudo tener origen de que fué bautizado el 19, y, no fijándose mucho en la partida, pudiera creérsele venido al mundo el día antes. Es indudable asimismo, pues consta de los documentos anteriormente citados, y de otros que omitimos por no incurrir en prolijidad, que Martín Sarmiento no es en rigor ni Sarmiento ni Martín: Tirios y Troyanos, lo mismo los que ponen su primera cuna en Villafranca que los que dispensan este honor á Pontevedra, admiten que Pedro José fué su nombre de pila.

El lector habrá extrañado que, siendo cosa averiguada el nombre verdadero de nuestro famoso personaje, y el día en que nació, se gaste tiempo en averiguar su patria, sin acudir al medio más seguro, la exhibición de su partida de bautismo. Sería, en efecto, lo más decisivo y concluyente; pero, por desgracia, no siempre

se tuvo en esta parte el cuidado preciso, como testifica el mismo Sarmiento, en las palabras que siguen, concluyendo por solicitar se estableciese el registro civil (1).

«No hay diamantes para apreciar un libro antiguo de Parroquia. Por tanto me desconsuelo palpando el poco cuidado que en algunos lugares hay con semejantes libros preciosos. Esto quando los hay; en algunos lugares ó no los hay, ó están deshojados, ó están faltos, ó están diminutos en la expresión, ó son ininteligibles, ó por la mala pluma del Cura, ó del que escribió las partidas. Cuantos sean los inconvenientes que se siguen de este descuido, diránlos los que han necesitado registrar con frequencia los libros de Parroquia. Tal vez se confían esos libros á un Sacristán idiota, y, lo peor, venal para qualquier impostura..... Se ha de llevar un quaderno al Archivo eclesiástico público, y otro al Archivo público civil.»

Aunque los encargados de archivos de parroquia no son impecables ni infalibles, las expresiones de Sarmiento tenémoslas por exageradas. La Iglesia vigiló constantemente para

(1) *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real, en el Semanario Erudito*, tomo 11, año de 1789.

que se extendieran en forma y se conservasen las partidas de bautismo. Cabe que un libro parroquial se destruya por cualquier accidente, ó que se arranquen hojas, si en ello hay persona interesada; pero no es tan hacedero que deje de asentarse una partida ó que, si oportunamente no se escribió, no se subsane la falta en la revisión del libro por los superiores, ó cuando el documento sea necesario y pedido.

Sarmiento, para entrar en religión, y en otras varias ocasiones, necesitó su partida de bautismo; luego ésta se inscribió en los libros parroquiales de su pueblo. Si así no hubiera sido, no habría dado poco que hablar, citándose como ejemplo, á nuestro autor, quien, como acabamos de ver, declamaba contra semejantes abusos.

De aquí, y el argumento no tiene vuelta de hoja, inferimos nosotros que Sarmiento no nació en Pontevedra, donde no fué, ni pudo haber sido asentada la partida. Aunque nosotros no fuimos nunca á dicha población, mandamos á una persona de toda confianza, que examinara escrupulosamente sus libros parroquiales, sacando, en consecuencia, de su examen, no sólo que no se encuentra en ellos la partida de nuestro Pedro José García Balboa, sino que nunca se escribió, pues no falta ninguna hoja,

y mucho tiempo antes y después del en que sabemos nació, no se halla señal de raspadura ni de enmienda.

Resta ahora averiguar si la partida de Sarmiento se halla en los libros parroquiales de Villafranca.

El ilustrado párroco D. Juan Manuel Rodríguez, encargado á la sazón de todas las feligresías de Villafranca, nos certificaba en 6 de Enero de 1893, refiriéndose á los libros de Santa Catalina, que: «Desde 21 de Agosto de 1693 no se hallan partidas hasta el 16 de Abril de 1703.» Y la razón es que uno de los libros de bautizados, termina en 21 de Agosto de 1693, y al siguiente le faltan los primeros folios hasta el 59; en los cuales pudo estar escrita la partida de Sarmiento, lo que no es posible decir de los libros de Pontevedra.

Para que no parezca dicho á humo de pajas que la partida de Sarmiento pudo estar en los libros bautismales de la parroquia de Santa Catalina de Villafranca, debemos advertir que allí se casaron sus padres y nacieron tres hermanos suyos (1).

---

(1) La partida de matrimonio se halla al folio 42 vuelto del libro de bautizados, que principia en 21 de Noviembre de 1657, y dice así textualmente, salva la or-

Los padres de Sarmiento estaban en Villafranca en Noviembre y Enero de 1682, época en que se casaron; y en 1683, y en 1686, y en 1693, años en que nacieron sus primeros hijos. ¿Qué repugnancia hay en admitir que hubieran estado dos años más, y, por consiguiente, que en el de 95 naciese allí su hijo Pedro José García Balboa, cuya partida no puede encon-

---

tografía: «En 24 de Enero se velaron Alonso García Gosende, cantero, y Clara de Balboa: fueron testigos don Alonso de Lemos y D. Antonio de Toledo, y se desposaron en 18 de Noviembre de 1682: velólos el Licenciado Salvador, Capellán de dicho Don Alonso=y lo firmo=Josephe Diez Freixo y Guitián.»

Al folio 136 del libro de bautizados, de Santa Catalina, que comienza en 18 de Octubre de 1657, se halla la partida que dice: «En 28 de Noviembre de 1683 de licencia del Sr. Cura, yo el teniente bauticé un niño hijo legítimo de Alonso García y Clara de Valboa: fueron sus padrinos D. Joseph de Armesto y D.ª Margarita Ossorio: llamóse Joseph Antonio;—y lo firmo—Francisco Rodríguez.» Al folio 148 del mismo libro se lee: «En nueve de Setiembre de este año de mil y seiscientos ochenta y seis, de licencia del cura, yo, Martín de Alba, Presbítero, bauticé y puse los santos oleos á un niño que se llama Alonso Antonio, hijo legítimo de Alonso García y nieto de Alonso García y María de Gosende, del lugar de San Juan de Cerecido, arzobispado de Santiago, hijo de clara Valboa, hija de D. Arias de Valboa y María López, del lugar de Perros, obispado de Lugo.» Finalmente, en la página 183 del mismo libro, hay lo siguiente: «En seis de Marzo de 1693, bauticé yo, Martín de Alba, una niña hija legítima de Alonso García y Clara de Balboa: llamóse María Bernarda Josepha.....»

trarse como la de sus hermanos mayores por haber sido arrancadas las hojas en que le correspondía estar?

No solamente es posible que se haya escrito en Villafranca la partida de Sarmiento, lo que no se puede decir de Pontevedra, sí que también no dudamos en adverar que allí se escribió. No la tenía en su poder en 16 de Diciembre de 1819 su sobrino D. Francisco de Paula Cousiño, pues en carta inédita en el archivo de la Universidad Compostelana que le dirigió D. Pedro de la Riega, le decía: «Aunque usted *carece de la Fee de Bautismo de Sarmiento,* no obstante ajusta bien su cuenta, y efectivamente nació en 9 de Marzo del año de 1695, como él dice á su hermano en carta fechada en 1770.»

Pero se conoce que sacó copia autorizada de ella, y la conservó por algún tiempo, pues que en uno de sus papeles dice: «Y habiendo tenido en mi poder la partida legalizada..... ahora, con la entrada de los franceses en Villafranca y revoluciones pasadas, no se encuentra la partida.»

Entendemos, pues, que se equivocan los que tienen á Pontevedra por patria de Sarmiento en el sentido estricto de la palabra; y que se puede ser buen gallego creyendo lo contrario.

Vicetto mismo, de quien dice Leopoldo Pedreira en *El Regionalismo en Galicia* (1), que «representa la monomanía separatista que se había enseñoreado de la historia y de la novela,» y al cual ensalza, como defensor del regionalismo, el Sr. D. Manuel Murguía en su obra *Los Precursores,* después de alabar como se merece al portentoso benedictino, escribe lo siguiente en su *Historia de Galicia* (2).

«Nació en el año de 1695; era de origen gallego, y como tal se tenía él mismo, porque haber nacido en el Vierzo lo consideraba casualidad debida á un viaje de sus padres, vecinos de Pontevedra, donde le educaron hasta que entró en el convento de San Martín de Madrid.»

No parecerá ocioso que nos hayamos detenido tanto á investigar la patria del P. Sarmiento, habida consideración de que símiles cuestiones han dado margen á volúmenes enteros de no escasa lectura. Nos daríamos por satisfechos, si de este modo contribuimos á aclarar un punto tan discutido como interesante: nosotros, á quienes en esto no domina preocupación de ninguna especie, adquirimos con nues-

(1) Pág. 66, ed. 1894.
(2) T. 7, p. 256, ed. Ferrol, 1873.

tro estudio la convicción profunda de que Sarmiento nació en Villafranca; lo que no empece para que le tengamos por gallego, como él á boca llena se decía; no por que hubiera venido allí al mundo *por casualidad,* frase de muchos escritores, dado que en aquel pueblo nacieron todos sus hermanos mayores, y se casaron sus padres y vivieron largos años con ocasión de dirigir D. Alonso García las obras de la colegiata de Villafranca, sino por el origen, entre otras razones; á la manera que él daba carta de naturaleza de gallego á Camoens, el autor de *Os Lusiadas,* porque, «el apellido Camoés es gallego..... y los *Camaños son de la casa de Rubianes, entre Pontevedra y Villagarcía»* (1).

Sus padres, según consta de las partidas de sus hermanos, fueron D. Alonso García y D.ª Clara de Balboa, y habiendo con el santo bautismo recibido el nombre de Pedro José, parece debiera firmar *Pedro José García Balboa.* Pero en los pasados siglos, si no *se cambiaba de nombres como de hábitos,* en frase de un escritor, no cabe negar que nuestros mayores no eran en esta parte muy escrupulosos; lo que da origen muchas veces á no pequeña confu-

(1) *Memorias para la historia de la poesía,* núm. 684.

sión, como sucede con la heroína á quien premiaron los reyes «en consideración á que quando los ingleses sitiaron la ciudad de la Coruña y se dió el asalto, peleó entre los soldados con su espada, pica y morrión,» cuyo verdadero nombre y apellidos estudió, apurando la materia, el Sr. Martínez Salazar en la eruditísima obra *El Cerco de la Coruña en 1589 y Mayor Fernández Pita;* siguiendo la costumbre establecida, Pedro José, al entrar en religión, trocó su nombre de pila en el de Martín, en honor del santo bajo cuyo patrocinio estaba el convento en que hacía la profesión religiosa.

En el acta de su profesión, firma Martín García Sarmiento. Hallándose en el colegio de San Vicente de Salamanca con otros benedictinos de más edad y del mismo apellido *García,* «se vió obligado, según la costumbre de nuestra Religión, á mudarle,» advertían los monjes de San Martín: tomó entonces el segundo de su madre, *Sarmiento,* y no el primero, para no confundirse con el P. *Balboa*. En su familia le siguieron llamando bastante tiempo por su nombre de pila, y así, según él mismo refiere, al despedirse de su madre el año 25, le dijo ella: «Adios, *Perucho* mío, que nunca me diste que sentir.»

El lugar de las obras de Sarmiento, en que más noticias se dan de su familia, es el siguiente (1):

«En ese lugar de Seraje estaba el antiquísimo solar de los *Garcías* de Seraje, de donde todos los Garcías de este país descienden ó quieren descender, y en donde han nacido mis abuelos paternos..... El borrón del escudo es el siguiente: un cáliz con una hostia, y debajo una luna, y un brazo con una llave, y debajo una estrella. Estas armas me tocan por mi abuelo paterno que conocí el año de 1700; yo sólo tenía cerca cinco años. Se llamaba Alonso García de Seraje y Figueroa..... Mi abuelo dicho pasó á casarse á Cerdedo, con María de Gosende, en la casa de Raposeiras, en donde nació mi padre, casa solar del Capitán Juan Gosende, mi tercer abuelo, que casó con María Quinteiro, padres de Alonso Gosende, y éste, padre de mi dicha abuela María de Gosende. Mi madre D.ª Clara de Balboa Sarmiento, de la casa de Perros, en Samos, me dará las armas correspondientes en caso que por ser Abad de Ripoll me obliguen á abrir sello.»

El Libredón, de Santiago, copió una carta,

(1) *Viaje 2.º*

en que se pone la ascendencia del famoso políglota; pero equivocada. En el legajo de la Universidad de Compostela, á que tantas veces nos hemos referido, hay varios árboles genealógicos, por donde se ve claramente quienes fueron sus mayores: lo que no nos parece de grande interés, sin embargo del que le daban los sobrinos de Sarmiento, según se conoce por una carta inédita del Sr. Riega, fechada en 4 de Febrero de 1820.

En la familia de los Balboa, á que, por su madre, pertenecía, hubo famosos capitanes que ilustraron la historia de España con sus hazañosas empresas, y un Obispo de Plasencia, muerto en 29 de Julio de 1414, de quien dice Gil González en su *Teatro de las Iglesias de España* (1), que fué «el mayor letrado que tuvo el mundo en su tiempo.» Los Balboas, dice Corrales en su *Historia de Murcia* (2), «descienden de Galicia: es su casa solariega el castillo de Balboa, 4 leguas de Villafranca. Era cabeza de esta casa Nuño Martínez, y había 70 años que por pleito se la sacó el Marqués de Villafranca.» Sarmiento (3) llama «nobilísima»

(1) T. 3, p. 488.
(2) P. 297, ed. 1621.
(3) *Memorias para la historia de la poesía,* núm. 348.

á esta familia. El apellido con que se firmaba no es menos ilustre. Él mismo (1) habla del *Memorial* que imprimió Pellicer sobre los *Sarmientos,* y nota que Ortíz de Zúñiga, en la página 123 de sus Anales, trae estos versos de Alfonso X:

«A tí, Diego Pérez *Sarmiento,* Leal
Cormano, y amigo y firme vasallo.»

Versos que, efectivamente, se encuentran, con algunas variantes, en la primera estrofa de las *Querellas* del Rey Sabio.

Los terceros abuelos de Sarmiento, dice en una de sus cartas D. Pedro de la Riega, «eran descendientes de la antiquísima casa de Xerafe ó Jeraquium, cuyas armas he visto en una pared de la Rectoral de Balongo.»

En el diario del viaje que hizo en 1745, copió muy despacio el escudo de armas de su tercer abuelo Juan Gosende, capitán de las milicias de Montes, que se encontró en la Coruña en la heróica defensa de 1589 contra las tropas inglesas de Drake. En el segundo *Viaje* á Galicia, el año de 1754, dibujó, el día 12 de Julio, el blasón del Bachiller Juan García de Seraje,

(1) Id. núm. 615.

pariente suyo por su abuelo paterno. Él mismo, sin embargo, á propósito del escudo que le correspondía por la línea materna, escribió: «Bien conozco que todo eso es patarata.» Y con efecto, la honra del P. Sarmiento no está en venir de noble familia, sino en su ciencia asombrosa y en las virtudes que adornaron su vida, como veremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO II

VIDA PÚBLICA DEL P. SARMIENTO

«Superior ingenio, para obsequio de la República Literaria, y para mostrar la singularísima distinción con que honró á nuestro Reverendísimo Sarmiento, tomó á su cargo manifestar al mundo cuál y quién fué: no dudamos que si la inmensidad de asuntos que para bien de la Monarquía están fiados á su cuidado, le dan un poco lugar para trabajar esta vida, lograremos una obra perfecta y completa en el género, y que, saciando el apetito de los eruditos, llenará con satisfacción nuestros deseos.»

Así concluían los monjes de San Martín de Madrid el prólogo que va al frente de las *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles*, de Fr. Martín Sarmiento. Pero las esperanzas de los religiosos no se cumplieron, y la biografía del ilustre benedictino quedó por escribir: afortunadamente hay, desperdigadas en sus obras, bastantes noticias autobiográficas, por donde se puede venir en conocimiento de los hechos culminantes de su vida, y aun seguirle paso á paso en el camino de su laboriosa existencia, consagrada privativamente al estudio, sin aventuras de estrépito ni incidentes dramáticos, monótona como las horas claustrales, sin otro aliciente para investigarla que el serlo de un genio portentoso, benemérito de las letras españolas y simpático para quien profese algún cariño á la región gallega.

A los cuatro meses (1) de haber nacido en Villafranca, no á los dos años como se ha dicho, trajéronle sus padres á Pontevedra, donde desempeñó D. Alonso García el cargo de correo mayor, viviendo en la plaza del Campo Verde

(1) Así lo afirma su panegirista y compañero el P. Avalle.

ó de la Yerba (1). Su memoria prodigiosa le permitía recordar que á los siete años echó su primera firma «en la plana de á cuatro,» y habiendo quemado los ingleses la flota de Vigo en Redondela, huyó á Tenorio con las cuarenta monjas de Santa Clara (2); y que, siendo «muy niño,» iba con su madre á oir misa en la iglesia de San Juan de Dios (3).

Desde que tuvo uso de razón, no cesó de cultivarla con la observación y el estudio, fijándose atentamente en todo lo que veía, notando los más pequeños detalles de las cosas, inquiriendo sus relaciones mútuas, y coleccionando en el seguro depósito de su memoria la innúmera multitud de materiales con que su potente ingenio había de levantar sublime edificio á la ciencia. En varios de sus libros alude á lo que observó en su niñez: cuando leyó una obra francesa en 24 tomos, cuyos títulos eran *Mil y una noche, mil y una hora, mil y un cuarto de hora, mil y un día, etc.,* le pareció, al pasar la vista por aquellos cuentos de los

(1) Carta de D. Pedro de la Riega á D. Francisco de Paula Cousiño, en 3 de Diciembre de 1819.

(2) Autobiografía de Sarmiento, que se conserva en la Biblioteca universitaria de Santiago.

(3) *Onomástico.*

árabes, de los persas, de los tártaros, y de otras naciones remotas, «que estaba oyendo cantar á los niños» de Galicia cuando él también lo era (1). Los juegos que presenció en su infancia, dice que eran en todo semejantes á los que supo se acostumbraban en Oriente (2).

Hablando de la educación de los niños, dice muy atinadamente que no se les ha de asustar con cuentos de brujas y trasgos y almas en pena; pues él, criado así «para que de noche no saliese de casa,» tuvo toda su vida «terror pánico á los fantasmas y espantajos nocturnos» (3).

Estudió los primeros rudimentos de Humanidades en el convento de Lérez, próximo á Pontevedra (4), haciendo los notabilísimos progresos que es de pensar; no embargante su modestia, gracias á él sabemos que por entonces escribió ya *muchos pliegos* para cosas de su padre y «para la Gramática.»

Llamado por Dios á ser uno de los más preciosos ornamentos de la vida monástica, dejó el

---

(1) *Primera educación de la juventud.*

(2) *El Christus y la Cartilla.*

(3) Número 1.129 de la obra de 660 pliegos.

(4) Alvarez Jiménez, *Biografía del R. P. Fr. Martín Sarmiento,* pág. 19, ed. Pontevedra, 1884.

cariño de su familia y los horizontes de su amada tierra en 3 de Mayo de 1710 (1), para vestir la cogulla de San Benito en el convento de San Martín de Madrid, donde profesó en 24 del mismo mes del año siguiente, en presencia del Abad Fr. Juan Bautista Lardito (2).

Para cursar Artes, se le envió á últimos de Octubre de aquel año al colegio de Hirache, cerca de Pamplona (3).

A mediados de Abril de 1714 restituyose á su Monasterio (4), después de haber mostrado su afición singularísima á las ciencias, que le hizo desistir de su propósito de decorar de memoria á la letra toda la Biblia (5). Aquel verano lo empleó en revolver la Biblioteca, y entonces dió comienzo á un trabajo que prosiguió toda su vida, el de copiar cuantos alfabetos encontró, —que eran 150 en el año de 1768 (6).—De los

(1) *Problema corográfico.*

(2) El *acta de profesión* del P. Sarmiento se halla en el Archivo Histórico Nacional.

(3) *La Religión de San Benito en España.*

(4) *Educación de la juventud,* cuadernillo 4.º de la copia que hay en la Colombina de Sevilla.

(5) Copia manuscrita de su *Vida y viajes,* por el P. Goyanes.

(6) *Discurso sobre el método que debe guardarse en la primera educación de la juventud.*

10.000 volúmenes, no quedó uno que «no registrase por adentro y por afuera (1).» El mismo año estuvo en el Escorial (2).

En 1716 fué al colegio de San Vicente de Salamanca (3), donde no perdió un minuto de tiempo, y copió 40 alfabetos orientales (4) á la vez que estudiaba la Teología.

Vuelto á Madrid, en 1717, siguió dedicándose con todas sus fuerzas al estudio, *escribió su Pangrammaticón* (cuatro pliegos) y, entre otros trabajos, se tomó el de copiar de la Aritmética de Maya el dibujo que tiene el nombre de Ritmo-machía, cuyo ábaco no había visto en ningún otro autor; formó uno semejante con ochenta fichas, y entreníase en jugar con los amigos á la ritmo-maquía, que aconsejaba se enseñase á todos los muchachos, para adquirir conocimiento práctico de las proporciones, base de la Aritmética, y desarrollar la memoria y el discurso. Trabajó también, aunque inútilmente, en descifrar el libro del *Tesoro,* que le proporcionó su amigo el historiador Ferreras, escrito en el siglo XIII, en 63 octavas reales,

(1) *El Christus y la Cartilla.*
(2) La *Seixebra,* núm. 365.
(3) Núm. 2.628 de la obra de 600 pliegos.
(4) Idem, núm. 7.072.

con caracteres fingidos, que pasan de 250, para ocultar á los profanos el secreto de la piedra filosofal (1). De 1718 á 1720 estuvo de pasante en el colegio de Exlonza.

En Noviembre del año 20 salió de Madrid (2) para enseñar Teología en el colegio de Celorio. Allí se dedicó también al púlpito, predicando más de veinte sermones, sin dejar por eso los libros como el *Fray Gerundio* del P. Isla, antes cobrándoles de día en día afición más extremada, y observando á la vez las costumbres del país, sobre todo, las del Concejo de Llanes, de que habla en sus *Memorias para la historia de la poesía* (3). En Mayo del 23 pasó á residir en el colegio benedictino de San Vicente de Oviedo (4), donde escribió su *Romance á la caída de la torre de la catedral* (pliego y medio.) Al ir para Asturias fué cuando le sucedió encontrarse en un camino estrecho con un carro cargado, en paraje que ni el carro ni él podían caminar, y donde hubiérase despeñado en un precipicio, «si el carretero no tiene la adverten-

(1) *Memorias para la historia de la poesía,* núm. 616. al 627.

(2) Núm. 7.125 de la obra de 660 pliegos.

(3) Núm. 83.

(4) *Árbol Betula,* núm. 9.

cia de hacer arrodillar á un buey, y le clava las astas en la tierra (1).»

Hallándose en Oviedo en 1725, de resultas del Capítulo General celebrado entonces, recibió en Junio orden de volverse á Madrid; pero no queriendo alejarse tanto de Galicia sin despedirse de su madre, vino á Pontevedra (2), desde donde, pasados poco más de dos meses (3), fué á Madrid en Octubre, y en Diciembre escribió su trabajo sobre la compañía de minas de Guadalcanal, intitulado *Diógenes contra Demócrito* (tres pliegos.)

El año 26, desde Febrero, y parte del 27, estuvo en la ciudad del Tajo con el P. Diego Mecaoleta, examinando, ordenando y catalogando el archivo de la Catedral (4), sobre el que versa uno de sus escritos (14 pliegos). Estando allí publicose un folleto de D. Juan Lesaca contra el tomo 1.º de Feijóo, que le mereció una acre y vigorosa réplica de Sarmiento, rotulada *Martinus contra Martinum* (16 pliegos).

A la vez que, en su convento de Madrid, ex-

---

(1) *Apuntes para los caminos reales.*

(2) *Problema corográfico,* capítulo titulado *Peregrinaciones propias.*

(3) *Colección de voces gallegas, Dedicatoria* al P. Rábago.

(4) *Onomástico Etimológico,* núm. 289.

plicaba Teología moral y trabajaba sus escritos: *Conjeturas para establecer algunas etimologías de voces castellanas* (29 pliegos), *Planta curiosa para estudios en la Congregación Benedictina* (cinco pliegos), *Estromatón* (un pliego), *Carta burlesca á D. Carlos Montoya* (cuatro pliegos y medio), y *Extracto de Gacetas* (ocho pliegos y medio), preparaba, de orden de los Superiores, la única obra que imprimió, en 1732, la *Demostración crítico apologética del Theatro Crítico Universal,* á que dió margen el haber aprobado la combatida *Ilustración Apologética,* de Feijóo.

Desde aquella fecha hasta el año 45 escribió: *Apuntamientos para el pleito con el Rey sobre presentación de abadías* (dos pliegos), *Cartas, oraciones y aprobaciones de libros* (13 pliegos), *Cartas sobre el estado de la Religión Benedictina en España* (31 pliegos), *Reflexiones literarias para formar una biblioteca real* (22 pliegos), y *Legitimidad de unos privilegios antiguos* (cinco pliegos). Desde el año 39 mantenía Sarmiento muy estrecha amistad con el Nuncio D. Silvio Valentí Gonzaga, quien, al volverse á Roma, donde fué nombrado Cardenal, le rogó escribiera sobre los antiguos poetas españoles; aceptó con gusto, pero encontrose con que la

materia resultaba abundantísima, y precisábase de mucho tiempo para tratarla concienzudamente: impacientábase Su Eminencia por no leer tan pronto como quería el trabajo de su amigo, y escribió una carta quejándose de su demora, que el entonces Nuncio mostró á Sarmiento en 8 de Abril de 1745: en vista de ella interrumpió la obra, que alcanzaba ya al siglo XV, y entregó al Representante de Benedicto XIV los 50 pliegos autógrafos que tenía escritos, con otro, muy cortés, para el Eminentísimo Gonzaga.

En Mayo del año referido, fué á Valladolid, al Capítulo general de la Congregación, estando allí hasta el día 23. Para ganar el santo jubileo de Santiago (1), y ver de paso, á la familia, vino á Pontevedra, regresando á Madrid el 10 de Febrero del año próximo siguiente, *día de Santa Escolástica, al toque del Ave María.* A los dos años de su vuelta, el último del cuadrienio aquel, hallándose vacante la abadía de su monasterio, fué elegido para ella por el definitorio: pero, después de haber tomado posesión, protestaron del acto, por nulo, los monjes de San-

(1) *Dedicatoria al P. Rábago,* de la colección de voces gallegas.

to Domingo de Silos. Es de saber que San Martín había sido priorato (1), que fundó y anejó á Silos Alfonso VI. Al trasladarse la corte á Madrid, en tiempo de Felipe II, el priorato se convirtió en abadía; pero opúsose á ello Silos, y, al fin, después de largos pleitos, hízose concordia, por lo que San Martín tendría abad, que relevaríase, como todos, cada cinco años, debiendo ser nombrado *alternatim* un hijo del monasterio de Silos y otro de los demás, y conservando aquél ciertos derechos sobre San Martín, en cuya comunidad tendría siempre seis monjes; de donde resulta que San Martín era un convento *sui generis,* sin noviciado formal, sin comunidad exclusivamente propia, reducido poco menos que á hospedaje de los benedictinos que iban á Madrid, y casa de los que ejercían en la capital la cura de almas: como Sarmiento no era profeso de Silos, ni el anterior abad tampoco, protestábase su elección, á título de que se infringía la ley que señalaba un turno y la obligación de alternar. Invitado por el Nuncio á defenderse, lo hizo Sarmiento en una representación fechada en 2 de Julio de 1748, donde dice que él tiene voto pasivo, co-

(1) Archivo de Santo Domingo de Silos.

mo cualquier otro monje de la Congregación; que el monasterio de San Martín es independiente de Silos; y que las Constituciones ordenan que, *ceteris 'paribus,* sean preferidos para abades de una casa los profesos de la misma; y concluye quejándose de que no se haya ventilado el asunto únicamente en los tribunales de la Orden, y manifestando que renunciaba del todo á continuar el pleito.

Libre del cargo de abad, continuó sus *Apuntamientos para una Botánica española* (55 pliegos), á la vez que escribía acerca del *Guardia de Corps que sudó después de muerto* (cuatro pliegos), *Sobre uniones de monasterios* (cuatro pliegos), *Catálogos de libros* (12 pliegos y medio), *Publicación de Códices del Escorial* (cinco pliegos y medio), *Pesquería de Pontevedra* (siete pliegos), *Blasón y emblemas* (seis pliegos), *Inversión del producto de las obras de Feijóo* (cuatro pliegos), *Lugares del Reino de Galicia* (31 pliegos y medio), *Lugares del principado de Asturias* (10 pliegos), y así como antes, por encargo del Bibliotecario D. Juan de Iriarte, su amigo, escribió sus citadas *Reflexiones sobre una biblioteca real,* así ahora accediendo á los ruegos que le hicieron los reyes por conducto del Marqués de Villarias en 16 de

Mayo de 1743, y de D. José de Carvajal en 29 de Junio de 1747, redactó multitud de informes sobre los adornos que habían de colocarse en el Palacio (73 pliegos). Para prueba de la singular autoridad que se daba á sus opiniones, bastará trascribir la siguiente comunicación de D. Baltasar Elgueta, Intendente general, á don José Carvajal y Lancaster: «Paso á manos de V. E. los dos adjuntos escritos del Rvmo. Padre Sarmiento, á que ha dado motivo no haberlo entendido Saqueti, y haber éste dispuesto se colocasen sobre las dos ventanas colaterales del balcón principal dos coronas de laurel..... y habiendo Sarmiento hecho entender adornos muy diferentes..... dirijo á V. S. dos pensamientos, á fin de que se halle con esta noticia, y se sirva de solicitar su aprobación, para que con ella no perdamos el tiempo en su ejecución.» Al margen escribió Carvajal: «El Rey ha visto esta representación de V. S. y los dos papeles del Maestro Sarmiento..... y manda Su-Majestad que en consecuencia y cumplimiento de sus anteriores disposiciones se ejecute todo lo que tiene aprobado, y señaladamente lo que el Maestro Sarmiento echa menos y quiere que se practique.» El ilustre villafranquino tuvo una parte principalísima en la elección y dispo-

sición de adornos del Palacio: mandaba á los escultores, que le preguntarán mas que fuera cuarenta veces al día; y había dicho al Intendente, que no permitiera se grabasen otras letras que las que él dispondría: varias cosas que no se hicieron según ordenaba, son hoy objeto de censura, como el que las efigies de Teodosio, Trajano, Arcadio y Honorio, que hay en el patio, estén pareadas.

Esto de disponer la ornamentación del Palacio, ocupó mucho su actividad: al Marqués de Aranda, le decía (1) que «el lidiar con escultores y estatuarios para los adornos de piedra era bastante para andar alcanzado de tiempo y no poder respirar.»

Entre las muchas personas distinguidas con cuya amistad se honraba Sarmiento, era una D. Pedro Martínez Feijóo, Alcalde de casa y corte y asesor del Marqués de la Ensenada; y con objeto de que lo enseñase á aquel título de Castilla, le mandó 18 pliegos, que escribió en 19 mañanas, terminándolos en 26 de Abril del 51, sobre las utilidades que se seguirían de componer el antiguo camino de carros desde el Ribero de Avia hasta Pontevedra, y de allí por

(1) Carta de 11 de Julio de 1750.

Orense hasta salir de Galicia: si bien la carretera no se llevó por donde quería Sarmiento, entonces se principió á romper el camino de Pontevedra por Orense á la Puebla de Sanabria.

El mismo año, con ocasión de la muerte de Felipe V y exaltación de Fernando VI, compuso sus famosas coplas y el correspondiente glosario, que es inestimable para el estudio del idioma de este país (siete pliegos), después de lo cual escribió *Privilegio de Ordoño II* (75 pliegos), *Las pizarras dendrites* (dos pliegos y medio), *Sobre la biblioteca de códices arábigos del Escorial* (un pliego), *Plano para formar una descripción de España y América* (11 pliegos), *El Animal Cebra* (siete pliegos), *Extracto de instrumentos antiguos* (11 pliegos), *Calidades de un Archivero* (65 pliegos).

Para curar de la pesadez que principiaba á molestarle, á causa de su no interrumpida reclusión en la celda, y por no comer el mal pan que se hacía entonces en Madrid (1), suspendiendo sus *Pensamientos Crítico Botánicos* (19 pliegos), se ausentó de la corte en 5 de Mayo de 1754, llegando á Pontevedra el 25 del mis-

(1) Pensamientos critico-botánicos, núm. 253.

mo mes, de donde salió el otro año á 20 de Octubre, para volver á su celda el 27 de Noviembre.

Tres veces, en consecuencia, estuvo Sarmiento en Galicia después de que tomó el santo hábito, siendo 28 meses los que, sumado el tiempo de cada una, permaneció en este país: en el último viaje, fué cuando se vió muy apurado para pasar en calesa el río Cua, por haberse caído el puente de Cacabelos (1).

Al contrario de sus ordinarias aficiones en la corte, cuando se hallaba en Galicia, no podía permanecer quieto. «Ninguno, decía él, pensó andar ni anduvo como yo las 15 rías de una y de otra banda» (2): pasó todos los afluentes del Sil, desde Ponferrada hasta el mar, y en compañía de su hermano D. Francisco Javier, Ministro principal de Marina de la provincia de Pontevedra, visitó los más de los puertos de la región. Sus viajes merecen el nombre de un continuo estudio; y era cosa de ver al Reverendo Padre, según contaban los que con extrañeza le observaron, «semejante á

(1) *Apuntamientos..... sobre los caminos reales.*
(2) *Problema corográfico.*

un niño, siempre con la manga y los bolsillos llenos de yerbas, piedras y gusanos, atravesando caminos y saltando bardales». Apuntaba cuantas voces gallegas oyó; advertía todas las particularidades geográficas del país; descifraba ó copiaba las inscripciones que podia ver; é hizo un estudio minucioso de la historia natural de Galicia en sus tres reinos, llevando consigo á Madrid, para una investigación más detallada, tres barriles llenos de objetos curiosos. Registró los archivos de los tres monasterios de su Orden, Lérez, Poyo y Tenorio, que hay junto á Pontevedra, y el de las monjas de Santa Clara de la misma población; sacó varios apuntes del *becerro* de Celanova; en los cuatro días que estuvo en San Pedro de Montes apenas levantó cabeza de sobre el *tumbo;* y detenido en Samos 21 días, á causa de las nieves, á su regreso, leyó 249 escrituras anteriores al siglo XIII. «Con estas memorias, escribía en su *Problema Corográfico,* ya podré hablar algo respecto de Galicia; pero muy poco para lo que yo quisiera saber.»

Supuesta su afición á tomar apuntes y coger notas, era de esperar que escribiese, como en efecto lo hizo, el diario de sus viajes. El Padre Méndez, biógrafo de Florez, después de obser-

var (1) cuan útiles son el *Itinerario* de Antonino, y los viajes propios que publicaron Gaspar Barreiros, Ambrosio de Morales, Fr. Tomás de Herrera, Carrillo de Ojeda, Jorje Juan, el comandante Birón y el abate Ponz, sigue paso á paso en su obra los del autor de la *España Sagrada*. Tratándose de Sarmiento, mejor que referir los viajes que hizo, sería sacar á luz los que escribió (2); pues constituyen un tesoro inconcluible de selectas noticias de importancia suma para la región gallega, si bien completamente desordenadas y confundidas con otras de ningún interés.

La última vez que estuvo en Pontevedra, ocurrió su nombramiento de abad de Ripoll, que alteró un tanto la tranquilidad de su monótona y sosegada vida. Desde 1733 venía siendo *Cronista General* de su Religión (3), y depositario con voto perpetuo. En el capítulo siguiente al en que fué nombrado abad, se le confirieron los honores de *General* de la Orden. De lo cual, con ser lo último que se po-

(1) Pág. 167, ed. de la Academia.

(2) El primer viaje, del año 45, con el Catálogo de voces que entonces recogió, ocupa 48 pliegos; el del año 54 compone 19.

(3) Carta al Duque, fecha 18 de Mayo de 1749.

día apetecer en la Religión, hacía tan poco aprecio, que escribiendo á Méjico al Marqués de Aranda (1), después de decirle que en Mayo del año anterior había acabado «con el sarabullo de la abadía,» y que luego le habían hecho General *ad honorem,* continuaba así: «Me estoy burlando de las vanidades frailengas, y de tener un borrón más en el sobre escrito.»

Aunque Felipe V en 1744 había mandado que los cargos de Cronista, que vacasen, se incorporaran á la Academia de la Historia, y ésta, al morir D. Miguel de Herrera y Ezpeleta (2), tomó posesión de la Crónica de Indias (3), pagando cerca de 10.000 reales de propinas y *media anata,* el Rey, desde Aranjuez, expidió una orden—en 13 de Junio—nombrando Cronista al Padre Sarmiento con la asignación de 12.000 reales; de lo cual dió aviso á éste el Consejo el día 25. Su respuesta fué,—el 28,—que necesitaba asesorarse de su General, en aquella sazón, ausente. «Si yo fuese canónigo, escribía á un Ilustrísimo Sr. amigo suyo, bastaba consultarlo con la almohada y con la ama.» Aunque en la carta al General—en 1.º de Julio—manifestaba su

(1) Carta de 11 de Julio de 1750.
(2) Carta de 23 de Abril de 1750.
(3) 23 de Mayo del 50.

aversión al empleo, se le contestó—el 14—mandándole aceptar *bajo santa obediencia*. El P. Sarmiento no visitó á nadie con tal motivo, y habiéndosele indicado que quizá lo llevase á mal el Ministerio, «Ojalá, contestó, lograse yo la dicha de enfadar á todos.» Miraba el cargo con suma repugnancia: «Para nada necesito yo esos oropeles,» escribía al Marqués de Aranda en 11 de Julio del 50. «Confieso, decía, en carta á otro amigo, que 12.000 reales anuales es conveniencia infinita para un fraile, y si es ambicioso, es otro tanto oro. ¿Qué importa, si yo no lo soy, ni quiero ser de aquella clase de frailes venales y *afrenta hábitos*? Si como son 200 doblones fueran 200.000, con el mismo garbo los echaría con doscientos mil diablos á trueque de mi libertad.» Cinco veces se resistió, rechazando plaza tan apetecida por otros, pero, al fin,—en 12 de Agosto,—tuvo que tomar posesión y jurarla públicamente en el Consejo.

«Así, escribía á su íntimo Colmenero, no hay que hacerle sino cargar con la maula.»

Deseando el Rey premiar mejor aún los trabajos y honrar la literatura de Fray Martín, *motu proprio*, sin que lo hubiese propuesto la Orden ó el Consejo, le presentó para la abadía mitrada y claustral de Santa María de Ripoll.

Aunque enemigo de honores, aceptó éste con gusto por librarse de la Crónica de Indias; como sucedió, pues habiendo contestado Olamendi á la consulta que se le hizo, que el cargo de Abad exigía residencia, al punto se declaró vacante el oficio de Cronista, y pasó á la Real Academia de la Historia: la presentación de la abadía se verificó en 2 de Junio de 1755, fué aceptada en 7 del siguiente mes, y se publicó en la *Gaceta* el día 22: el juramento lo prestó Fray Martín en San Salvador de Lamos el 11 de Agosto, ante el Obispo de Tuy, comisionado al efecto por el Nuncio de Su Santidad: padrino de la Consagración había de ser el Duque de Medina Sidonia, consagrante el Arzobispo de Sevilla, y asistentes dos Abades.

La noticia causó inmenso júbilo en Pontevedra, especialmente en la familia del agraciado, quien pensó coger dinero al 16 por 100 para costear las Bulas, lo que no ejecutó porque dudaba, si, en caso de que muriese el Pontífice antes de la preconización, «debían correr los réditos.» Gándara, agente de España en Roma, consiguió, contra lo que podía esperarse, que en el Consistorio pontificio del 17 de Noviembre, fuera preconizado Sarmiento, á la vez que el Arzobispo de Sevilla y el Obispo de Jaca, y

pagó las Bulas tomando la cantidad necesaria del Banco español, con objeto de que entrara pronto á gozar de las rentas, y pudiera devolver el dinero: la misma actividad se puso en que se despacharan cuanto antes las Bulas, por manera que en Diciembre ya se hallaban en Madrid, quedando en la Secretaría de la Real Cámara hasta que se desempeñasen. Roche, un amigo de Sarmiento, le ofreció, al 8, el dinero que le hiciese falta. D. Francisco Cordero de Montilla, hermano de un sobrino político suyo, le mandó á la celda un acaudalado banquero á poner á su disposición lo que precisase; y su hermano, D. Francisco Javier, prometió contribuir al desempeño: á todos contestó negativamente, porque esperaba, y se decía de público, que Fernando VI pagaría sus Bulas, á condición de reintegro por cuenta de los frutos de la abadía. Pero sucedió que el Rey no concluía de cumplir lo que Sarmiento, por mil títulos, tenía derecho á prometerse; y nuestro benedictino no podía pagar con sus ahorros las Bulas, ni atrevíase á pedir el dinero á los amigos, después de haber rechazado sus ofertas: la situación se le hacía más intolerable, porque, desde el primer día del año 56, comía por cuenta propia. Entonces principió á ver con malos ojos su nueva al-

tísima dignidad, la que, decía en Febrero, quejándose de que no se desempeñaran las Bulas, si no había renunciado era, porque había pronunciado su *fiat* el Papa. Tan cuesta arriba le fué pareciendo el cumplir las obligaciones de Abad, que, en Marzo, escribió á D. Francisco Javier esta carta en que aparece retratado de cuerpo entero: «Hermano: después que llegué y ví las orejas al lobo, y sé las infinitas maulas que tiene la abadía anejas, voy ya pensando de otro modo que pensaba ahí; y si no fuese el embarazo de tener empeñadas las Bulas, ya hubiera echado con mil Judas la abadía y todos los empleos *intra et extra* de la Orden; y sabría el mundo que no la admito como escalón para subir, sino para bajar y solicitar mi quietud, salud y verdadera felicidad. Estoy aburridísimo con Ripoll y con Madrid, y con todo género de empleo, dignidad, oficio y oropel. Creí que siendo Abad de Ripoll, os podría servir de algo, y podría tener una vida sosegada. Todo es mentira. Me avisan que no lleve libros, pues no tendré tiempo para leer una página: lo creo. Discurre tú si sólo esto será bastante, según mi genio, para echar con mil diablos el dicho oficio, y diga el mundo lo que quisiere: primero soy yo que todo el mundo.»

En vano le hacía presente D. Francisco Javier las ventajas que le proporcionaría la aceptación de su cargo, y lo mal que sería mirada la renuncia: «Yo quiero, le contestaba, tener pacífica vejez, si Dios me alarga la vida, y sino, tampoco necesito para morirme ir á morir á los Pirineos:..... viéndome libre del todo, ya buscaré de qué sustentarme, pero no de que sustentar pajes, criados, mulas, roquetes, cuellos y bonetes..... He estado en grillos..... y dije: fuera grillos, fuera maulas, fuera pleitos, fuera todo; dije: si renuncio antes del desempeño de las Bulas, malo, pues ese embarazo no lo puedo quitar: si espero á renunciar después de bendito, peor; pues es preciso mediana renta para sustentar la dignidad que imprime carácter, y será preciso andar vestido de mogiganga y aguantar señorías de tontos..... Considera á mi genio metido en una sarta de pleitos encadenados, civiles y eclesiásticos, y obligado á besar manos de pandectistas, y plumistas, etc., así de Barcelona como de la Nunciatura. Esta maula sola me haría echar á coces el Pontificado. Al presente sólo pienso en sacudirme de la abadía y de sus infinitos gabarros, y de que aquellos fratri-monjes tengan derecho á cosa mía alguna, ni ahora, ni nunca. Si me bendicen

y tomo posesión, entro en frutos, y Ripoll en derecho de heredarme; y si después quiero renunciar, cátate nueva aniquilación y nuevo espolio, y así andaré de nada en nada y, lo peor, empeñado de mucho en mucho, y siempre cargado con el mochuelo. Al contrario, si renuncio antes de la bendición,.... y si me vuelvo á ser fraile, reasumo mi espolio y me sobraría todo sin pleito alguno. Y si me quedo independiente de mi Congregación, tendré á mano el uso de mi librería, pasearé por donde quiera, y no me faltará modo de comer poco y vestir mal, sin sustentar bocas ajenas ni faustos y formalidades tontas.»

Decidido ya á no salir de su retirada vida, escribió un Memorial al Rey, y se lo envió el 28 de Marzo por conducto de un personaje, á quien llamaba el del Cacho, exponiendo las razones en que fundaba su renuncia: leyólo Su Majestad desde la cruz á la fecha, y vino en condescender con los deseos del humilde religioso; lo que le fué comunicado en 16 de Abril. Cuanta fué la alegría de Sarmiento con esta nueva, no hay para qué decirlo: para ser cumplida, sólo le faltaba que se eligiese pronto Abad que desempeñase las Bulas, ó que á él se le eximiera de ser deudor por su despacho á los agentes del Rey, que le acribillaban á pe-

ticiones, cuando no tenía ya ni una blanca. En 6 de Julio apareció en la *Gaceta* la admisión de la renuncia de Fray Martín y el nombramiento de D. Fr. José de Oriol y de Tord, Paborde de Ripoll.

Trató entonces el Gobierno de dar al generoso benedictino un cargo literario con que pudiera mantenerse con decencia: pero, no lo quiso admitir (1).

Fué una dicha para las letras patrias que el Rey no fuera tan liberal como debía esperarse; pues si Sarmiento hubiese desempeñado el

(1) «Eché por el atajo, escribía á su hermano, renunciando á todo empleo..... hartos años he perdido inútilmente con los mareos, visitas, cartas é impertinencias de esta Babilonia..... Parece cierto que el Reverendísimo Rábago creía que yo aceptaría la abadía y después renunciaría. Así me lo dijo él mismo. Oí que el Rey había dicho, *no la tomará, no la tomará*. Y me alegro, pues ya habrá conocido que salió *Profeta Rey*..... Todo útil en Madrid que traiga carga y grillos, lo echaré con mil diablos..... Para condecoración sobra la que me han dado, para cargas bastan las que he tenido..... Hay pocos *Frays Martins* que renuncien de veras rentas y dignidades..... Después que llegué á Madrid y tanteé de cerca los gabarros que traen los empleos, he concebido un implacable odio y un terrible horror á ser ya más que Fray Martín..... Si el diablo fuese capaz de tentarme por vanidad, más vanidad haría de ser *Fray Martín Sarmiento*, que no de ser Arzobispo de Santiago. Si tengo amigos, y que me estimen, son de Fray Martín, y no del M. I. señor ó *Ilmo*. D. Fr. abad ú obispo de Trapisonda.»

cargo de Abad, poco tiempo le quedaría para el cultivo de la literatura, mientras que así, desembarazado de aquel peso, corrió ligera su pluma por todos los ramos de la erudición, escribiendo el *Origen de la lengua gallega* (cuatro pliegos), *Origen de la voz Lontega* (pliego y medio), *Árbol Acedarach* (pliego y medio), *Vegetales kali, sosa y barrilla* (26 pliegos), *Árbol Teja* (medio pliego), *Pájaro flamenco* (10 pliegos), *Almadrava y Atunes* (10 pliegos), *Fábula del Meco* (seis pliegos), *Planta Coscara* (un pliego), *Árbol Mostajo* (tres pliegos), y *Caminos de España.*

El último de los citados escritos lo trabajó, en 1757, por encargo expreso del Conde de Aranda. Para llevar á cabo el proyecto de construir una buena red de caminos generales en la Península, el Gobierno había encomendado al valenciano Mesa escribir un libro al asunto, y se habían echado las bases para la fundación de una Academia de Matemáticas é Ingenieros con el mismo objeto. La fama del P. Sarmiento no permitía que se prescindiera de él en negocio de tanta monta. El Presidente del Consejo fué en persona, á su celda, á pedirle escribiese unos apuntes sobre la materia mencionada; prometióselo así el complaciente Padre, y, recogidos

los datos necesarios, puso la pluma sobre el papel el 8 de Junio; el día 21 tenía 10 pliegos, el 29 estaba en el 14, en 6 del otro mes entraba en el 20, el 13 de Julio había concluído el 25, y el día 21 terminó los 30 pliegos, de los que hizo sacar copia que envió al Conde de Aranda con una atenta misiva. Tan satisfecho quedó de su obra, que, como entonces hubieran aparecido en la *Gaceta* algunos artículos pregonando las ventajas de canalizar el Tajo hasta Lisboa, escribió á su hermano. «Por acá todo es trapaza y engañifa. Si se hiciesen mis caminos, sería obra más útil que cien canales del Tajo.» El Conde, agradecido, le regaló buena cantidad de tabaco y chocolate con una carta (2) en que le decia: «Su dilatado y erudito papel..... contiene tanta abundancia de erudición, de útiles conceptos y eficaces persuasiones, que aseguro á V. Rma. será su escrito considerado por dicha Sociedad (de Matemáticas) con el mayor aprecio, valiéndose, en prueba de ello, para obra que ha de publicarse, de tan útil documento, cuya sustancia, incorporada en el tratado, le dará nervio y esplendor, para ser generalmente bien aceptada.» Sin em-

(2) 10 de Agosto de 1757.

bargo, Fr. Martín escribía á su hermano, que no hacía aprecio de aquella estimación, «contento, decíale, en saber que se sepa que yo soy el cabrón de todos.» El mencionado estudio de los caminos corrió por muchas manos: en 22 de Julio de 1761 andaba por Barcelona, según el propio Sarmiento.

Infatigable en el trabajo, escribió al año siguiente *El porque sí y el porque no* (10 pliegos y medio), *San Martín de Bois* (un pliego), *Etimología de la voz Valdeorras* (un pliego), *Cuadratura del círculo* (tres pliegos y medio), *Castellanos de Orense* (un pliego), *El verdadero Miño* (tres pliegos), *Los Maragatos* (cinco pliegos), y *Defensa de las Etimologías* (10 pliegos); y en el año 59, *Origen de la voz gallega Mixiriqueiro* (11 pliegos), *Inscripción en la Limia* (dos pliegos), *Abedul* (cuatro pliegos), *Inscripción de un Lignum Crucis* (15 pliegos), *Vías militares romanas de Braga á Astorga* (17 pliegos); en 1760, *Hierba Escrofularia* (cinco pliegos y medio), *Planta Bardana* (seis pliegos y medio), *Pez Orca* (tres pliegos), *Animal Cefo* (10 pliegos); y al año siguiente, *Patria de Cervantes,* (20 pliegos), *Antigüedad de las Bubas* (34 pliegos), *San Julián de Samos* (19 pliegos), y *Planta Carqueixa*, (12 pliegos).

Sobre la planta *carqueixa,* escribió Sarmiento varios papeles. Como tenía una fe grandísima en sus virtudes medicinales, se la recomendó á su amigo Fr. Roberto Taboada, cuando éste cayó enfermo; pero el boticario se negó á traerla, porque en sus libros no se hablaba de semejante medicina. Con esta ocasión, cogió la pluma Fr. Martín, en 29 de Marzo de 1759, para dar á conocer la carqueja; leyó el pliego otro su amigo, Fr. Ildefonso Veiga, á quien retenía la enfermedad en San Martín de Santiago, tomó el recomendado medicamento, y en Madrid manifestaba á quien quería oirle que, después de Dios, á su uso debía el estar aún vivo. Corrió la nueva por la coronada villa, y el P. Rábago, confesor de Fernando VI, pidió á nuestro monje la planta y el pliego que sobre ella había escrito; como no conservaba copia, trabajó otro papel doble mayor, firmado el 4 de Julio; y diz que con cuatro baños de cocimiento de carqueixa y con haber tomado otras tantas veces agua en que había hervido su flor, el célebre Rábago tiró sus muletas y se halló de todo en todo restablecido: ello es lo cierto que el hábil diplomático convirtióse en fervoroso panegirista de la humilde planta gallega, la que, con tan alta recomendación, estuvo de moda entre

los enfermos de la Corte, hasta el punto que no tenía manos Fray Martín para repartir, como pan bendito, la que le mandaban de Pontevedra.

La fama de la carqueja pasó las fronteras españolas, y hasta en Upsalia, en un libro escrito en sueco, se alababa al buen benedictino como descubridor de los secretos curativos que atesoraba el despreciado vegetal. El Arzobispo de Méjico, que padecía del reuma, al volver á España el Oidor D. Luís Mosquera, íntimo de Sarmiento, le encargó dijera á éste que á aquellos países había llegado la fama de la carqueixa, y él había hecho que le trajesen alguna, pero que deseaba conocer á fondo su naturaleza y su uso: entonces Sarmiento escribió un nuevo trabajo sobre la medicina de su devoción, que llegó á ocupar 10 pliegos, y fué enviado al Sr. Arzobispo.

Para Sarmiento ninguna medicina como la carqueja, si es que no la tenía por el único remedio provechoso. En Abril de 1757, efecto del mucho trabajo, cayó en cama, ó, mejor dicho, enfermó, pues en ella no pudieron sujetarle mas que algunas horas: el P. Magín, su amigo y paisano, escribió á D. Francisco Javier anunciándole la enfermedad, y puso Sarmiento

en guisa de postdata: «Hermano: todo es faramalla; pero no faltan asnos, cuyos cuidados quieran matar frailes.» Cuando mejoró algo, escribióle—el día 13—una carta concebida en estos términos: «Dieta, caldo, chocolate y carqueixa por boca y por baños ha sido mi medicina. Tengo la vanidad de que el Rey dijo que yo hacía bien en no sujetarme á médicos, pues mejor sabía que ellos lo que había de hacer.» El día 27 le decía: «La fatua deferencia de enfermos tontos á la profunda ignorancia incorregible de los médicos, pasa por todo hasta la sepultura. Avísame si estando ahí, me debería sujetar al borracho de Morriña; pues haz de caso que esos que quieren mi deferencia, son otros tantos Morriñas con corbé, peluca, sortijón, bastón é insolencia, pero sin ciencia, sin estudios, sin libros, y sin saber un átomo de la verdadera medicina, que es sólo el comprensivo conocimiento de las virtudes de todos los mixtos en quienes Dios depositó los remedios: la sangría, purga, geringa y sanguijuelas..... son invención de médicos idiotas, que para recetarlas no necesitan abrir libros..... Ni un librero de Madrid quiere comprar libros de médicos, pues no hallan á quien venderlos.»

Hablando de su convalecencia, decíale en 11

de Marzo: «Las mejorías en la Corte son, por lo común, fallidas, por tolerar tantos médicos falaces, idiotas y satisfechos, y otros tantos boticarios ignorantísimos.»

Durante su enfermedad pudo notarse cuán estimado era en Madrid: el Dr. Casal, su amigo, médico de Sus Majestades, no pudiendo ir en persona á visitarle, mandó á su hijo, que tenía la misma profesión, acompañado del Doctor del Duque de Medinaceli. El P. Rábago, el Duque de Medina Sidonia, el famoso botánico Quer y otros muchos personajes, fueron varias veces á su celda; y los mismos Reyes se interesaban por su salud, y le ofrecían sus médicos (1).

No fué entonces únicamente cuando hizo uso de la carqueixa. En 1763, hallándose enfermo á causa de un repentino cambio de temperatura, tomó unas tazas de flor de carqueixa cocida, y dice que, como con la mano, quedó libre de su indisposición: otra vez, viajando por Galicia, cayó de su cabalgadura, llevando recio golpe; pero, acudió á la planta, y no hubo novedad. Su sistema en medicina era no tener ninguno, y que de nada servían los baños y

(1) Carta del P. Vicente Marín á D. Francisco Javier, fecha 6 de Abril de 1753.

aguas minerales; que no se debe tomar como medicina lo que no se puede tomar como alimento; y que no hay mal que no tenga su remedio en las hierbas del campo. Sin embargo, no eran sus creencias tan absolutas como sus afirmaciones; así, aprobó que su hermano tomara, el año 57, los baños de Melón, y recomendó á su cuñada que se consultase con el Doctor veneciano Montaynalo.

Después de las mencionadas, escribió Sarmiento las obras siguientes: en 1762, *Cuerno del Rinoceronte* (25 pliegos), *Aloe* (18 pliegos), *Seyxebra* (65 pliegos), *Manzanilla* (cinco pliegos), *Antigüedad del papel* (un pliego), *Palo-santo* (un pliego), *Origen de la voz Escurial* (un pliego), *Antigüedades de Pontevedra* (cuatro pliegos), *Problema Corográfico* (12 pliegos y medio); en 1764, *Situación y clima de Pontevedra* (dos pliegos); en 1766, *Carlo santo* (dos pliegos), *Malaquita* (un cuarto de pliego), *Piedra Gallinaza* (cuatro pliegos), *Elementos Etimológicos* (20 pliegos), *Aras de Lugo* (94 párrafos); en 1767, *Monedas halladas en Vizcaya* (un pliego), *Lesta* (dos pliegos), *Castor y Polux* (tres pliegos); en 1768, *Bangue* (un pliego), *Educación de la juventud* (10 pliegos), *Reliquia de Santiago* (dos pliegos); en 1769, *Metodo de*

estudios en San Isidro (cinco pliegos), *Onomástico Etimológico* (36 pliegos); en 1770, *Formación de un Cuerpo Diplomático en la Congregación Benedictina* (un pliego), *Malagueta* (un pliego), *Censores de libros* (un pliego), *Apología de las etimologías* (ocho pliegos), *Platina del Pinto* (un pliego).

No tienen fecha en la colección de sus manuscritos para uso de D. Pedro Franco Dávila, los siguientes: *Becerro de Celanova* (12 pliegos), *Onomástico de vegetales* (10 pliegos), *Privilegios de Monasterios Benedictinos* (un pliego), *El cáñamo* (un pliego), *Hierba del Cabrón* (medio pliego), *Pajarito burlapastores* (medio pliego), *Dedicatoria para la Flora* (un pliego), *Planta pata de buey* (un cuarto de pliego), *Voz Alaflor* (medio pliego), *Máscaras* (dos pliegos y medio), *Lengua arábiga* (pliego y medio), *Noticias y extractos de Códices* (70 pliegos).

No se hallan más que citadas, en la referida colección, estas obras de Sarmiento: *Arco* de un puente sobre el río Sil; *Lobo Cerval* (seis pliegos), *Conveniencia de que las recetas se escriban en lengua vulgar; Cruz de Ferro* (un pliego). *El Beleño; Inconvenientes de enseñar á los niños por palotes; Plano para formar una descripción de América*, que entregó el autor al

Marqués de Valdelirios (cinco pliegos), *Efemérides del clima de Madrid* (50 pliegos), *Voz Loco* (un pliego), *Apellido Maldonado* (un pliego), y *Corrección del analista Zúñiga.*

Las cartas curiosas y eruditas que escribió Sarmiento, según de sus papeles se deduce, formarían, si se conservaran, muchos y muy interesantes volúmenes: las que dirigió á su hermano, las perdieron casi todas los herederos de éste: en cambio, existen en sus colecciones gran número de las que le pedía su íntimo el Duque de Medina Sidonia.

Su obra más voluminosa, como que comprende 660 pliegos, es la que escribió con motivo de un papel de los Abogados de la Coruña contra los foros y tierras que poseían en Galicia los Benedictinos, en la cual trata *de todo género de erudición,* como se dice en el rótulo. La principió el año 62: al número 3.028 de la misma, explica que no era su ánimo hacerla tan larga, pero que insensiblemente, por la conexión de las materias, se fué agrandando; el año 63 continuó hasta el parágrafo 2.626; el 64 trabajó hasta el 4.421; en el parágrafo 6.590 dice que se hallaba en el año 1765; y por el número 7.305 se ve que fué escrito el año 66: distraido con otros trabajos, y sorprendido por

la última enfermedad, no pudo concluir esta obra importantísima.

Por no más que los títulos de sus trabajos, puede conocerse ya la erudición vastísima de Sarmiento; la que, sin embargo, no era tan profunda como general, si bien mayor de lo que su modestia decía. En su *Nota á dos códices arábigos,* confesaba que no sabía cosa en achaques de aquella lengua: contestando en 1743 á una carta en griego, manifestaba desconocer este idioma, y, no obstante, allí mismo interpretó un pasaje difícil de Hesíodo. «No sé griego, decía otra vez (1); ni dije, ni diré jamás que poseo este idioma. Sólo sé para que el que fuere tan ignorante como yo en esa lengua, no me emboque que la sabe.» En sus *Elementos Etimológicos según el método de Euclides* descubre ingenuamente á qué se reducía su erudición como políglota: «Sólo he mencionado, son sus palabras, la lengua gallega, que, con la ocasión de venir á tomar el santo hábito, olvidé casi del todo, y me dí á la castellana. De la latina sólo sé el chapurrado que me enseñaron al uso del país. De la griega sé muchas voces

(1) *Inscripción griega del Lignum Crucis,* etc., párrafo 2.º

sueltas, y tales cuales de la hebrea: de la arábiga sólo sé las voces que se conservan en el castellano y andaluz. Por la lectura de libros franceses é italianos, sólo adquirí el entenderlos.» Tratando del *Lignum Crucis* del Duque del Infantado, revelaba que no sabía dibujar. Y, á no conocer su carácter, y á no decir lo contrario sus obras, creeríase que no sabía nada de nada. Hablaba á veces de su copiosa biblioteca, pero añadiendo (1): «Bien cierto es que el poseer libros, no prueba ni ciencia ni erudición» (2).

Como la memoria es, según la calificó Castelar, *la facultad de los brutos,* y pasa por que forma con el entendimiento á manera de los platillos de una balanza, de los cuales, si el uno sube, es fuerza que baje el otro, suele tratar de deprimirse á las personas haciéndoles gracia de una memoria feliz. Los émulos de nuestro benedictino concediánle que tenía retentiva tan grande y tenaz, que de lo que leía

(1) *Elementos Etimológicos.*
(2) Esta humildad de Fray Martín la expresó de este modo un poeta:

«En su humilde abatimiento
Como en farol se encerraba,
Para que la luz que daba
No estuviese expuesta al viento.»

una vez, no se le olvidaba una tilde, y no faltaba quien lo achacase á que, siendo niño, le habían dado sus padres la *anacardina*. «Tengo conciencia, reponía Fr. Martín, de que es un testimonio falso..... Sólo sé que, leyendo mucho, se me pega algo, y que tal cual cosa entiendo por comparación:.... me contentaría entender y que se me quedase en la memoria un tres por ciento de todo cuanto he leído» (1).

En el *Diccionario Biográfico Universal* se dice de Sarmiento (2), que «fué excelente predicador, y adquirió tanta fama con sus sermones como con sus escritos.» Pero, dado su modo de ser, nos permitimos no creerlo, aunque se dedicó al púlpito en Asturias, y existen dos pláticas suyas, predicadas, una á los Cofrades de la Sacramental de San Martín, y otra á sus monjes cuando era Abad. «En esto del *púlpito*, le replicaba su feroz adversario Mañer (3), ya sabe el P. Lector, que puedo decirle con verdad tiene poco voto, desde que ahora diez años lo dejó en el primer guarismo.»

Aunque Sarmiento, metido en su celda, como Diógenes en la tinaja, hacía igual caso de la

(1) *Onomástico.*
(2) Pág. 485, ed. París, 1833.
(3) *Crisol Crítico,* t. 2.°, n.° 377.

estimación del mundo, que el cínico de los ofrecimientos del gran Alejandro, solicitaban y tenían entrada en su amistad los varones más insignes en letras, en cuyo número merece lugar distinguido el ilustre Quer, director del Jardín Botánico de Madrid. «Quer, decía Sarmiento, es íntimo amigo mío, y no sabe salir de mi celda, cuando puede venir á ella (1).» Fr. Martín le apreciaba mucho; y cuando el célebre botanista fué, por recomendación suya, á estudiar la flora de las montañas de León y de Galicia, escribió á su hermano (2): «Mira que ocasión tan rodada les irá á los gallegos curiosos para saber mucho en poco tiempo. Cirujanos, Médicos, Boticarios, etc., podrán desasnarse á poca costa..... Deseo infinito que con esta ocasión se introduzca en Galicia alguna afición curiosa á la Historia Natural, que, una vez introducida, presto se hará de moda y utilísima.» Muchas de las noticias que publicó D. José Quer, debiólas á la modesta y generosa ilustración de Sarmiento: éste le proporcionaba vegetales curiosos (3), y hacíale partícipe del fruto de sus vigilias: sólo en su manuscrito *Noticia de algunos vegetales*

(1) Carta á D. Francisco Javier, 25 de Mayo de 1757.
(2) 25 de Mayo de 1761.
(3) Carta á Javier, 5 de Enero de 1757.

extraños que ya están connaturalizados y se cultivan en España, ó en tierra ó en tiestos (1), que trabajó en 4 de Noviembre de 1756 y entregó á su amigo, que se lo había encargado, se habla de 125 especies. La *dedicatoria* que, firmada por Quer, va al frente de su precioso libro *Flora Española,* se la escribió Sarmiento (2), á quien, sin embargo, ni siquiera se cita en el prólogo donde se hace mención de varios cultivadores de la Botánica.

Campomanes, Fiscal del Real Consejo de Castilla, le profesaba amistad sincera: Sarmiento encabezaba las cartas llamándole su *favorecedor especial;* y, en la que le dirigió en 17 de Febrero de 1767, le dice: que *constaba la notoriedad* con que aquel hombre público le estimaba y distinguía.

Florez era gran amigo de Sarmiento, y éste dice haberle comunicado (3) varias noticias; lo cual confiesa el docto historiador, y declara así un testigo presencial (4): «El Mtro. Sarmiento fué primero sin segundo de su siglo, y le co-

(1) Colección Franco Dávila, t. 11, parte 1.ª

(2) Id. id.

(3) *Origen del nombre y casa de S. Julián de Samos.*

(4) Méndez; *Noticias de la vida del Rvmo. P. M. Florez,* núm. 48.

municó más noticias que Mecolaeta, pues era un mar de erudición que se derramaba con el Mro. Florez siempre que le iba á visitar, que eran muchas tardes, de que soy testigo.» El nunca bien ponderado autor de la *España Sagrada* tenía en singular aprecio al monje benedictino, y elevadísima idea de sus dotes de ingenio: consultado, en 5 de Diciembre de 1764, en nombre del Rey, por el Marqués de Grimaldi, sobre si se había de proteger los descubrimientos de la Alcazaba de Granada, le respondía: «..... Tal vez, hablando con el Mtro. Sarmiento, benedictino, deseamos una poderosa mano, que, muy lejos de proteger estos inventos, los mandase extinguir, diciendo el mencionado, *que hartas ficciones y mentiras tenemos.*» Risco, continuador de Florez, no llamaba á Sarmiento menos que «hombre de inmensa erudición, é incansable en el reconocimiento de documentos antiguos» (1).

Pero, de los sabios de su época, quien profesaba especial estimación á Sarmiento, era Feijóo. «¿No es este mismo Florez, decía en sus *Cartas eruditas* (2) aquel que..... *mi íntimo ami-*

(1) Trat. 71, cap. 2.º
(2) Tomo 3.º, carta 32.

go el Rmo. P. Mro. Sarmiento, juez en materias de erudición, cual sabe todo el mundo, me ponderó como erudito de primera clase y primer orden?»

Las siguientes palabras del *Teatro Crítico* (1), relativas á Sarmiento, son el elogio más grande que de un sabio se puede hacer: «Tiene mi Religión un sujeto que, en la edad de 35 años, es un milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas. En cualquiera materia que se toque, da tan prontas, tan individuadas las noticias, que no parece se oyen de su boca, sino que se leen en los mismos autores donde las bebió. Es de tan feliz memoria como de ágil penetrante discurso; por lo que las muchas especies que vierte á todos los asuntos, salen apuradas de una sutil y juiciosa crítica. Es sujeto tan admirable, que solo se le reconoce un defecto, y es que peca de nimia ó muy delicada modestia. Es tan enemigo de que le aplaudan, que huye de que le conozcan. De aquí y de su grande amor al estudio, pende que, asistiendo en un gran Teatro, es tan ignorado como si viviese en un desierto. Bien veo que el lector

(1) T. 4.°, pág. 259, ed. 1750. También se le cita en la misma obra, t. 7, núm. 53.

querría conocer á un sujeto de tan peregrinas prendas; pero no me atrevo á nombrarle, porque sé que es ofenderle.»

Correspondiendo á tan alta estimación, decía Sarmiento por su parte (1): «Me precio de su discípulo; soy su paisano, amigo y corresponsal.»

Como Feijóo vivía á más de 80 leguas de Madrid, Sarmiento fué quien desde el año 27 corregía las pruebas de imprenta y corría con las reimpresiones y venta del *Teatro Crítico,* con éxito tan feliz que, según decía en 25 de Marzo de 1730 (2), el interés de la obra subía á un 100 por 100.

La amistad que profesaba á Feijóo, tuvo gran parte en hacer á Sarmiento publicar su *Demostración,* que le valió rudas embestidas de los criticones, si bien, como decía *El Diario de los literatos* (3), acerca de la obra que publicó don Ignacio de Armesto y Osorio (4), con el título de *Teatro anti-critico universal,* contra Fr. Martín y sus amigos, «se deja conocer que no es

(1) *Defensa de las aprobaciones de la Ilustración Apologética.*

(2) *Condiciones de la cesión de las obras de Feijóo para la iglesia y sacristía del monasterio de Samos.*

(3) T. 2, pág. 297.

(4) Madrid, 1737, imprenta de Peralta, tres tomos.

tan fácil el impugnar como se piensa, y que en las guerras de Minerva, como en las de Marte, no siempre el que acomete puede lisonjearse con la esperanza del triunfo.»

Lo de que *el Sil lleva el agua y el Miño la fama,* pudiera aplicarse á Sarmiento con relación á muchos sabios. No fué el P. Feijóo quien menos utilidad tuvo en su trato con tan aventajado discípulo; y así se lo decía, dándole en rostro, el autor de la *Réplica satisfactoria* (1), por estas palabras: «Lo que sí se hace digno de admiración, es el que una *Cogulla* como la suya, tan rodeada de campanillas, hubiese menester ser socorrida para su *Ilustración apologética:* además de las contribuciones con que concurrió la amistad de Sarmiento.» El paleógrafo Terreros también se aprovechó de los trabajos del humilde religioso, que no hay para que decir cuánto habrá valido á muchos en los tiempos presentes.

Si la sabiduría de Sarmiento no resaltase en sus escritos, fácil sería demostrarla con los elogios de sus contemporáneos. D. Casimiro Gómez de Ortega decía (2) que era «no menos

(1) Pág. 86.

(2) *Elogio histórico de D. José Quer.*

conocido por su varia y profunda erudición, que por su ardiente patriotismo.» Valladares publicaba que «en nada se detenía aquel grande talento, y aun en aquellas ciencias y artes que le eran extrañas, hablaba y discurría con propiedad» (1). Y no hemos de hacer mención de los aprobantes de su libro, D. Pedro González García, y PP. Mecolaeta y Ballesteros, pues, aunque justos en esta ocasión los elogios, no nos merecen mucha autoridad que digamos, los que se ostentan en censuras y prólogos de obras.

En el extranjero se apreciaba tanto como en España al portentoso benedictino. Jussieu, uno de los sabios más grandes que ha tenido Francia, pedía con gran interés sus papeles: Collobrak, embajador de Polonia, movido de su autoridad, deseaba conocer la planta carqueixa (2). Lo mismo que Loeffling y Alstroemer, Linneo, desde Suecia, mantuvo con él activas relaciones epistolares, y mandaba que le visitaran siempre, cuando vinieran por Madrid, las personas que tenía encargadas de hacer excursiones científicas. Muratori le llamaba *el sapientísimo*. El

(1) *Semanario erudito,* nota á los *Apuntamientos sobre caminos.*

(2) Sarmiento á su hermano, 5 de Noviembre de 1760.

embajador de Venecia, Justiniani, decía que, habiendo estado en varias Cortes, en ninguna encontrara quien compitiese en erudición con Sarmiento. Después de su muerte se hallaron en su celda gran número de cartas de los más sobresalientes hombres de ciencia, de Dinamarca, Suecia, América, Holanda, Inglaterra y Francia, donde se echa de ver el altísimo nombre que tenía allende los aledaños de la nación española. Bien dice su comtemporáneo Pardiñas, que «mereció la admiración de las naciones (1).»

Los Reyes de España interpretaron por esta vez los deseos de la opinión pública. Felipe V le firmó el nombramiento de *Consultor de Su Majestad;* y agradecido á lo que escribió sobre ornato de la real casa, mandóle á decir por un Ministro, que «pidiese lo que gustase,» obteniendo, como respuesta, que ninguna cosa podía compensar el placer que hallaba en la compañía de sus libros: Fernando VI le hacía diariamente «muchas preguntas sobre diferentes asuntos» (2). Carlos III le regaló la preciosa obra sobre las ruinas de Herculano.

(1) *Varones ilustres de Galicia,* pág. 180, ed. M. Salazar.

(2) P. Avalle, *Oración fúnebre de Sarmiento* predicada en sus honras solemnes.

Benedicto XIV, uno de los más ilustrados Pontífices, le hizo, pero inútilmente, muchas instancias para que fuese á vivir en Roma (1). Las principales Academias de Europa pretendieron, aunque en vano, que fuese miembro suyo (2).

Su autoridad era tanta que, aun viviendo, consiguió se planteasen, para bien de la república, algunos de sus proyectos. A sus 18 pliegos «sobre la importancia de introducir en España el estudio de la lengua arábiga,» debióse que el célebre Casiri—gran amigo y elogiador suyo—fuera enviado al Escorial á registrar 1.600 códices árabes, y el que se pusiese una imprenta arábiga (3). También alcanzó que se estableciera en Madrid un Jardín Botánico, cosa que tantas veces había pedido (4).

El P. Sarmiento estaba dotado de un organismo inmejorable y de una constitución excelente. Decía, en 1758 (5): «Jamás he tenido tercianas ni calenturas: jamás he sabido qué

(1) Partida de defunción de Sarmiento.

(2) Los monjes de San Martín, en la pág. 46 de su homenaje fúnebre.

(3) Carta de Sarmiento al Jesuita Esteban Terreros y Pando.

(4) Vegetales kalí, sosa y barrilla.

(5) *El porque sí y el porque no*, n.º 41.

son sangrías, purgas, sanguijüelas, píldoras, clísteres, baños, aguas termales, fuentes, sedales, etcétera, ni cosa perteneciente á los arsenales de Galeno. Jamás me ha pulsado médico alguno, ni jamás he necesitado de cirujano: huyo de la barbarie de curarme de prevención, porque soy enemigo de hacer prevenciones para enfermar de veras. No tengo achaque habitual alguno, sino el de que voy caminando para el año 64 de mi edad, ocupados los cincuenta en leer, estudiar y escribir.» Tres años después (1) aún podía repetir con verdad: «Hasta ahora aun no sé que es calentura, ni tampoco he experimentado las habilidades de los cirujanos y médicos.» Era tan ligero, que, según cuenta, en el año 44, se elevó de un salto por encima de la cabeza del General de la Orden, P. Balboa, «siendo él de tan prócera estatura.»

Sin embargo, su nunca salir á la calle mas que una ó dos veces al año, le había hecho perder casi el modo de andar. Desde Pontevedra escribía al Duque de Medina (2): «Como he dado en pasear y largo todos los días por altos y derrumbaderos, llevo muchos coscorrones, ya

(1) *La Carqueixa,* párrafo 154.
(2) 5 de Agosto del 54.

en un brazo, ya en una pierna, ya en un todo, y caigo á trechos. Quien me viere, creerá que me estoy ensayando á caer..... Paréceme, no obstante, que á puras tamboriladas he conseguido estar ya más ágil.»

La falta de ejercicio, el exceso de estudio y lo avanzado de su edad, hicieron decaer notablemente sus fuerzas y su buen humor, desde el año 70, que llamaba con gracia el 13 de su niñez. En la respuesta que aquel año dió á la consulta del Consejo sobre *censores de libros,* decía: «Ya no estoy yo para escribir, leer ni censurar; estoy totalmente impedido, con 75 años y medio á cuestas, y con una visible decadencia de mis sentidos; ya he perdido mi antigua forma de letra.»

La debilidad fué en aumento de día en día, y, al fin, aquella naturaleza vigorosa se rindió al golpe de la muerte, á las cuatro de la tarde del 7 de Diciembre de 1772 (1). Sarmiento, que había vivido como buen católico, murió como santo, después de recibir los sacramentos de la Penitencia y Extremaunción, aunque no el viático, pues su tos no se lo permitía (2).

(1) No en 1770, como dicen Larousse y otros.
(2) *Varias producciones con que algunos ingenios..... quisieron manifestar el aprecio debido á Sarmiento:* prólogo.

Su partida de defunción no pudo serle más honorífica: en ella se hacía constar que era famoso en España y en el extranjero «por sus relevantes prendas de entendimiento, sabiduría, ciencia, desinterés,» y se decía que «poseyó el hablar, entender y escribir todas las lenguas.»

El Mercurio Político, al dar noticia de su fallecimiento, hacía de él grandes elogios. La *Gaceta* de Madrid, de 22 de Diciembre de 1772, dijo del ilustre difunto, entre otras cosas, que era *amado en toda la monarquía*; *como verdadero sabio, y filósofo cristiano, honra de su siglo.*

La lápida, pulimentada por D. Felipe de Castro, del sepulcro del P. Sarmiento, enterrado en la Capilla del Santo Cristo del convento de San Martín, tenía una inscripción latina que trae Ponz en su *Viaje de España,* donde decíase que era celebrado en todas partes por su conocimiento de idiomas, por su virtud y por su ciencia. Otro epitafio en latín redactó el erudito D. Casimiro Ortega, en que se le daba, con otros títulos no menos encomiásticos, el de ilustre ornamento de su Orden, de su nación y de su siglo.

La composición que el primer Profesor del Jardín Real Botánico escribió para el busto de Sarmiento que se conserva en la Real Acade-

mia de la Historia, principiaba diciendo lo que sobre el sepulcro de Abelardo escribieron sus contemporáneos: supo cuanto el hombre puede saber—*Hic quodcumque hominem fas est cognoscere, novit.*

Además se imprimieron multitud de epitafios, composiciones sepulcrales y elegías á la muerte de Sarmiento, con elogios los más encarecidos que se pueden imaginar. Jiménez Coronel, José Labrada, Agustín Taboada, el Cura de Fruime y otros ingenios, pusieron en tormento los suyos para teger hermosas guirnaldas de poéticas flores y con ellas coronar el túmulo del egregio polígrafo, valiéndose de las lenguas castellana, latina, griega y hebrea.

A los dos meses de haber entrado Sarmiento en el mundo de la verdad, por la que tanto había suspirado, celebráronse en sufragio de su alma, con inmensa concurrencia de pueblo, honras fúnebres, solemnísimas sobre lo que es ponderable, las que describe detalladamente el opúsculo que, conteniendo el discurso pronunciado, imprimió en casa de Pérez de Soto el monasterio, y hemos leído en la colección que de trabajos parecidos formó, para uso propio, el Obispo de Lugo Sr. Armañá. Las diferentes poesías castellanas que se escribieron en los

adornos del túmulo, eran de D. Diego Antonio Cernadas de Castro; pues, aunque no lo dice el folleto que reseñando el acto publicaron los benedictinos, se hallan entre las obras del Cura de Fruime (1), muy aficionado por cierto á esta clase de trabajos, que él llamaba *funerales ofrendas;* como que, sin salir del tomo en que están los versos para las honras de Sarmiento, los hay para las de Feijóo, de la reina María Amalia, del rey Fernando VI y del conde de Priegue, y hasta para el túmulo de la famosa cómica María Ladvenant.

Para muestra de lo subido de los elogios que contenían las treinta y dos composiciones que se escribieron con motivo de la muerte de Sarmiento, copiaremos la siguiente octava real:

Sin alma ahora se quedó el Hebreo,
El Griego y el Latín sin energía,
Sin alientos vitales el Caldeo,
La Historia natural sin compañía,
Sin enseñanza, en fin, el Europeo,
Y España sin la gloria, que tenía,
De poseer en este Sabio solo
Todos los Sabios que hay de Polo á Polo.

Aunque la poesía suele ser el lenguaje de la exageración, y la amistad examina los méritos con potente microscopio, no se concibe que, á

(1) Tomo 5.°, pág., 290—ed. Madrid, 1780.

la faz de una nación, puedan prodigarse tan singularísimas alabanzas á quien no sea un sabio de primer orden.

La impresión del libro en que se describen las honras fúnebres de Sarmiento, vió la luz pública á *expensas de un amigo íntimo del difunto,* que nos parece debió de ser el Duque de Medinasidonia, su familiar, hasta el punto que atrás se ha visto, y de quien se dice en la *Dedicatoria de la Historia de la poesía* (1): «Admitió á su cariño á nuestro Rvmo. P. Mro. Fr. Martín Sarmiento, como sujeto el más capaz de merecerlo. No limitó su estimación á la vida de nuestro Autor, sino que después de ella, hace patente al mundo, cuanto estima su memoria, procurando eternizarla en su retrato.»



(1) Ed. Madrid, 1775.



CAPÍTULO III

CARÁCTER Y VIDA PRIVADA DEL P. SARMIENTO

Al tratar Lombroso de *Los Genios,* y poner como uno de sus tristes distintivos las rarezas y las extravagancias, en la larga lista que llena de nombres más ó menos ilustres, no inserta el del P. Sarmiento; y en verdad que merece un sitio entre los genios, por su saber portentoso y por la fecundidad inagotable de su pluma, y, sino por lo estrafalario, cuando menos, por lo particularísimo y chocante de su fisonomía moral, no se encontrara fuera de su puesto entre los individuos geniales que, para sacar á flote su caprichoso sistema, trae y lleva, y baraja y confunde el célebre escritor italiano.

Hasta su aspecto físico era verdaderamente singular, según se ve en sus efigies, y en las relaciones que hacen de su persona los que le conocieron. Más que un sabio, parecía un lego sirviente de la comunidad; y como tal fué tenido en algunos viajes, según propia confesión. Su estatura era menos que mediana, el cuerpo grueso, el pecho ancho, los brazos cortos, las manos carnosas, el cuello casi ninguno, la cabeza enorme, redondeada y no muy abundante de pelo, la frente espaciosa, la nariz chata, los ojos chicos, encogidos, pero llenos de viveza, la barba redonda, la boca grande y la voz de no muy simpático timbre.

Su carácter es realmente *sui generis,* no porque no sea común á otras personas, sino porque sus rasgos especiales están de bulto en nuestro benedictino, y tienen un relieve, y se destacan por modo tan visible, que no pueden menos de llamar muy poderosamente la atención.

Como él mismo conocía que era en muchas cosas una excepción del modo de obrar de sus semejantes, más de una vez cogió la pluma para sincerarse cohonestando su conducta y descubriendo los motivos de ella. Procuraremos reproducir sus propias expresiones, para que

aparezca realmente pintado *por sí mismo,* por aquello de que, según dijo Buffón, el estilo es el hombre. Hay, además, en sus palabras, tan singular desenfado y á la vez tal gracejo y donosura, que, junto con el conocimiento profundísimo que revelan del corazón humano y de la sociedad en que vivía, las hacen muy acreedoras á que les demos cabida en estos desaliñados renglones, aun á trueque de alargarlos con exceso.

Las excentricidades de Sarmiento habían llegado á ser famosas, y, exageradas por la envidia de los émulos, le hacían pasar por una especie de *cínico,* por un Diógenes cuya tinaja era una celda.

Él mismo se hizo cargo de las acusaciones que contra él se formulaban, y nos dejó esta lista curiosa de censuras (1):

«¿Quién habrá que tenga alguna noticia de mi persona, que no esté imbuído al mismo tiempo de mil mentiras, necedades é imposturas contra ella? Cada uno estará imbuído según la ocasión que tuvo de haber oido éstas, y las otras; ó á los originales que las forjaron, ó á las copias que las creyeron. Yo soy en boca de todos, con distribución acomodada, *un*

(1) *El porque sí,* números 24, 25 y 26.

hombre ridículo, duro, adusto, hipocondriaco, insociable, seco, serio, desabrido, incomunicable, melancólico, intratable, indómito, terco, tenáz, testarudo, uraño, incivil, inurbano, descortés, grosero, inmanejable, voluntarioso; y en fin, si le hay en ridiculizarme, que soy otro *Timon Ateniense, nuevo Misántropo en Madrid.*

A estas dos docenas de lisonjas, que inventó la retórica de la envidia y de la necedad, y que son veinticuatro imposturas garrafales, se añaden las reprehensibles acciones que el mismo lenguaje retórico y político me atribuye. *Que no visito á nadie; que cierro la puerta á toda visita; que si admito alguna, no la pago; que no salgo de casa, ni aún de la celda; que rarísima vez me se ve en la calle, ó en el campo; que no recibo cartas; que si las recibo, las más no las abro; y á las más de las que leo no respondo, ó si respondo es con tanta sequedad, que se quitan las ganas de repetir; que á veces devuelvo las cartas cerradas con sobreescrito al que las escribió.*

Que después de quarenta y ocho años que conozco á Madrid, no tengo comunicación alguna, ni alta, ni media, ni ínfima: que por lo mismo soy muy inútil para un empeño en la Corte: que afecto no querer comer fuera de casa: que

me niego á algunos convites honrados, para espaciarme fuera de Madrid: que convidado por esquelas para algunas funciones eclesiásticas ó seculares, jamás asisto á ellas: que ni aún á funciones literarias quiero asistir: que si me dan alguna esquela para uno, ó no la admito, ó no la entrego: que si alguna señora me llama en la Iglesia, ó en la Portería, que no quiero baxar. A este tenor me cargan de otros muchos *ques.*»

Esto no lo podía sufrir el no muy paciente benedictino.

«Los impostores, decía, se valen de mi misma reclusión para persuadir, que seré tétrico, adusto, duro, insociable, etc., y después elevan estas falsas consequencias al grado de intolerables defectos, para que yo no les haga la más mínima sombra de oposición á sus pretensiones disparatadas. En lo primero, son lógicos idiotas; y en lo segundo, falsarios y sicophantas. Debían saber antes, si mi retiro es efecto de mi complexión hipocondriaca, ó de una prudente reflexión al lugar en donde vivo.»

En desquite, pintaba con negros colores la sociedad de su tiempo, con la que no comunicaba más que lo puramente indispensable, achacando á los forasteros gran parte de la co-

rrupción que notaba en la Corte, como se vé por estos párrafos (1).

«A imitación de esa canalla, hablo yo de las seis clases que ya se anidaron en Madrid. Del *peluca,* que fugitivo de su pais por malvado, muda cada día de cara y de vestido, y aún nombre, porque la requisitoria pierda el tino. Del *golilla*, que cansado de enredar y chismear en su pueblo, y viéndose allí aborrecido de todos, se vino á Madrid á poner tienda de enredos y de chismes, que aquí es el género de más salida. Del *corbata,* que por mísero cuitado, y por no tener que comer en su lugar, en el qual no hay mesa para los ociosos, se refugió á Madrid á ser el convidado de piedra, y perrito de todas bodas á costa de mil adulaciones, infamias, alcahueterías y vilipendios.

De la *espada,* que habiendo desertado como cobarde del estado militar, mudando nombre, patria y aún idioma, si sabe algunos, se pasea en Madrid fingiendo negocios, tentando casamientos, ofreciendo su valor para algun asesinato, ó dando trazas para algún grande robo. Del *bonete,* y para el caso, del títere, abate de cuello azul, y del colgado de capa, como ma-

(1) *El porque sí* números 66 y 67.

za, que proscrito ó fugitivo, ó excomulgado de su Obispo, se huyó á Madrid á malvaratar los diezmos de los pobres, á hacer punta á todo género de empleos, y á ser la ignominiosa afrenta del estado eclesiástico. Del *capilla,* que habiendo apostatado del estado que profesó, vino á Madrid á hacer la Ginebra de su refugio, en donde con libertad de conciencia se abandona á todo género de maldades.»

Que le llegaban á lo vivo las hablillas sobre su vida privada, confírmalo patentemente el que tomase á pechos deshacerlas, cogiendo por los cabellos la ocasión, en sus escritos, citando personas que le trataban y podían abonar su conducta. «Supe, escribía en 24 de Junio del 61 á D. José Antonio de Armona, que vuesa merced era mucho de la casa de D. Juan Isasmendi, cuyo cuñado, el benedictino Fr. Manuel Ibarrola, me trata y conoce mucho: si vuesa merced toma informe de él, espero que vuesa merced mudará la pintura que hace de mi persona. No soy *Misántropo,* sino *Misatramposo* y *Misophilantios* y *Misocharlatanes.*»

Por lo que le criticaban mucho era porque no visitaba ni aun para devolver las visitas. A no ser por cosa que mucho le interesase y re-

clamara urgentemente su presencia, no iba á ver á nadie; con una sola excepción, cuando alguna señora de *alto carácter* le enviaba el coche por la tarde para que fuese á pasar un rato en su casa: entonces, decía Sarmiento, «no hay exemplar de que me haya negado á salir.»

Confesaba el Padre, que no hacía las visitas que señalaba y prescribía la rigorosa etiqueta de aquellos ceremoniosos tiempos; pero decía, que si murmuraban de él porque no visitaba, el día que se echase á la calle metiéndose á visitador, murmurarían por la razón contraria; y supuesto que la maledicencia no dejaría de morderle en uno y otro caso, al menos no quería perder el tiempo y su reposo.

«No faltó quien me dixese que saliese y visitase, pues podía tener visitas muy honradas: pero le dexé hecho un mono respondiéndole: si yo saliese y visitase como Vm. quiere, Vm. sería el primero que más había de murmurar de mí, porque salía y visitaba, pretextando que no paraba en casa, ni en la celda. Lo que me decía, lo decía de corazón y como amigo; pero sé que después murmuraría de mí como envidioso de corazón.»

Lo que más le retraía de las visitaciones

era la pérdida de tiempo, del cual se mostraba avaro hasta lo inconcebible.

«Sábese, decía (1), que las visitas son como las cerezas, que se encadenan unas con otras. No dexaría yo de estar muy adelantado, si todo el tiempo de mi vida lo hubiera malvaratado en visitar, y en ser visitado de todo yente y viniente. Así sería en ese caso más reprehensible mi conducta, que viviendo recluso sin salir ni visitar.»

Y lo más grave del caso es, notaba el observador benedictino, que con las visitas se pierde el tiempo sin visitar (2).

«Otro inconveniente grandísimo he notado en las frequentes visitas recíprocas. Este es el que inútilmente se pierde mucho tiempo, y sin visitarse unos á otros. Esos visiteros rara vez paran en casa. Así las visitas son á las calles y á las puertas, no á las personas. Son como las Pascuas de Madrid, que todos las dan, y ninguno se ve en casa. Lo mismo digo de las visitas que se hacen del cumpleaños, y del santo del nombre. En esos lances ya es moda en Madrid huir de casa por evitar las visi-

(1) *El porque sí,* núm. 102.
(2) Id. números 109 y 110.

tas. ¿Y por qué ha de ser moda el huir de casa por no ser visitado, y no debe ser moda, que si yo no puedo visitar al que huye, me esté en casa huyendo de azotar calles?

Dirán que aunque el visitado no esté en casa, ó se oculte en ella, tiene en la antesala un escribiente que apunta los que vinieron á visitarle. ¿Y esto se llama visitar? Si yo fuere el visitado, y no quisiese dexarme ver aquel día, no había de recurrir á la lista del escribiente para saber quienes me estimaban. Haría recurso á la lista mental que tengo de los que creo me estiman; y supondría que todos esos habían venido á visitarme, que viniesen ó no viniesen. El hecho es, que quando dos amigos se han de visitar de veras, se piden y se dan hora oportuna para los dos, por no llevarse chasco uno y otro. Esto me parece admirablemente. Las demás modas son de faramalla y perspectiva, y que solo los ociosos las han inventado.»

El temor á las *antesalas* largas, y el peligro de que en ocasiones no se le recibiese del todo bien, descúbrese en sus escritos, que influyó, y no poco, en su determinación de no visitar á nadie, á ser posible. Los inconvenientes que se siguen de muchas visitas, los expone con su acostumbrada franqueza, haciendo de paso muy

atinadas observaciones, y concluye así (1): «Los visiteros, que no caminan sobre mis reflexiones, son unos andariegos ociosos que andan como *Andabatas* (2) visitando *ad ephesios*, y á todo trapo. Éntranse sin ser llamados, recíbense sin ser admitidos, y al fin se echan y expelen á coces y á palos de ciego, sin que los prudentes los tengan lástima.»

Siendo tan absoluta su repugnancia á hacer visitas, dicho se queda que no era nada amigo de asistir á banquetes. En tantos años como estuvo en Madrid, sólo dos veces comió fuera del convento: la primera, debiendo acompañar á un monje á quien había invitado un amigo; la otra, obligado por los Superiores; y con cuánto gusto se hallaría en la mesa, lo declara él mismo: «Más hice de cuerpo presente que de convidado (3).»

De concurrir á veladas literarias, á funerales y fiestas, no había que hablarle. Si yo hubiera de asistir á tales funciones, argüía él, co-

(1) *El porque sí,* núm. 107.
(2) Gladiadores que peleaban con los ojos cerrados.
(3) El hablar poco era ordinaria costumbre en Sarmiento. Como dijo de él un poeta:

«Instruído en tantas lenguas
Era el que menos hablaba.»

mo son tantas y tan largas, «no pasaría un instante en la celda..... y se aumentaba mi total evagación y zapateo de las calles de Madrid.»

Ésta su total abstinencia de hacer visitas y el poco roce social consiguiente, junto con la timidez de su carácter y su genio encogido, fueron la causa de que hiciese un papel nada airoso, cuando tuvo que acercarse á las gradas del trono con el objeto de manifestar al soberano su gratitud por el nombramiento de abad mitrado de Ripoll.

De tal manera se turbó y aturdió, faltándole la palabra y olvidando las reglas de la etiqueta, que Fernando VI llegó á dudar si aquel religioso todo sobrecogido era el ilustre literato cuya erudición conocía, y los sabedores de su incomparable talento no volvían en sí del asombro.

Lo que más admiración pone, es que, ni para pasear y hacer un honesto ejercicio, quisiera salir de su reclusión. Al cumplirse los 51 años justamente de haber tomado el hábito religioso en Madrid, escribió al Sr. Armona, que no acertaba aún las calles y que había mucho que no salía más que en Semana Santa, el Corpus, y el día de la Porciúncula. En su tra-

bajo sobre la *Seixebra* (1) dice que no había pisado la calle más que tres ó cuatro veces desde Diciembre de 1760 hasta el tiempo en que lo escribía, ó séase, hasta el 22 de Junio del 62.

En lo cual, dice que obraba no por temperamento, ni por gusto natural, sino por conveniencia, y por seguir el dictámen de la razón.

He aquí de que interesante y curioso modo lo explica, y con qué facilidad y donaire manifestaba sus pensamientos y daba cuerpo á las ideas:

«Tan lejos de tener yo el genio retirado, le tengo muy andariego. Algunas veces he dicho que si yo volviese á nacer, no escogería entre los dos extremos de vida. Ó escogería la vida retirada que tengo, ó la de andar y ver todo el mundo. Los que me han visto en Galicia el tiempo que allí estuve, certificarán lo mismo. No hubo rincon de mar, río, monte, campo, valle, que yo no fuese á ver, registrar y observar con un gozo imponderable. No creían algunos que me veían tan retirado, que en Galicia fuese yo tan andariego. En Madrid no salgo de casa; y no paraba en casa quando estuve en Galicia: y lo que es más, con infinito gozo en uno y en otro extremo.

Ni á mi me mata el vivir recluso, ni tampoco el vivir sin reclusión alguna. Puedo escoger sin incomodidad qualquiera de los dos extremos, por el tiempo de mi voluntad. Ni niego que parecerá increible á algunos este genio *ad utrunque*. Pero si Dios me le ha dado, ¿quieren

(1) Párrafo 296.

que le eche por la ventana, y vaya á comprar otro á la tienda? Viven algunos de los que me han tratado de cerca, y dirán quantas veces los he desafiado, entre chanzas y veras, á abrazar de dos extremos ó contrarios, ó contradictorios: v. g. á hablar mucho, ó á no hablar palabra; á salir de casa, ó á no salir de la celda; á pasear, ó á estar sentado; á estudiar, ó á no abrir un libro; á comer, ó á no comer en limitado tiempo.

No quiero alegar por motivo el solemne voto de clausura que aquí en Madrid hice el Mayo de 711. Pero si le alegara, á todos daría un justísimo tapaboca, y les diría: ¿por que las monjas no salen de casa? No quiero hacer de hipocritón, pues sé que aquel voto de clausura mío se me podrá dispensar concurriendo una de tres causas. Pero también sé, que yo podré pasar sin esa dispensación. Y en este caso ninguno tendrá que oponerme, si yo me escudo con mi voto. Digo que el no salir de casa no se debe atribuir precisamente al voto de clausura, aunque seguramente lo observo con mi reclusión.

Más vale solo que mal acompañado. Es una verdad de Pedro Grullo. El año de 715, á uno que quería viviésemos los dos en una celda grande, le rebatí diciéndole, que mejor quería vivir solo que bien acompañado. El tal era amigo, y yo también suyo, y el modo de perder la amistad, sería el que viviésemos en una celda. De eso había visto antes algunos exemplares domésticos.

Lo que hace un techo en una casa, hace un pedazo de cielo en un lugar muy populoso, pues á todos sirve de techo: *Cœlo tegitur qui non habet urnam.*

Mucho me han argüido para que salga, pretextando mi salud.

Viviendo en el centro de Madrid, también esas persuasiones son excusadas, pues jamás me podré persuadir á pasear por cuestas áridas y pendientes con el pretexto de hacer exercicios para mi salud. No se puede baxar al río Manzanares, sin la molestia de un precipicio al baxar, y de una desalmada cuesta al volver.

Ese paseo, más es exercicio de la paciencia, que exercicio para la salud. La vez que le he tentado, tengo que

sentir por quatro días molido y destroncado, é inútil para cosa alguna. Y me ha enseñado la experiencia agena y propia, que conviene para la salud en Madrid no el exercicio, sino la vida sedentaria. A el ambiente físico de Madrid cada día se le pegan muchas impresiones mortales pestíferas, que con otras impresiones de animales y de la universal inmundicia, forman una pútrida atmósfera, crasa y heterogenea, que se hace visible de lexos, y que se palpa de cerca. Ese corrupto ambiente se inspira y respira; y sin sentir se camina por la posta á el estado de no respirar.

Siempre que muere alguno suelo preguntar: ¿hacía exercicio? Se me responde por lo comun que sí. Y infiero que también se mueren los que hacen exercicio, y en la flor de su edad.»

Hasta el andar por los claustros lo tenía por molestia, y así, advertía como cosa rara (1) que el consultar cierto libro—Antigüedades de Cádiz—le había costado bajar á la biblioteca del monasterio.

Escribiendo al Duque de Medina Sidonia, le decía que era enemigo de todo lo que no fuese «vivir retirado en un rincón, abstraído de todo comercio humano.» Pero esta su inclinación natural vencíala el deseo de ser útil á sus semejantes; de modo que, aunque no iba á casa de nadie, no negaba á nadie la entrada en su celda para tratar de asuntos literarios. Recibía diariamente por la tarde, y las mañanas de los domingos, pero no las de los demás días, «no

(1) *De los atunes y de sus trasmigraciones, preliminar.*

siendo para una cosa muy precisa y forzosa,» pues las empleaba en leer, meditar y escribir, ejercicios á que, á no ser en la juventud, nunca se entregaba después de las doce.

Tenía siempre atrancada por dentro la puerta de su habitación (1), para precaver «los ardides que los ladrones discurren en Madrid para robar.» Porque es de advertir que en una ocasión, distribuyendo por la ventanilla de la celda el dinero que le había dado el rey, á no ser por su buen golpe de vista y porque, naturalmente desconfiado y receloso, estaba siempre muy sobre aviso, hubiera sido víctima de los ladrones, á los cuales descubrió, logrando se prendiese al capitán de una numerosa cuadrilla.

Para evitar una sorpresa, no abría sino á quien viniese con algún conocido. Si hemos de creerle, á todos recibía con agrado, instruyéndoles gustoso en cuanto le interrogaban y él sabía. Cuando alguno, decía (2), «me pregunta por algún libro ó por una especie literaria, hago estudio de complacerle y servirle en lo que alcanzo..... No hay ejemplo de que

(1) *El porque sí,* núm. 118.
(2) *El porque sí,* núm. 134.

en ese asunto literario haya dejado de servir á todos..... Pregúntese á los amigos que vienen á conversar las mañanas de los domingos y confirmarán esta verdad.»

Mas en un manuscrito, existente en la biblioteca de la Universidad compostelana, obra de quien, si no trató á Sarmiento, conoció á algunos de sus amigos, hallamos esta curiosa noticia: «Sus contestaciones carecían de aquella suavidad, aquel candor y aquel atractivo que hace respetar como oráculos á los verdaderos sabios. Su primera contestación era áspera, y los saludos eran con la cortesanía de llamar *borrico* al que le hacía alguna pregunta, mas que fuese el primer individuo de cualquier Academia, suponiéndola muy trivial, y conocida la respuesta, como se la indicaba al momento, sin vacilar un instante, ni echar mano á ningún libro, más que la materia fuese desconocida á todo literato.»

No carecía de dotes para mantener el interés de una conversación, y salpicarla de chistes que la hiciesen agradable: la agudeza de su ingenio, la brillantez de su imaginación, la tenacidad de su memoria y lo vasto y detenido de su lectura le permitían amenizarla y darle variedad con los recursos inagotables de su ta-

lento y de su instrucción, juntando á lo exquisito de las noticias la galanura de la frase y á la solidez del fondo el deleite de la forma, cumpliendo el precepto del vate venusino, de mezclar *utile dulci.* Si no temiéramos alargar demasiadamente nuestro trabajo, fácil sería confirmar el anterior aserto, copiando algunas de las *Anécdotas,* que suelen estar al principio de sus colecciones manuscritas.

Justo es confesar que no siempre se hallaba de buen humor, máxime si le veían en horas que destinaba al estudio, ó para tratar de cosas inútiles que no sirvieran sino de hacerle perder el tiempo, al cual tenía no en la estimación del oro, como los ingleses, sino en mayor aprecio que los mayores tesoros del mundo; y de aquí las exageraciones en que se incurría, abultando los defectos de su carácter, hasta convertirle en un rústico, incivil, grosero é intratable del todo.

Enemigo de la adulación y fiel devoto de la verdad, á cuya adquisición consagraba el incesante empleo de su actividad increible y de sus maravillosas energías, no podia ver conculcados los fueros y prerrogativas de esta señora de sus pensamientos y objeto único de sus amores, y volvía prestamente por su honra, sin

que gran cosa le preocupase el que con sus contestaciones pudieran ofenderse los que de otro modo opinaban. Pero dejemos que nos lo cuente él mismo (1).

«Creo dicen tambien, que soy muy claro en la conversación, muy vivo en las expresiones, y muy intrépido en el hablar. Si yo fuese confuso, lerdo, porra y pelmazo, también tendrían que oponerme por otras frases contrarias, para recelarse de mi por todos los casos. Mi voz es naturalmente clara y alta. No soy balbuciente, por la gracia de Dios; y no puedo negar que mientras otro pronuncia seis dicciones, pronunciaré yo diez. Nada de defecto hay aquí: como no lo es en el violín, el que tenga el sonido más alto y claro, y que suene por *semicorcheas* quando otro instrumento suena por *longas*. Si la voz *claro* alude á que digo algunas claridades; y que no digo sí á todo, digo que algo de eso tengo, quando es materia de erudicción é intelectual· la de la conversación familiar. Si oigo alguna necedad de cal y canto, ó algún desatino garrafal, sería fátuo ó vil adulador, si permitiese que se me embocase cara á cara.

No obstante aun en este caso procuro mani-

(1) *El porque sí,* números 61 y 62.

festar mi dictamen opuesto con un festivo modo que no ofende; y tan lejos de ofender, no son pocos los que hacen estudio de ponerme en las dichas circunstancias para oirme: porque dicen que entonces discurro mejor y con más viveza. Pero mis émulos, los impostores, quisieran y no quisieran que yo hiciese el papel de aquel Infame Griego de la sátira 3.ª de Juvenal: ó el de aquel sugeto que con razón recrimina San Pedro Damiano en el citado opúsculo 22. Quisieran por tener fundamentos sólidos de infamarme. No quisieran, porque no les quitase su infame oficio, y se les disputase el mérito para conseguir algún empleo.»

Si no me quieren así, escribía en 31 de Mayo del 58 al P. M. Martínez, «si no me quieren así, que me dejen solo; pues tengo en mi celda 68 *hombres* erudictos con quienes conversar, y que á ninguno debo contemplar en lo que dicen.»

La altísima reputación de que gozaba y las muchas consultas que sobre diferentes asuntos le hacían los hombres de más valer en la gobernación del Estado, le daban gran influencia, de que por maravilla pensó en aprovecharse, como no fuese para el bien común. La suspicacia de su carácter le hacía desconfiar

de que los amigos atendiesen á sus peticiones: «Con los amigos, decía (1), siempre se cumple, aunque sea con *calabazas.*» Idea en que le confirmaban algunos desengaños recibidos. «Si con cartas alegres, descubría él, se consiguiesen los empleos, ya yo hubiera cargado con todos, según la infinidad de cartas que he escrito. Ya hoy se mira como fátuo ó bobarrón despreciable, al que no sabe que las cuatro cartas que se deben solicitar, y que sean empeño para el que ha de darle empleo, son: primera, la de don talego ó don dinero, que es gran caballero. Segunda, la de mi señora doña dependencia. Esta es del superior, de quien depende el que ha de dar el empleo para sus mayores ascensos, por el texto de *do ut des*. La tercera y cuarta de las dos eficaces quisicosas, que se llaman carne y sangre. Todas las demás cartas son papeles mojados, y en mala tinta. Esto ha sido siempre, es, y será en este mundo mortal. No siendo así, lo más que se consigue de cortesía es oir en falso sí, sí, sí, y sacar en limpio un verdadero nó, nó, nó triplicado, para que dos negaciones afirmen.»

Por lo mismo que era notoria su amistad

(1) Carta al P. Martínez, 29 de Diciembre de 1759.

con muchos próceres, y la estimación que le profesaban los más conspícuos repúblicos, acudían á él cierta casta de gentes, que, por usar de sus propias expresiones (1), «no piensan en otra cosa sino en averiguar conexiones, amistades, y aun simple benevolencia, para utilizarse en ellas á costa ajena con solo el mérito de importunos.»

Que la empleomanía no es achaque propio de los malhadados tiempos del constitucionalismo, y que estas habas ya se cocían á calderadas por aquel entonces, agotando la poca paciencia de nuestro benedictino, pruébanlo, quitando el menor asomo de duda, estas sus palabras: «Muchos no esperan á que muera el que posee el empleo. Bástales saber que tiene catarro, ó algún nuevo sabañón, para disparar la metralla de esquelas por todas partes, á fin de conseguir el empleo, si muere, ó la futura, si sana del catarro. Estos embestidores lo andan todo, y algunos tientan meterse en mi celda, acometiéndome con memoriales, para que yo acometa á otros que hayan de acometer al que ha de dar el empleo, ó la futura. Esto sin conocerme, ni conocerlos: y sin que yo conoz-

(1) Carta á Monsignor Valentí Gonzaga, núm. 5.

ca, ó tenga conexión con los que han de ser medianeros.»

El papel de pretendiente era de todo en todo opuesto á su carácter. «Mira que escabeche del diablo, decía á su hermano Javier, para mi gusto y genio el recibir esquelas para que yo pretenda.»

Ni aun por sus deudos queria hacer recomendaciones, y si trabajaba para conseguirles alguna gracia, era como á regaña dientes y para librarse de su importunidad. Sabiendo que era tan enemigo de molestar á nadie con peticiones, algunas personas que le estimaban le ofrecian de *propio motu* destinos para sus parientes, como hizo el Nuncio Gonzaga, poniéndole en la mano, para que se lo diese á un sobrino, el título de un beneficio simple. A quien servía con mejor voluntad, de todos sus hermanos, que, dicho sea de pasada, tenían un genio insufrible, era á D. Francisco Javier, con quien mantuvo frecuentes relaciones epistolares, lo que no impidió que estuviera ya para parir su cuñada, cuando por casualidad supo que su hermano había dejado de ser soltero (1).

A cuatro cosas decía el P. Sarmiento, que

(1) *El porque sí y el porque nó*, núm. 163.

sentía inefable repugnancia (1), «á ser Director de Monjas, confesor de Beatas y Asentistas, consultor de señoras y ricos, y á entrar en Cofradías literarias.»

Lo que en diversas ocasiones escribió de las Academias, parecería demasiado á los mismísimos *Clarín* y *Miguel de Escalada:* «Reniego, decía, del hombre que no puede ser racional por sí mismo, sino que ha de serlo como adjetivo y pegadizo á un pelotón de literatos..... Soy irreducible á entrar en Cofradías literarias en donde se mide la razón y se gradúa el acierto por un puñado de más ó menos habas..... De esta repugnancia á entrar en cofradías de literatos se ha originado mi conducta de huir de cartas á Francia, á Roma, á Londres, Valencia y países australes de España, y mucho menos á Lipsia, para que me coloquen en la guía de forasteros literatos.»

He aquí como respondió (2) á los Sres. Marqués de Piedra Buena, D. Antonio Rojas y Maldonado, D. Pedro Andrés Burriel y D. Bernardino Lugo, cuando quisieron que admitiese el título de Académico de la Real de Agricultura.

(1) Carta al P. Martínez, 31 de Mayo del 58.
(2) 18 de Diciembre de 1765.

«Persisto en esta repugnancia y redondamente afirmo, que no admito, ni acepto el nombramiento, y el no devolverle como hize con otro, y previne al Sr. Marqués, es por no cargar el correo. Así quedará entre otros papeles indiferentes, pues no admito títulos que jamás he solicitado, antes bien he manifestado mi repugnancia á admitirlos.....

Finalmente, abunde cada uno en su sentido, yo abundo en el de no soñar con títulos ni honores de Academia, ni en correspondencias literarias que me quiten el tiempo, el dinero y mi tranquilidad, pues cada uno podrá ser académico de sí mismo, sin sujetar su entendimiento á un puñado de garbanzos ó habas, y hacerlo racional *ad honorem.*

No respondiera en este tono, á no ser que habiendo manifestado ya mi positiva repugnancia á admitir y aceptar el título de académico, me han querido embocar *velis nolis* el pergamino, aunque en vano, haciéndome pagar dos reales, como si yo tuviera algún empleo de pluma, talego ó espada, ó algún pingüe sueldo del Rey. Espero que me dexarán vivir en paz, pues yo no apetezco honores fantásticos, habiendo tenido el tiempo de 50 años para hacerlos verdaderos.»

La verdad es que las Academias entonces, lo mismo aquí que en el extranjero, nacían por generación espontánea, se multiplicaban como los hongos, y no venían á ser algunas otra cosa que sociedades de elogios mútuos, fábricas de inconsistentes reputaciones, y literario entretenimiento de ingenios ociosos y engreidos.

«Dejemos á la Italia, escribía Iriarte (1), vicioso plantel de Académias, tan extravagantes en sus escritos como en sus nombres, el prolijo, inútil afán de exprimir y agotar conceptos poéticos..... No incurramos en el exceso de la Academia Francesa, cuya multitud de cortesanas arengas, de panegíricas oraciones ha dado motivo para decir que había empleado todo su estudio en sacar á luz cincuenta tomos de cumplimientos.»

A esto se debía referir el P. Sarmiento cuando escribió que si las Universidades se fundaron en los siglos de la barbarie, las Academias principiaron en la época de la charlatanería.

Pero nuestro autor no podia desconocer que la unión es la fuerza, y que para combatir los mónstruos del error y la hidra del mal gusto, era muy conducente que mancomunaran sus

(1) *Obras sueltas*, t. 2, p. 329.

esfuerzos los hombres de saber y ciencia, encaminándolos á idéntico fin por los medios que como más eficaces señalara la experiencia, prestándose mútuamente el auxilio de las luces de su ingenio, y el apoyo que necesitaban para no desfallecer en su obra restauradora ante las burlas de los unos, el desprecio de los otros, y la indiferencia de los más. La inquina del P. Sarmiento contra las Academias, aunque á veces habla en tesis general, no podía decir relación á todas, y así se deduce de algunos de sus escritos.

La misma repugnancia que á figurar en las listas de los Académicos, tenía á escribir cartas por mera fórmula ó pura cortesía. «El contexto, decía él (1), de esas cartas, ó se reduce á fórmulas de cumplimiento del estilo de cartas misivas, sin más asunto ó á lo más á saber de mi salud. No hay cosa ni carta más supérflua. A no ser así, todos los conocidos tenían derecho á que yo les respondiese, y yo le tendría á que todos me escribiesen con esa pregunta: y como de un día á otro se suele mudar la salud, sería consiguiente que todos los correos recibiere una maleta de cartas, y ocupase el tiempo

(1) *El porque sí,* núm. 153.

en una maleta de respuestas. Digo que esa pregunta de mi salud es escusada. Debo suponer que todos mis conocidos viven, mientras no viene la noticia de su muerte, que siempre vuela. Y lo mismo deben suponer en ellos en orden á mi salud.»

Aun sobre asuntos científicos no gustaba escribir cartas, no siendo á personas de su intimidad, por temor al juicio que de ellas pudieran hacer; atendiendo á lo cual respondió al caballero de Armona: «Suplico á V. que no se canse más en escribirme, pues no le responderé. Respondí esta vez por haber sido la primera que recibí de usted..... Soy tan amigo de mi tranquilidad, retiro y abstracción de todo comercio epistolar que solo de ese modo pienso vivir feliz en este mundo..... Soy tan natural, real y sencillo, que me repugna escribir con la *sonda* en la mano. Y soy tan delicado de cutis que me es muy sensible el que con cartas se soliciten mis respuestas, para hacer platillo de ellas, ridiculizarlas y censurarlas: así, lo mejor de las cartas, es no escribirlas.»

En la época del P. Sarmiento ordinariamente salía el correo una vez por semana, á no ser en sus últimos años, en que se hacían dos expediciones semanales fijas, lo cual se observó

hasta el año de 1835, en que había ya correo tres veces á la semana, no haciéndose diario hasta el año 43 de la presente centuria, y aun eso sólo para las grandes capitales. Según las ordenanzas de correos, primeras de España, formadas por Felipe V en 1716 y 1720, para fijar las tarifas de las cartas, se atendía, además del peso, al recorrido, costumbre seguida hasta el año de 1845. La tasa de correos la pagaba el destinatario, como en los demás países de Europa, hasta que en Inglaterra el ciudadano Rowland-Hill propuso en 1837 que se estableciese el franqueo con sellos especiales á cargo del remitente.

Dada la pobreza de Sarmiento y sus deseos de enriquecer la biblioteca, compréndese que le gustaría como si le arrancasen muelas y dientes, el encontrarse á cada correo con unas cuantas epístolas, que suponían por lo pronto pérdida de dinero, y quizá también, por lo impertinentes, de tiempo en leerlas y contestarlas. No es extraño que en la Satisfacción Crítico Apologética que, para defender su conducta, escribió con el anagrama de *Martesino,* dijera lo siguiente:

«Las cartas son muy semejantes á las visitas, pues son unas visitas por el correo. Por esta razón los que censuran mi conducta en orden

á las visitas, estiran también esa censura á las cartas. Publican que ó no las recibo, ó no las abro, ó no las leo, ó no respondo á ellas, ó todo. Digo que todo es una mentira garrafal desde la cruz á la fecha.

¡Ojalá no hubiese recibido, ni respondido á tantas, y tendría más dinero para libros, más tiempo para leerlos, y más quietud interior para meditarlos! Y estoy arrepentido de no haber publicado en un impreso mio del año de 732, que estuviesen todos advertidos que yo no queria recibir carta alguna. Es infinito, respecto de mi pobreza, el dinero que me han hecho malvaratar las cartas.

Pero lo que más lloro, es el infinito tiempo que he perdido en responder á ellas. Tengo existentes todas quantas cartas he recibido desde el año 725. Y de buena gana si me volviesen mis respuestas, pagaría el porte de mis mismas cartas que he escrito. Por el volúmen inmenso que hacen las cartas recibidas solo, podré conjeturar quan grande sería el volúmen de mis respuestas. Las cartas daré á peso de toro muerto, y con más comodidad que los embestidores de Quevedo vendieron al confitero sus villetes de estafar. Ni yo hubiera recibido tantas cartas, ni escrito tantas respuestas, si en

España hubiere la costumbre que hay en el Perú. Allí no paga la carta el que la recibe, sino el que la escribe, al echarla en el correo.»

El defensor del Teatro Crítico podía decir como la ilustre autora de *El Nuevo Teatro Crítico* (1):

«No contesto ni á la centésima parte de las cartas que me dirigen ¿Y por qué no contesto? Porque no hay cortesía que valga contra imposibilidades del orden físico, y lo mismo que un manco de las dos manos, así sea el caramelo de la finura, no se quita el sombrero, yo, careciendo de tiempo material para despachar tanta correspondencia, no la despacho, y aquí se acabó la presente historia.»

No contestaba Sarmiento á muchas de las cartas que recibía; pero el número de las á que daba respuesta, era tan excesivamente grande, que decía le tenían *ahogado.* Para no perder tanto tiempo en contestarlas, se ocupaba en ello cuando tenía visitas, alternando con la conversación la pluma (2), de donde era consiguiente, en su propio sentir, que algunas las escribía «más como máquina que como racional.»

(1) Número último.

(2) Carta al Duque de Medina Sidonia.

Claro es que quien así escribía las cartas, no había de quedarse con copia de ellas. «Eso, decía al Sr. de Armona, es bueno para los que tienen trava cuentas ó para los que escriben con pensamientos vagos y acomodaticios. No necesito *copia* de lo que escribo para precaver que me cojan en mentira ó en contradicción; que me acuerde ó que me olvide, jamás diré lo contrario: ese es el privilegio de los que hablan y escriben con realidad y sólo según lo que piensan.»

Lo que decía á su muy amigo el Duque de Medina Sidonia, «en sacándome del rincón de mi celda soy inútil para todo, para todos y para mí,» era un hecho evidente, que tenía el mérito de conocer, y el valor de confesar: por eso procuraba no salir de ella, y pasaba los años dentro de sus cuatro paredes, como en reducida y oscura colmena, donde, con el jugo de las flores de su copiosa librería, formó los numerosos panales de dulce miel, de que se aprovecharon muchos ingenios á quienes es, con todo rigor, aplicable aquel epigramático verso del mantuano cisne:

Sic vos non vobis mellificatis apes.

Su celda, por lo obscura, se prestaba á la me-

ditación, que no suele conciliarse bien con la demasiada luz. A propósito de las—tres varas—*solas de cielo,* que el cantor de la Eneida propuso como enigma, decía nuestro benedictino (1): «Aun no han concordado los comentadores en señalar el lugar del cual habla Virgilio, y si alguno dijese que había hablado en profecía poética de la obscurísima celda del P. Sarmiento, ese daría en el hito» (2).

La hahitación del ilustre sabio era bastante modesta en su interior, como convenía al voto de pobreza que había hecho. Estaba empapelada y tenia en ella dos pinturas de Rici, una del Spagnoleto, varios cuadros de pequeño tamaño, y un crucifijo. Los objetos de oro (una pluma, un reloj, unos anteojos, y cuatro cajas) y de otras materias preciosas, que poseía, se los habían regalado. Nueve baules, un arcón, una arquita, dos escritorios, tres papeleras, cuatro mesas y doce sillas viejas constituían el principal mobiliario. Tenía asimismo una cítara y

(1) Carta al Duque de Medina Sidonia en 3 de Junio de 1754.

(2) El pasaje á que alude Sarmiento, es este:

«Dic quibus in terris
Tres pateat Cœli spatium, non amplius ulnas,
Et eris mihi magnus Apollo.»

una vihuela que tocaba al canturrear tonadas gallegas, á que era muy aficionado.

Para estudio, para hacer las experiencias á que era tan dado, y como objetos raros y curiosos, poseía un peso para el oro, una balanza, un astrolabio de bronce, un reloj de luz, un telescopio inglés de reflexión, un microscopio de ocho lentes, dos estuches de Matemáticas, una muestra portátil de sol, 42 frasquitos de cristal, un cuerno de rinoceronte, un cáliz de madera de *Albue,* y una piedra especular como las aras de la Catedral de Lugo. Tenía también (1), por los años de 1734, unas 78 monedas, romanas, griegas, góticas, y de otras naciones.

Su biblioteca puede calificarse de riquísima, sin exageración alguna.

El año de 1750 tenía 5.000 libros que creía poder vender, cuando quisiese, en cien mil reales (2). Ya entonces le costaba trabajo acomodar tantos volúmenes en la celda; por lo que, le decía su amigo Vizcaino: *ó comprar más celda ó vender libros* (3).

---

(1) M. S. de Sarmiento *sobre monedas,* que existe en el tomo 5 de la colección del Duque de Medina Sidonia.

(2) Carta al Marqués de Aranda.

(3) Carta á D. Miguel de San Esteban, residente en Santa Fé de Bogotá.

En 24 de Junio del 61 (1) contaba con *más de seis mil tomos,* de donde concluía él: «Así, ó para saber ó para ostentación, ó para ser bueno, ó para ser malo, no necesito que me vengan libros de afuera, ni aun el leer los que salen en la Gaceta.» En 15 de Mayo del año siguiente, tenía *seis mil quinientos volúmenes,* de los cuales, amén de las Revistas, Viajes, Actas de Academias, etc., trescientos eran de Historia Natural (2).

Cuando murió, su biblioteca se componía de siete mil quinientos *cuerpos de libros* (3).

No hemos logrado topar con el catálogo, el cual debía ser interesante por más de un concepto y grandemente instructivo, supuesto que, según se advierte en el folio décimo de la Colección Manuscrita del Gabinete Matritense de Historia Natural, indicaba en él «el mérito, rareza y demás circunstancias singulares de cada libro.»

Es cosa que produce maravilla el que hubiera podido un pobre fraile comprar tan gran número de libros, algunos de no escaso valor. La

(1) Carta al Sr. Armona.

(2) *Pensamientos crítico botánicos,* n.º 265.

(3) *Memorial* de lo que, con licencia, tengo yo, Fray Martín Sarmiento, *ad usum,* desde 9 de Marzo de 1772.

Religión benedictina no señalaba á ningun individuo ni un maravedí de renta para adquirir obras: daba tan sólo, además de la comida, 16 ducados anuales para vestirse, calzarse y todos los otros gastos, con un aumento de 66 reales por año á los que residían en Madrid, por razón de tener en la corte más subido precio los artículos. Por consiguiente, aun siendo tan parco ó, si se quiere, tan mezquino el P. Sarmiento en los gastos que se referían al cuidado y decencia de su persona, era imposible de toda imposibilidad, no dedicándose, como no se dedicaba, á ningún oficio lucrativo, que llegase á adquirir, ni con mucho, tantos miles de selectos volúmenes. Como decía él (1), con la pensión que le asignaba la Orden, no podía pasar de treinta ó cuarenta libros el número de los que poseyere, por más afición que se le quisiera imaginar.

Llamado para registrar y catalogar el archivo de la Catedral de Toledo, recibió por su trabajo una no exigua gratificación. En aquel tiempo era un negocio el publicar libros, cuando hoy, si se quita de la cuenta á tres ó cuatro mimados por la Fortuna no menos que por Minerva, no se enriquecen con sus obras lite-

(1) *Bibliotecas públicas.*

rarias los escritores, á quienes no es raro que sus amigos les pidan *prestados* los libros que han dado á la prensa, como atestigua la distinguida autora de la *Cuestión palpitante.* Un solo trabajo publicó Sarmiento, la *Demostración crítico-apologética del Theatro Crítico Universal,* y de él dió cuatro ediciones (en 1732, en 1739, en 1751, y en 1757), y, cuando le cogió la muerte, tenia preparados *veinticinco mil quinientos reales,* para costear la quinta impresión. Con el producto de la venta pudo comprar los millares de volúmenes que hacían de su celda una biblioteca verdaderamente copiosísima.

De conformidad con lo preceptuado en las constituciones de la Orden de San Benito, el monasterio donde el P. Sarmiento profesó y tenía su residencia ordinaria, debía heredar su biblioteca. Al comprarla, lo tuvo así presente, y es indudable que no adquiriría obras que hubiese ya en el monasterio, pues quería hacer la librería de éste más rica y *universal.* En 1730 redactó un trabajo que comprende 232 títulos «de algunos libros curiosos que comprara si tuviese dinero..... y que *no hay en San Martín.*» La biblioteca de la comunidad componíase de 10.000 volúmenes; por donde conocerás que, sin salir de casa, podía Sarmiento

saciar su ansia inextinguible de saber: porque hay que advertir que muchos de estos libros no eran triviales y de poca importancia, sino verdaderamente raros y de precio.

En la Biblioteca Nacional existe un *Catálogo de algunos libros curiosos y selectos para una librería de un particular que desee comprar de 3 á 4.000 tomos,* el cual concluye con esta nota del P. Sarmiento: «Si alguno quisiere enterarse de todas las circunstancias, ediciones, vida de los Autores, etc., de los libros señalados en estos pliegos, ó gustase ver por sí casi todos los libros, con mucho gusto se le enseñarán en este Monasterio de San Martín de Madrid, desde hoy 14 de Abril de 1748.» El P. Sarmiento no se contentaba con leer los libros; sacaba siempre de ellos curiosos extractos. Por tales resúmenes y copia de noticias importantes, que solía formar, vése que tenía muchas obras en francés, como *Melanges de Histoire et de Literature,* de Mr. de Vigneul-Marville; *L'utilité des voyages,* de Baudelot de Dairval; *Nouveau voyage autour du Monde,* de Barbinais; *Anciennes relations des Indes et de la Chine,* traducción del árabe, con notas de Renaudot; *Nouvelle Bibliotheque choisie,* de M. Barat, y *Entretiens Phisiques,* de Noel Regnault.

Estos extractos á veces los escribía al reverso de los naipes, que empleaba para registros; pues, como decía (1), contestando á las hablillas de que hacíanle objeto los desocupados, no usaba «de sardinas, ni de cáscaras de melón para registros» de sus libros. En éstos no gustaba de poner notas, ni ilustraciones, ni comentos marginales. Si no entiendo uno, decía él, «lo arrimo y tomo otro.»

El método que en la lectura seguía, no es el más recomendable, cuando se carece de sus extraordinarios dotes de talento. Poco antes de morir manifestaba (2) que hacía más de cuarenta años venía leyendo cada día «de 24 libros de asuntos diferentes.» De este modo, parecióle que supliría, «el ver mundo;» (3) pero, conoció con pena, «que no es adecuado ese suplemento.»

Espíritu observador, atento y reflexivo, aun encerrado en su celda, tomaba nota de los fenómenos curiosos que advertía, para discurrir sobre ellos, y hacer juicios, y sacar consecuencias más ó menos interesantes y oportunas; y bajábase á estudiar las costumbres de sus gatos y

(1) Carta al Sr. Armona en 24 de Junio del 61.
(2) Obra de 660 pliegos, núm. 1.239.
(3) *Noticia de un cuerno de Rinoceronte.*

de las golondrinas que anidaban en la pared del convento (1).

Su afición extremada é incomparable á los estudios de la Historia Natural traía convertida la celda en un jardín botánico, donde en cacharros y tiestos sembraba plantas poco conocidas ó por algún concepto dignas de observación, para hacer las experiencias que juzgaba convenientes; con lo cual, al mismo tiempo, se distraía y se recreaba muy mucho.

Atento no más al cultivo de la sabiduría, en quien, según frase de las Escrituras, están las riquezas y la gloria, no sólo cumplía al pie de la letra el precepto del Espíritu Santo, de no envanecerse con los vestidos, sino que la constante y casi exclusiva aplicación de sus facultades á la lectura, no le dejaba tiempo ni gusto para cuidar de la decencia de su persona, presentando, á veces, un aspecto semejante al del otro Martín, el santo y sabio Obispo de Tours, retratado por el Doctor Melífluo, como *veste sordidus, crine incultus, facie despicabilis.* Tenía dos gatos, domesticados en extremo, hasta el punto de que eran verdaderamente sus compañeros de celda y escritorio, de quienes daba ex-

(1) *Educación de la juventud.*

presiones en las cartas á varios amigos, entre ellos al Excmo. Sr. Duque de Medina Sidonia, uno de los magnates más encopetados y, en aquella sazón, de incalculable influencia en la Corte; usaba mucho, además, del tabaco en polvo, y todo contribuía á que sus hábitos no estuvieran tan limpios como sería conveniente, y á que por tal concepto adquiriese una nada envidiable celebridad.

Por cierto que él era el primero en confesarlo, con aquellas desenfadaderas que tenía.

«Me escudo, escribía una vez, con el dicho de San Hilarión: *Supervacaneum est munditias in cilicio quærere*. Aplaudo á los que naturalmente son aseados.»

«Pero el Regular que emperegila su mortaja ó hábito, que se afeita á menudo, que lo que había de gastar en libros, lo emplea en jabones, espejos, escobillas, en garbines con *péndula,* y en zapatos de última moda, no me merece aplausos sino compasiones. He notado que todos esos no tienen cabeza, y que tienen una racionalidad con cascarrias: y que ni aún *adjective* son racionales. Es verdad que gasto pocos zapatos; y que la *carpeta* de mi mesa de estudio está tan andrajosa como mi hábito, de puro rozarse una con otro.»

«En fin, sea yo enhorabuena *estrafalario:* y ¿los Señores Cofrades de Literatura que tienen con eso? Yo á ninguno voy á buscar á su casa; en mi celda estaré como se me antojare. Es bueno que los Colegiales mayores de faja afectan tener vieja y rota la *Beca,* y algún género de Frailes afectan echar piezas y remiendos en hábitos nuevos, ¿y yo no podré andar lícitamente andrajoso? En verdad que eso no obsta á los primeros para mandar el mundo: ni á los segundos para que de ellos no salgan *Confesores de Reyes*.»

. . . .

Realmente, admitida la clasificación que en su artículo *Pochade de savants* presentaba Michel Thivars en *Le Petit Journal* (1), hay que poner al P. Sarmiento en *l' espece la plus répandue,* en la clase de los *sabios sucios*.

Atareado en cultivar su espíritu, descuidaba más de lo justo la parte física. La vida del alma, las prácticas de la virtud, las investigaciones de la naturaleza, la adquisición de la verdad, los descubrimientos de los sabios, el gusto de la belleza literaria, y el examen de los sucesos antiguos, absorvían por entero su atención,

(1) 29 de Abril del 94.

no permitiéndole descender á los múltiples y prosáicos detalles de la vida real, ni complacerse en los goces permitidos de la materia, y llegando casi á atrofiarse sus sentidos.

El año 66 manifestaba (1) que carecía de olfato. Su vista era muy corta, aunque nunca gastó anteojos. Lo que había de comer, no le preocupaba ni poco ni mucho: escribiendo á su familia, advertíala que, cuando fuese á Pontevedra, se contentaría con «un plato de papas;» y al Duque de Medina Sidonia le ponía por testigo (2) «de lo poco y mal guisado» de sus viandas. En cambio tenía un muy delicado oido, que le permitía discernir las bellezas de la música.

Aunque sentía invencible repugnancia á salir de la celda y á todo lo que le distrajese de las ocupaciones mentales, si fuéramos á juzgar por lo que á veces decía, en el seno de la confianza, sin duda en ratos de mal humor, habría que creer que su natural no le inclinaba al estudio ni al reposo que la meditación exige. Véase, para muestra, lo que en 20 de Abril de 1860 escribía al Duque de Medina Sidonia:

---

(1) *De la grama olorosa*, en gallego, Lesta.
(2) 4 de Noviembre del 56.

«Viviendo en Asturias, el año de 72, se me ofreció un acaso de sospechar para cual empleo particular había yo nacido ¿Quién me creerá? Sospeché que yo había nacido para ser pescador de caña. Tanto me gozaba con ese ejercicio..... Más me deleita una hoja de un vegetable, que una hoja de un libro en folio.»

Y en otra parte decía..... «Ríome de los que están en el error de que yo he nacido para vivir en el retiro de cuatro paredes..... Ignoro para cual ejercicio de la vida humana me ha criado Dios..... Vivo retirado porque desde niño me impidieron salir y vaguear, y ya hice callos en una vida sedentaria. Revuelvo y veo algunos libros por no estar toda mi vida mano sobre mano..... Llegué á persuadirme que yo nací para tunar por todo el mundo y ver por mi mismo.»

Hasta la aplicación al estudio, con la que tantos secretos arrancó á la naturaleza, glorias tan altas sacó del polvo de los archivos, y tan eficazmente contribuyó á desterrar preocupaciones perniciosas y errores vulgares, llegó á parecerle, sino un crímen, por lo menos no muy conforme con la vida monástica que había abrazado. Al mes de haber escrito al Duque las palabras que dejamos copiadas, le dirigía

estas otras: «Ya es tiempo en hacer penitencia del tiempo que he perdido en seguir estudios y machacar en libros, habiendo tomado el hábito para seguir el coro y aprovechar todo el tiempo en encomendarme á Dios. *Delicta juventutis meæ* puedo llamar todos los ejercicios literarios tales cuales que he tenido en 50 años de hábito, y sólo se podrán cohonestar echando á tiempo, con mil diablos, estudios y toda la faramalla inútil..... que llaman literatura.»

En cartas á su hermano, que nunca el autor supuso serían vistas con curiosidad en las generaciones venideras, vertía de cuando en vez expresiones que, á no tenerse por hijas de la violencia irreflexiva de su carácter, harían admitir que no era mucha su piedad ni muy ventajosa la idea que le merecían sus compañeros de hábito. Véanse algunas para ejemplo: «Dios me libre de frailes y de monjas (1).» «Como yo sé lo que el demonio, casado con la Madama Malatrampa, y sus hijos los frailes, pueden maquinar (2).....»

«Dicen que Lasanta (nuevo Abad), viene en ánimo de poner aquí mucho rigor. *Comerá do-*

---

(1) 15 de Junio del 57.
(2) 11 de Mayo de 1757.

noso pan; beberá donoso viño, etc. Mientras el mundo presente no mee agua bendita, es tontería pedir á los frailes, que hagan milagros. *Sicut populus, sic Sacerdos*» (1).

«A mí se me da un cuerno por todo. Estimación y honra me sobra. Aturdidos están de lo que todos decían en mi enfermedad. Quiero vivir para Dios y para mí. No temas que los frailes me mexen, pues me sé sacudir á tiempo y con garbo. Y son poco polvo para ponérseme delante. Si por detrás gallean, que se ahorquen, pues jamás pasarán de badulaques (2).

«En cuanto á Capítulo, que se den calabazadas unos con otros. No sé, ni quiero saber palabra de lo que será. Yo no voy, ni quiero ir á Valladolid, no sea que allí me disputen la crisma. Hice patente de que no quiero empleo chico ni grande, aunque se empeñe el Papa, ó el Turco» (3).

Y á propósito de Capítulos escribió un trabajo, sumamente curioso, encaminado al objeto de asegurar en las elecciones el triunfo de determinados candidatos, donde se leen, en las papeletas del tercer partido, los nombres de

(1) 1.º de Junio del 57.
(2) 13 de Abril del 57.
(3) 13 de Abril del 57.

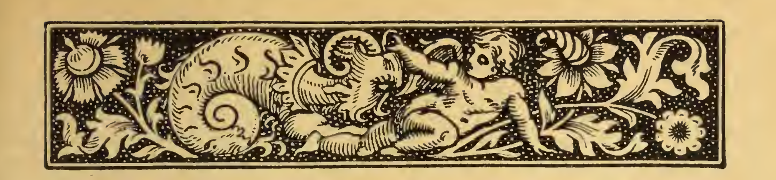
Feijoó y de su íntimo el autor. «En él, dice un crítico, se habla tanto de la buena fe y de la sana y pacífica intención de todos ó de casi todos los Capitulares, que más bien parece se duda de esas cualidades; pudiendo servir de apoyo á los que opinan es añeja la idea de tener por materia parva tales vicios en asuntos electorales en general.»

Sin embargo, contra lo que á primera vista pudiera juzgarse por algunas expresines suyas, cumplía exactamente los múltiples deberes de la estrechísima observancia de San Benito. En presencia de quienes le habían conocido y tratado, y delante de los que, por consiguiente, no se podía mentir, predicaba en 7 de Febrero de 1773 el P. Anselmo Valle:

«La sabiduría que le había elevado á oráculo de Europa, le hizo también el espejo del claustro, adornándole con todas aquellas virtudes que le constituían imitador de Jesu Christo, á fin de que todos le venerasen, no solamente como sábio, sino como un verdadero sabio Christiano. La humildad, hija primogénita de la sabiduría, resplandecía en sus palabras, y en sus obras; y en algunas cartas suyas que leí, se nota desde luego que, aclamándole todos por grande, solamente era pequeño á sus propios ojos. Hecho

Abad de este monasterio, no degeneró en esta sabiduría; siempre amante de la rectitud y piedad, era incapaz de hacer mal, compasivo de sus hermanos, enemigo de la ficción, de la mentira, del chisme, del dolo, y doblez del corazón. El claustro no necesitaba de más instrucción que su ejemplo; el primero en todos los actos conventuales, era, en suma, la viva ley de la Religión. Condecorado con los honores de General, no conocía la preferencia, ni esempción de los ejercicios humildes de la Regla, el primero en visitar los enfermos, en consolarles, divertirles, y expender con liberalidad Christiana todo lo que se necesitase para su alivio. Enemigo de la injusticia, compasivo en extremo, le hacía prorrumpir en lágrimas la violencia con su prójimo, y de que algunos hemos sido testigos más de dos veces.»





CAPÍTULO IV

CÓMO ESCRIBÍA EL P. SARMIENTO

Decía la Real Academia de la Historia, en la *Advertencia* que va al frente de las *Noticias sobre la vida, escritos y viajes del Rmo. P. Maestro Fr. Enrique Florez,* por Fr. Francisco Méndez (1), que las páginas más importantes de la vida de los escritores célebres son indudablemente las que nos descubren cómo se prepararon para la formación de sus obras, qué método han seguido al componerlas, y cómo, á favor de una atinada distribución del tiempo, alcanzaron, por decirlo así, multiplicar sus días,

(1) Ed. 2. Madrid, 1860.

á fin de prestar á sus semejantes la mayor utilidad posible.

Bien merece, por ende, que nosotros apliquemos la atención, en capítulo aparte, al punto que se indica en el encabezamiento de estas no pergeñadas lineas, por donde asimismo se vendrá mejor á conocer el carácter de nuestro ilustre biografiado.

No parecerá ocioso, nimio ó inoportuno, que descendamos á ciertos detalles, que nada significan en la vida de los escritores adocenados, y tienen notable interés en la de aquellos que estén en los altares del santuario de la fama. De cualquier modo, el P. Sarmiento no cuenta de sí mismo los pormenores y nimiedades que, por ejemplo, esparce Zola á los cuatro vientos de la publicidad; ni nosotros, aun tratándose de quien empleó todas sus fuerzas en procurar el progreso y mejora de la sociedad, no en remover el fango de sus capas inferiores para inficionarla y apestarla con el hedor intolerable de su corrupción y podredumbre, nos entretendremos en averiguar cuántas plumas gastó en escribir sus obras, como hizo *Le Figaro,* cuando la publicación de *La Debacle,* ni en contar las palabras que ponía en el papel, cada día, dato interesante que, muy ufano por la ad-

quisición, comunicaba á sus lectores *Me Clure's Magazine,* con motivo de la impresión del conjunto de mentiras y calumnias titulado *Lourdes.*

«Uno de los rasgos más salientes y distintivos del carácter del P. Sarmiento es la repugnancia invencible á entregar á las prensas sus numerosas obras. Decía D. Jacinto Salas Quiroga, en los Apéndices á *España en el reinado de la casa de Borbón* (1):

«Trabajaba el P. Sarmiento para acumular materiales para la historia de la literatura; pero, sin proponerse publicarlas todavía, se contentaba con leer las relaciones de sus descubrimientos á algunos amigos suyos.»

Pero la verdad es que el *todavía* sobra; porque siempre tuvo horror á la imprenta.

D. Antonio Ferrer del Río, en su *Discurso* de recepción en la Academia Española, asegura que la causa principal de la obstinación de Sarmiento en negarse á imprimir sus trabajos «consistía en la repugnancia á sacrificar su propio reposo;» por lo que le juzga digno de censura.

Ya en vida se le criticó, y no poco, por igual motivo. Las excusas que alegaba para cohones-

(1) T. 4, p. 6, ed. 1841.

tar su proceder, eran, á veces, símiles á la del Marqués de Mantua, con ocasión de la muerte de Baldovinos:

«Por tres razones: porque quiero, es una, y por ésta, y ésta.»

No tomé la pluma ni la tomaré jamás para escribir cosa que haya de imprimirse, decía en su disertación sobre la *carquexia,* «por la fortísima razón de que yo acá me entiendo.» Y aun es más dura su respuesta, en un caso semejante, al Duque de Medina Sidonia (1): «Porque no nací para trabajar para el público.»

No vale más lo que dice (2) de que no escribía ni escribiría jamás para imprimir, porque se consideraba «en los siglos en que nada se imprimía y se escribía mucho.»

La causa capital que verdaderamente le retraía de la prensa, era su modestia, que tocaba los límites del exceso.

Por eso los Padres Benedictinos, en el *Prólogo al lector,* de las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles,* se excusaban de haber faltado á la voluntad de Sarmiento, con las siguientes palabras: «El bien que de su edi-

(1) Carta de 26 de Junio del 56.
(2) Núm. 5.328 de la obra de 660 pliegos.

ción con fundamento creemos se seguirá al público, disculpará nuestro proceder, aunque sea muy contrario á la humildad, que era el móvil característico de nuestro ilustre autor.» Con efecto, así lo descubre éste en varias partes de sus obras, como, *verbi gracia,* en el núm. 15 de su carta al Sr. Valenti Gonzaga, en que le decía:

«Con más razón y más instancia debo suplicar y suplico á V. E. muy encarecidamente, no permita que la imprudencia de algún copista, ó algún indiscreto, oculte copia; no sea que alguno se encapriche de dar á luz pública este borrador, y quede yo notariamente *sonrojado.*»

En aquel siglo en que *D. Joseph Vázquez,* retratándose en parte á sí propio, escribía *Los Eruditos á la violeta, ó curso completo de todas las ciencias, dividido en siete lecciones para los siete días de la semana* (1), donde cuenta que, en opinión de muchos, «las ciencias no han de servir mas que para lucir en los estrados, paseos, luneta de las comedias, tertulias, antesalas de los poderosos y cafés, y para ensobervecernos, llenarnos de orgullo, hacernos intratables, é infundirnos un sumo desprecio para todos los

(1) Madrid, 1772, imprenta de D. Antonio de Sancha.

que no nos admiren. Este es su objeto, su naturaleza, su principio y su fin;» entre tantos necios presumidos, que traen á las mientes aquello de Fray Félix Lope de Vega Carpio,

«O sabe naturaleza
Más que supo en otros tiempos,
O muchos que nacen sabios
Son porque lo dicen ellos.»

resaltaba por insigne modo la humildad del fraile benedictino, llevada á su último límite, y, de cuando en vez, á vituperables extremos; pues, mas que dijera Fr. Anselmo Avalle, en la *Oración fúnebre* de Sarmiento, «que su Reverendísima se había propuesto observar los consejos que el Espíritu de Dios prescribe á todos los sabios, y no quiso desviarse de uno de ellos que previene ocultar en lo posible la sabiduría, *Sapientes abscondunt sapientiam,*» y aunque á este propósito trajera á colación el capítulo segundo del Eclesiastés, no convencería á nadie de que faltasen á las reglas de la subiduría los ilustres varones puestos por la Iglesia en el calendario, que divulgaron sus obras por medio de la prensa, la cual se honró imprimiendo la palabra de Dios antes que los escritos de los hombres. La humildad es la verdad, y la sabiduría, como el bien, es *difusiva de sí misma,*

en frase de los escolásticos; tiende á comunicarse: pues no se dió al individuo exclusivamente para sí, sino para que haga participantes de ella á los demás, debiendo ser, en consecuencia, no pozo que aprisiona y sume el agua, sino fuente, que, después de llenarse, la trasmite generosa por cien canales, llevando doquiera la fecundidad y la vida.

Mas, era el caso que el P. Sarmiento, sin gazmoñería de ninguna clase, pues es la franqueza misma, creía firmemente que de muy poco valdrían sus obras; decía que no había nacido para escribir (1); no le satisfacía nada de cuanto produjo su fecundísima pluma, y se figuraba que sus escritos vendrían á parar á manos de los coheteros (2). Por lo que, á continuación de manifestar que no escribía ni por interés pecuniario, ni por el humo de los honores, ni por el estímulo del premio, ni por las excitaciones de la vanagloria, añadía (3): «Tampoco escribo esto para que se imprima, pues ya no está el tiempo para ser fatuo de ese calibre. Escribo por mi gusto, y para mi instrucción.»

(1) *Inscripción romana en la Limia.*
(2) Obra de 660 pliegos, núm. 7.312.
(3) *Onomástico etimológico.*

En 15 de Mayo del 61, participaba á D. José Antonio de Armona:

«Sólo pienso leer por diversión, y tal cual vez en escribir para mi solo, cuando quiero estudiar un punto de mi gusto y capacidad. Pero jamás pienso, ni pensaré en escribir cosa alguna para que se imprima, como tan escarmentado ya en cabeza ajena.»

Sin embargo, no se han de tomar sus palabras tan á la letra, que vaya á creérsele enemigo de la instrucción y del bien de sus semejantes; antes no fueron otros los ideales á cuya consecución consagró el no interrumpido trabajo de su larga vida (1), y veces hubo en que, si no satisfecho de éste, cuando menos lo juzgaba de no pequeña utilidad, como fué su *Inscripción para todo el friso del nuevo Real Palacio,* que le arrancó estas expresiones: «Una vez ejecutado en la forma dicha, no habrá semejante friso en todo el orbe, ni tan lleno, ni tan hermoso, ni tan instructivo, ni tan del caso.»

Aquel precepto de la Sagrada Escritura, de

(1) Así lo cantó un poeta, conterrín suyo.

> «Siendo el ansiado provecho
> De tanta oficiosidad
> La pública utilidad
> Que era el imán de su pecho.»

comunicar sin envidia la sabiduría, cumplíalo nuestro autor exactamente, y sin violencia alguna. «Debo á Dios, decía, escribiendo sobre la *Seyxebra,* el genio de desear que todos sepan en cualquiera materia todo cuanto yo sé y pudiere comunicarles, para que los que saben más que yo quieran instruirme y enseñarme. Es una barbarie que repugna á la sociedad humana, querer ensalzar alguna ciencia con no querer enseñarla.»

Quería instruir á los demás, pero con sus manuscritos, no con sus impresos. Y la verdad es que le cree uno digno de absolución (1), si es cierto lo que cuenta sobre tardanza de la impresión, abusos de los editores, prohibiciones arbitrarias del libro cuando estaba tirándose y embargos de la obra aun antes de ver la luz. Es un dato no sin interés para estudiar su época esto que dice sobre las dificultades que *ofrecía* el imprimir (2):

«Naturalmente, soy inclinado á desear bien á los literatos; ya que veo que hay tantos y tontos, que les desean tanto mal.

(1) Carta á D. José A. de Armona, 15 de Mayo de 1761.

(2) Carta á Fr. Mauro Martínez, 29 de Diciembre de 1759.

Pero vence, triunfa y atropella el *infinitus est numerus* al *pusillus grex* que se dedica á ser racional. Eso de las imprentas llegó aquí á tan deplorable estado, que es más fácil escribir seis tomos en folio, que conseguir pacíficamente Lizencia para imprimir media dozena de pliegos. Hace más de cuatro meses que el señor Feijoó está padeciendo más de mil desazones, y aun su tomo 5.º no está *extra causas* de ellas.

A mí no me cogerán esas desazones, pues me alisté en la Cofradía de los muertos antes de la invención de la imprenta, que jamás vieron impresos sus Escritos. Esto no quita el que me compadezca de los que tienen mejor estómago para imprimir sus trabajos, y que en todo hallan contradicciones..... Por acá he visto, que, cuando á un Religioso no se le da Lizencia, se mete á seglar por *una vice: toma nombre y apellido supuestos,* é imprime su libro con libertad.»

También pudo influir en su extraña determinación lo delicado de su epidermis literaria, y la crítica feroz y brutal de sus émulos. Hoy mismo hay muchos que no se atreven á dar sus producciones á la prensa, por temor á ciertos barateros de la literatura, que, como decía Pereda en el capítulo *Palique*, de *Nubes de Estío.*

por no servir para otra cosa, se meten á críticos; y no pocos versos, regocijo de las Musas, quedan en la obscuridad, por no exponerse á las mordeduras de los que viven, como la polilla, royendo libros, y se constituyen en cancerberos del Parnaso.

El P. Sarmiento imprimió dos tomos en defensa del *Teatro Crítico,* concitando contra sí de esta suerte las iras de gran número de escritores, que si no le mataron, como á Martín Martínez, con sus virulentos ataques y procaces insultos, parece le quitaron las ganas de bajar de nuevo á la arena.

Ello es que tenía miedo cerval á las censuras literarias. En su *Dictamen á una oración en alabanza de la lengua española* (1), confesaba:

«Tengo invencible repugnancia á ser censor de libros y de escritos ajenos, y con especialidad cuando viven sus autores..... He notado que siempre hay de repuesto cien plumas para ridiculizar cualquier elogio, y otras cien para impugnar cualquier dictamen que no sea favorable.»

Y hasta tal punto era en esta parte suspicaz y cojijoso, que escribía en *El por qué no:* «Hay

(1) Colección Franco Dávila, t. 8.

algunos que sin hacer asunto de si soy ó no soy capaz de escribir, quisieran que escribiera, ó bien ó mal, para divertirse á costa ajena, viendo los toros literarios desde la talanquera de los corrillos. Éstos no tanto quieren que escriba por escribir, sino que se quejan de que yo no salga á la plaza, para ver como me agarrochan ó como al fin me echan á los perros.»

Llegaba en ocasiones al extremo de no querer que se conservasen y divulgaran sus papeles, como terminantemente lo dijo al Duque de Medina Sidonia (1) y al P. Rábago. Y otras veces manifestaba le tenía sin el menor cuidado el uso á que pudieran destinarse sus escritos, según se echa de ver por estas palabras de la carta que envió á D. Juan de Iriarte con su trabajo *Reflexiones literarias para una biblioteca real:* «Sólo por medio de conversación, me determiné á pasar esta idea *inmediatamente* desde la fantasía á estos pliegos, para que si Vmd. quisiere tomarse el trabajo de leerlos, pueda con toda libertad darles el destino que le pareciere, ó despreciándolos, ó corrigiéndolos, ó cancelándolos, ó borrándolos, ó echándolos en el brasero.»

(1) Carta del 1.º de Mayo de 1756.

En cambio, siempre que se trataba de trabajos de verdadero interés ó de algún empeño, no dejaba de quedarse con copia si tenía que deshacerse del original. Cuando, en 25 de Junio del 57, envió al Conde de Aranda sus treinta pliegos sobre *Caminos,* le decía con mucha instancia: «Mande á alguno de sus escribientes que haga una copia de ellos con letra del agrado de V. E., y que después se me reserve mi original para mi uso, pero si V. E. gustare quedarse con mi original, convengo gustosísimo con ello; disponiendo V. E. que el menor de sus escribientes, haga una copia de cualquiera letra, que sea legible, y que se me comunique.»

Las copias de sus escritos corrían velozmente de mano en mano, se multiplicaban con rapidez y abundancia, y repartíanse como pan bendito. Del estudio á que últimamente nos referíamos, decía, escribiendo á Pontevedra, que había 300 que esperaban «para sacar recopias,» entre ellos el Confesor del Rey, el Duque de Medina Sidonia, el Marqués de Santa Cruz, el de Almodóbar, etc., etc. De un pliego que escribió sobre la *Carqueixa,* dijo, en 4 de Julio del 59, que «corrieron y corren muchas copias,» con la particularidad de que ni él tenía á mano nin-

guna, ni se había quedado con el original, de modo que se vió en la precisión de hacer de nuevo un trabajo sobre el mismo asunto, por deferir á las súplicas de «un prócer de alto carácter.»

No siempre se reproducían sus autógrafos con la debida exactitud. Él mismo, en la carta que envió con el *Dictamen sobre el nuevo trabajo de los Códices Manuscritos Orientales de la Real Biblioteca del Escorial,* decía que las copias de sus escritos, todas parecíanle estar en arábigo. Sin duda, de uno de tantos traslados imperfectos debió valerse el *Amante de la humanidad,* que, en 1786, en la imprenta de Hilario Santos, en Madrid, publicó la *Disertación sobre las virtudes maravillosas y uso de la planta llamada Carqueixa;* pues salió defectuosísima, con no pocos errores de bulto, y hasta equivocando la fecha en que la redactó Sarmiento.

De ordinario, no usaba de amanuenses para trascribir sus trabajos: «ni los tengo, ni los sufro,» decía él. Pero veces hubo en que estaban ocupados cinco ó seis escribientes en hacerle una sola copia, cuando personas como los Ministros del Rey se las pedían con urgencia.

Es digna de admiración la rapidez con que

algunos hombres célebres concebían y expresaban sus pensamientos; como Byron y Dryden, que escribieron en algunas horas *La Novia de Abydos* y *El Festín de Alejandro;* Jhonson, que en siete días compuso *El Príncipe de Abisinia;* y Víctor Hugo, que redactó en cuatro meses la más popular de sus novelas, *Nuestra Señora de París,* en tres *Cromwell,* en uno *Los Burgraves,* en 26 días *Hernani,* en 19 *Le roi s' amuse,* y en 60 horas *Ruy Blas.* Sarmiento no va á la zaga en fecundidad á los que por ella se hicieron más famosos: ahí están sus obras que lo dicen muy alto. Su mano corría sobre papel el con celeridad eléctrica; era una verdadera máquina de escribir, cuya velocidad apenas se explica. Una disertación de 18 pliegos la escribió en quince mañanas. En 6 de Julio del 57, decía que la obra que entonces traía entre manos, le salía por semana á cinco pliegos de letra muy metida. Los que me copian, se quejaba, discurriendo *sobre componer el antiguo camino de correos,* «tardan más en eso que yo en pensar y en escribir.» Lo que más siento, decía en otra ocasión, es que no hallo quien me copie. «Doce pliegos escribí, mientras uno me copiaba tres, y aun no los acabó.»

La forma de letra del P. Sarmiento era muy clara, ligada y redonda. Él la llamaba por desprecio *letra de cartapacio;* y escribiendo al Conde de Aranda, en aquella sazón Presidente del Real Consejo, decíale que no tenía «primor alguno de la moda.»

Sin embargo, en su trabajo *Sobre censores de libros,* reconoce que «escribía *más que medianamente.*»

El carácter de su letra era comunmente muy menudo, ó, por hablar con el anticuario D. Ramón A. de la Braña (1), *de pequeño cuerpo,* y, como los renglones solía ponerlos muy juntos, comprendía en poco espacio mucha materia. Los dos tomos impresos en 4.º de su *Demostración Crítico Apologética* (2), le vinieron llevando unas 480 cuartillas. Para sus *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles,* volumen de 429 páginas en 8 mayor, escribió 50 pliegos de su letra usual y corriente.

D. Teodosio Vesteiro Torres, autor de la *Galería de Gallegos ilustres,* publicó una biografía del P. Sarmiento, que ha encontrado lugar en las columnas de *El Heraldo Galle-*

(1) *Galicia,* t. 1.º, v. 2.º, núm. 12. Diciembre de 1887.
(2) El 1.º de 482 páginas, y el 2.º de 522, según la 3.ª edición.

go (1), de *El Eco de Galicia,* de la Habana (2), de *El Porvenir,* de Santiago (3), *La Ilustración Gallega y Asturiana* (4), *La Galicia Recreativa* (5), etc., en la cual se lee: «Calcúlase que lo que de él nos queda, ocupará tres mil pliegos de papel marquilla.» El Sr. Álvarez Jiménez hace mayor la suma: «Créese, dice, que lo que de su puño y pulso escrito nos queda, ocupará cerca de cuatro mil pliegos marquilla.»

A manos del académico Sr. Gayangos fué á parar un *Catálogo de los pliegos que yo, Fray Martín Sarmiento, benedictino y profeso en San Martín de Madrid, he escrito de mi mano, pluma y letra, sobre diferentes asuntos,* del cual resulta que á los 72 años, pues tiene la fecha de 28 de Noviembre de 1767, había escrito *cinco mil* pliegos de papel de marquilla, medio entre el común y el de marca mayor.

El P. Anselmo Avalle, ó Enselmo Valle, como se le llama en algunos escritos, decía en la *Oración fúnebre* de Sarmiento, que en el año de 1766, según constaba de un apunta-

(1) 26 de Julio de 1876.
(2) 16 de Febrero de 1879.
(3) 26 de Marzo de 1879.
(4) 8 de Marzo de 1880.
(5) 8 de Agosto de 1892.

miento suyo, había escrito, sin poner en la cuenta su voluminosa *Demostración,* más de tres mil pliegos «comprehensivos los más de la Historia Natural en sus tres Reinos, y de cuya gran parte nos ha privado ó la nimia bondad de su Reverendísima en la entrega, ó la nimia infidelidad ó descuido de algunos en la reversión.»

En un manuscrito titulado *De lo que con licencia de Ntro. P. Mtro. Fr. Bernardo Gayoso, Mro. Gral. de la Religión y Abad de este Monasterio de San Martín de Madrid, tengo yo Fr. Martín Sarmiento, ad usum, desde nueve de Marzo de 1772 y en adelante,* leemos: «Tengo seis resmas de papel, y 1.500 pliegos manuscritos, y los más de mi letra, sobre varios asuntos, en el Archivo de la Congregación, del cual tengo las claves.» Y más adelante: «..... y un baul con ropa y mis tomos en papel, y *manuscritos.*»

En 25 de Junio de 1757, decía: «Jamás tomo la pluma no siendo por la mañana.» Y lo mismo repite en papeles escritos en diferentes años, dando por motivo el creerlo indispensable para la conservación de la salud.

Cuando el asunto que ventilaba, merecía la pena, se imponía el trabajo preliminar de leer

con la mayor atención, de entre los millares de volúmenes que componían su riquísima biblioteca, todos los que «*exprofeso* han tratado del punto premeditado (1).» Y sólo entonces, cuando había reunido materiales suficientes y los tenía coordinados en la memoria y asimilados por la meditación, ponía manos á la obra, que, ordinariamente, tenía que interrumpir con frecuencia, solicitado por múltiples y diversas ocupaciones, ó, en frase suya (2), embarazado con interpeladas impertinencias ridículas.

No era Sarmiento de los que pulen y liman y no se cansan de dar tormento al estilo, peinando las frases, acicalando los períodos y dando vueltas á las cláusulas en el torno de las tachas y de las enmiendas. «Ni aun paciencia tengo para leer lo que he escrito, decía al ilustre matemático Terreros (3); así, si los pliegos llevan mentiras, no las crea usted.»

Tampoco formaba el croquis de sus obras, ni hacía previamente borrador. «Nunca tuve yo,

---

(1) *Sobre la planta Bardana.*

(2) *Vegetales kalí, sosa y barrilla.*

(3) Pontevedra, 17 de Enero del 55.

ni borrón, ni copia, ni aun extracto, según la precipitación con que escribo,» manifestaba en su *Colección de voces y frases gallegas.*

Rara era la ocasión en que leía sus escritos. De eso necesitan, decía con su original desenfado (1), los que escriben para copiar á otros y abultar el número de autores impresos con el falso título de ser útiles al público, no moviéndose en realidad sino por conseguirse un empleo, ó por un vil interés propio, ó por una ambición de vana gloria; de lo que debía á Dios el estar libre, «para no engañar y estafar al público imprimiendo lo que ya está dicho, é impreso y reimpreso.»

El deseo de combatir errores comunes y desechar preocupaciones inveteradas, objeto constante de sus ansias y ocupación no interrumpida de su existencia, puso al P. Sarmiento la pluma en la mano; y hecho á la tarea de escritor, en que empleaba sus poderosas energías, era ya el estudio como una necesidad de su espíritu, y á veces escribía por distracción, ó, mejor, por escribir. Así es que al trabajar su *Noticia de unas monedas antiguas de plata y de unos diges mujeriles y pueriles de plata fina*

(1) *San Julián de Samos,* núm. 172.

que se desenterraron en Vizcaya, manifestaba que lo hacía «más por llenar este pliego, que porque yo sepa lo que diga con fundamento alguno, excepto afirmar que no conozco sujeto que pueda descifrar las medallas desconocidas antiguas españolas.»

Amante de la verdad, á la que rendía fervoroso culto, cuando conocía haberse equivocado, apresurábase á deshacer su error, confesándolo en posteriores escritos. En su pequeño papel *Mostajo; en León, Asturias y Bierzo Mostayo; en Liébana Mostazo* (1), rectifica lo que en otra parte había escrito sobre el árbol del maná. En el párrafo 650 de sus *Memorias para la historia de la poesía,* enmienda el 348, en que, dejándose llevar de la autoridad de Montalvo, había hecho obra de Alfonso VIII el *Fuero Castellano ó Fuero Real.*

Este poco apego á su opinión, de que da tantas muestras en sus escritos, se revelaba en todos los actos de su vida. Con mucha verdad dejó consignado:

«Cada día salgo de algún error, y mudo de dictamen, en virtud de las nuevas luces que hallo en los libros. Y tan lejos de hallar repugnan-

(1) Fol. 200 á 216 del t. 2.º de la Colección Dávila.

cia en esto, me complazco en mudar de dictamen, y en tocar más de cerca con el dedo la verdad que tanto deleyta. Repetidas veces dejo de hacer alguna cosa que ya quería ejecutar; movido de que se me hicieron presentes algunos motivos ó causas, que antes no tenía presentes: y mudo de voluntad con especial gusto. El mudar de voluntad y de dictamen en estas ocasiones, que no son raras, es efecto de la racionalidad y prudencia.»

A veces saltaban de los puntos de su pluma expresiones duras en demasía y casi insultantes, ó bajas y rayanas en desvergüenza; pero, en testimonio de los monjes de San Martín, autores del *Prólogo de las Memorias para la historia de la poesía,* «los que conocieron su candor y palparon el fondo de su buen alma, saben que las profería impelido por el peso de la razón, y que las decía, no sólo sin malicia, pero aun con inocencia.»

Otras muchas particularidades sobre el estilo del P. Sarmiento, que no estarían del todo fuera de lugar en el presente capítulo, habremos de omitirlas, en consideración á que el plan que nos hemos propuesto no abarca el estudio de las obras del portentoso benedictino sino en cuanto á sus hechos y carácter se re-

fiere: lo dicho basta para deducir que los más de los biógrafos de Sarmiento hablaron de él sin estudiarle.







CAPÍTULO V

SARMIENTO Y GALICIA

Dos nombres que no pueden andar separados. Sarmiento consagró toda su erudición, que era inmensa, y su actividad, que puede justamente calificarse de milagrosa, á la mayor honra y gloria de Galicia, á la cual como dice el Sr. Montenegro Saavedra (1), «amaba con delirio.»

Apenas habrá trabajo en el que *opportune vel importune,* no hable del país objeto de sus amores y de su más perseverante estudio.

Sin pasar más allá del título, encontramos el nombre de Galicia ó de sus pueblos en los si-

---

(1) *Galicia Recreativa,* año 2, pág. 54.

guientes papeles, casi todos inéditos, del famoso benedictino:

Viaje que..... hice..... á Galicia..... año de 1754. —Jornada que..... hice volviéndome desde Pontevedra.....—Colección de muchas palabras..... gallegas.—Glosario para la inteligencia de todas las voces de la lengua gallega.—Índice de lo más notable de la colección de voces gallegas.....—Onomástico Etimológico de la lengua gallega.—Respuesta..... á la Junta de Agricultura del Reino de Galicia.—Confirmación de que el origen de la fábula del Meco..... nació fuera de Galicia.—Castellanos de Orense.—Reflexión..... sobre la preciosa reliquia, que es un brazo del Apóstol.—Sobre la Academia de Agricultura establecida en Galicia.—Sobre el cerco de Pontevedra.—Apuntamientos para Pontevedra y Galicia.—Situación y clima de Pontevedra.—De las utilidades que se seguirán si se compone el antiguo camino de correos desde el Rivero de Avia hasta Pontevedra.—Origen de la voz gallega Mixiriqueiro.—Etimología del nombre del lugar de San Martín de Sacar de Bois.—Geografía de las cuatro vías militares que salían de Braga á Astorga. —Etimología de la voz Valdeorras.—El verdadero Miño y Municipio de Lais.—Inscrip-

ción romana en la Limia, al Norte de Jinzo.—Problema Corográfico para describir todo el Reino de Galicia.—Descripción del Reino de Galicia.—Catálogo de voces vulgares y en especial de voces gallegas.—Borrón de varios nombres gallegos de vegetables.—Nombres gallegos de peces.—Onomástico latino gallego de vegetables.—Si nacen en Galicia..... kalí, sosa y barrilla.—Origen de las voces pontega, puga y pua.—Sobre el Hypocisto..... en gallego Pontegas.—Árbol Bedula, en gallego Bidueiro.—Descripción..... de la Carqueixa..... que se halla..... con mucha abundancia en el Reino de Galicia.—Sobre la planta que en Galicia es muy común y se llama Seixebra.—De la grama olorosa, en gallego Lesta.—Sobre unas pizarras que se hallan en Mondoñedo, llamadas Dendrites.—Noticia de una cantera..... que se descubrió junto á Mondoñedo.—Discurso sobre..... la Ara de Lugo.—Obra de 660 pliegos, escrita con motivo de haber impugnado los Abogados de la Coruña los foros y tierras que poseían los benedictinos en Galicia (1).—*Orígen..... de San Julián de Samos.—Representación á*

(1) En el párrafo 3.631 de esta obra advierte que le criticarán de que en ella no sabe hablar sino de Galicia.

S. M. á nombre del Obispo de Mondoñedo.—Noticias de un extracto del libro becerro de Celanova.—Privilegio de Ordoño 2.º..... al monasterio de Samos.—Condiciones en que..... debía..... Feijoó hacer la cesión de sus obras para..... el monasterio de Samos.—Y gran número de cartas que sería prolijo enumerar.

Muy bien decía D. José Rodríguez Seoane en carta á su hermano D. Luís, publicada en la *Biblioteca Gallega:*

«Es admirable lo que Sarmiento ha escrito, fuera de lo que ahí se conoce. Es imposible escribir nada de historia, de dialecto, ni arqueología de Galicia, sin haberlo tenido á la vista.»

Hoy, por la comunicación que entre las regiones establece el ferrocarril, son bien conocidos los diversos países de la península, desapareciendo en gran parte los prejuicios que acerca de algunos existían, y la especie de animadversión con que eran mirados. Hoy, apenas se comprende la *Gaita Gallega,* en que Ruiz Aguilera decía:

«Pobre Galicia, tus hijos
Huyen de tí, ó los roban,
Llenando de íntima pena
Tus entrañas amorosas.
Y como á parias malditos,
Y como á tribus de ilotas

Que llevasen en el rostro
Sello de infamia ó deshonra,
¡Ay! la patria los olvida,
La patria los abandona,
Y la miseria y la muerte,
En su hogar desierto moran.
Por eso, aunque en son de fiesta
La gaita gallega se oiga,
No acierto á deciros
Si canta ó si llora.

A lo cual contestaba Rosalía de Castro con esta sentidísima apóstrofe:

«Galicia, tí non tes patria;
Ti vives no mundo soya.»

Y parece un tanto fuera de lugar aquello de nuestro distinguido amigo D. Waldo Álvarez Insua, cuando, después de afirmar que, aunque Galicia puede vivir muy bien sola, no quiere separarse de los que «llamándose hermanos, no fueron sino verdugos,» decía, en su entusiasta artículo *Lo que queremos los regionalistas* (1): «Tan magnánimos somos, que ni áun odiar nos es dado á los que quisieran contemplarnos eternamente con la cadena de la esclavitud ligada al tobillo.»

Pero, en la época del P. Sarmiento, y más atrás, no era raro oir las especies más calum-

(1) *Galicia,* época 2.ª, año 1.º pág. 79.

niosas y los juicios más absurdos acerca de Galicia; hasta el punto de escribirse sonetos como aquel que principia:

«Soberano Señor, que permitiste
que los gallegos te llamasen padre.»

Y versos tan por todo extremo injuriosos, como los siguientes:

«Reino infeliz, país desventurado,
De España muladar, rincón del mundo,
Entre tinieblas siempre sepultado:
Áspero, rudo clima, temple airado;
Infiel, bárbaro trato, sitio inmundo;
Gente sin sociedad, campo infecundo.
En el nombre de Dios santo y eterno,
Con cuanta fuerza tiene el exorcismo,
Te conjuro y apremio, triste averno,
Para que me declares por ti mismo,
Si eres en realidad el propio infierno
Ó eres el retrato del abismo.»

Los cuales imitaba así el Cura de Fruime, no tratando con más caridad á las otras regiones:

«Es hermosa mi huerta y fértil; pero
Viene la oruga, cómela y la afea:
Por bien abastecido que lo vea,
Viene el ratón, y estrágame el granero:
Muy poblada mi viña considero;
Viene el marrano vil, y la estropea:
Gallinas y sustancia hay en mi aldea;
Viene, y las rapa el zorro trapazero:
Oruga el asturiano en su codicia,

Ratón el castellano desdichado,
Marrano el andaluz en su inmundicia,
Y zorro el montañés disimulado,
Estos la comen, y hacen á Galicia
Reino infeliz y país desventurado.»

Aunque Portugal y Galicia, como dice doña Emilia Pardo Bazán en su libro *De mi tierra* (1), más que regiones análogas deben ser consideradas como un país mismo; pues el Miño que entre ellas corre «no es término que las divide, sino cinta de plata que las estrecha; sus orillas, labios húmedos con que se dan un beso fraternal,» ello es que, en general, los portugueses son quienes con peores ojos miran á los gallegos, hasta el punto de que tienen la palabra *agallegarse,* que en nuestros mismos días emplea Almeida Garret, para significar que una cosa se corrompe ó se echa á perder, ó notablemente degenera.

Por eso Sarmiento, volviendo por los fueros de Galicia injuriada, arremete furioso contra los portugueses desagradecidos, no dejándoles hueso sano en la mayor parte de sus glorias. Tan mala idea tenía formada de ellos, que consideraba su trato perniciosísimo para las costumbres de la gente gallega, á la que no cesaba

(1) Ed. 1.ª p. 21.

de predicar se abstuviesen de ir allende el Miño (1).

Para Sarmiento se halla tan fuera de duda, que lo mejor de Portugal es un *apéndice* de Galicia, y lo más suave de su lengua *una autorizada trastornación á lo moruno* de la dulzura de la lengua gallega, que dice, «es preciso ser portugués» para no creerlo.

Cámoens, en su maravillosa epopeya *Os Lusiadas,* escribió estas palabras (2):

«Tem o Galego cauto».

(1) Decía en su discurso sobre la *Educación de la Juventud,* haber observado «que así los extranjeros, como los Españoles, que han vivido fuera de España más de tres años, son insufribles restituídos á sus patrias: sus costumbres, creencia y conducta, son equívocas, así se deberá tratar á estos con cautela: con la misma deben los Gallegos tratar á los Gallegos, que dexan su país y se pasan á Portugal, volviendo después á su patria. Esos Gallegos aportuguesados, es la mayor canalla, y la más viciosa, que hay en el mundo; el adulterio, los asesinatos, los robos de Iglesia, el latrocinio, abrir tesoros, la torpe luxuria á la Portuguesa etc., y sobre todo una ociosidad y abandono de cultivar las tierras, y corromper la sencillez Gallega; á eso vuelven á Galicia los Gallegos, que han pasado á Portugal; vuelven á traer todos los vicios de los Portugueses, y sin un arapo de virtudes; y los Gallegos que se casan en Portugal, solo van á buscar lacras, y á corromper sus familias. Este pernicionoso chorrillo de pasar á Portugal tantos Gallegos, pedía un remedio muy serio.»

(2) Canto 3.°, Octava 19, Obras de Cámoens, t. 1.°, pág. 82 ed. París. 1759.

Y más adelante (1)

«A vosoutros tambem
Nao tolhe o medo
O sordidos Gallegos, duro bando,
Que para resistirdes vos armastes,
A' quelles, cujos golpes ja provastes.»

De aquí provino la enemiga que le profesaba Sarmiento, quien le llamó *poeta á lo pagano, ingrato, calumniador, soez, etc., etc.* A Duarte Núñez, que habló mal de los «antiquísimos reyes» de Galicia, le calificaba de *ignorante é intolerable;* á Faria, que trató á los gallegos de *traidores,* le apellidaba *infidente é injuriador,* y á los demás escritores portugueses que emplearon su pluma en echar borrones sobre el buen nombre de Galicia, les aplica el de *grajos graznadores* (2). Y no contento con refutar por si mismo las injurias proferidas contra Galicia por escritores de Portugal, excitaba (3) á los gallegos *celosos de su patria,* á que tomasen la pluma, para rebatir las calumnias «que se hallan en libros de portugueses.»

Fué incansable el buen benedictino en des-

(1) Canto 4.º, Octava 10, p. 128, ed. cit.
(2) Manuscrito de 660 pliegos, núm. 5.215.
(3) *Onomástico,* colección de sus manuscritos, t. 3, parte 2.

hacer las preocupaciones que en la misma España tenían acerca de Galicia las personas de escasa cultura.

Góngora escribió aquellas famosas coplas: *Ó montañas de Galicia, etc.*, y en el siglo XVIII, *desde Toledo al Mediodía,* creíase aún que Galicia es sólo «un conjunto de montañas áridas, incultas é inhabitables.» Para que «se corriesen de vergüenza» los que tal opinaban, hacía ver Sarmiento (1) con aire de triunfo, que Galicia tenía 848.000 almas de comunión, ó sea, la séptima parte del vecindario de España. Según se ve en su *Descripción del Reino de Galicia por partidos y jurisdicciones* (2), estos habitantes formaban 11.303 pueblos, distribuidos, por jurisdicciones, en la forma siguiente:

Del Rey.	392
De Señorío. . . .	5.533
De Abadengo. . .	4.258
De Mixto.. . . .	1.160

Contestando á la misma sinrazón que se hacía al país gallego, escribía, en su estudio sobre los vegetales kalí, sosa y barrilla, estas palabras,

(1) Obra de 660 pliegos, núm. 4.921.
(2) Colección cit. t. 9, parte 2.ª

que constituyen la apología más completa del terreno galiciano:

«Solo el reino de Galicia no ha logrado la atención y curiosidad de alguno, ni tengo noticia de que algún Gallego haya tentado descubrir sus físicos tesoros..... A título del *Apóstol* van á Galicia muchos extrangeros y muchos españoles; pero los unos solo van á encarecer el vino y los otros á recoger otros tesoros...... Éstos, por su desidia, y otros que jamás han visto á Galicia..... son los que sostienen por acá el pernicioso error común de que en Galicia no hay sino estériles montañas, miserias lastimosas, y gentes pobres y famélicas..... De Galicia sólo se podrá contar lo que le falta, pero no lo que produce, por ser innumerable; tiene 18 rías y 10 ó 12 islas..... Los reyes Godos querían que se criasen sus hijos en aquel país..... tiene tierra á dentro muchos montes; pero todos muy amenos..... y en sus entrañas todo género de metales..... tiene tantas aguas termales y medicinales, que no es fácil contarlas; tiene todo género de animales y todo género de aves..... en cuanto á los pescados..... mejor es callar que decir poco..... Las carnes porcuna y vacuna no tienen símil..... En Galicia se cogían en el Sil muchos granos de oro..... Tenemos en Ga-

licia muchas cosas que se nos envocan de luengas tierras sólo con nombres distintos.»

En cambio, decía él, dentro de poco no se podrá andar sin brújula por los arenales de Castilla, como por los desiertos de África. Que es lo mismo que expresó en verso Rosalía; en su *Castellanos de Castilla:*

«Que Castilla e castellanos,
Todos nun montón, á eito,
Non valen o que unha herbiña
D' estes nosos campos frescos.
Solo peçoñosas charcas,
Detidas no ardente suelo,
Tes Castilla, que humedezcan
Esos teos labios sedentos.
Nin arbres que che den sombra,
Nin sombra que preste alento,
Llanura e sempre llanura,
Deserto e sempre deserto.»

Al poeta que escribió esta insultante redondilla,

«Camino en que quepan dos,
Verdad, limpieza y justicia,
no lo hallarás en Galicia
aunque lo pidas por Dios»

le llama *loco y mordaz,* y añade (1) que «jamás ha podido caber en tantas casas como ha emporcado á causa de su cabeza podrida.» Y muy

(1) Obra de 660 pliegos, párrafo 5.721.

distante de conceder que sean malos los caminos de Galicia, en su precioso estudio *Apuntamientos para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales,* propone al Consejo, que se hagan las carreteras de España á semejanza de los caminos reales de Galicia, y cita para ejemplo el que va desde Pontevedra á Santiago, que «es casi una sola calle.»

A los que no veían bien que los gallegos salieran en tan gran cantidad á otras regiones, les replicaba que (1) «es de derecho natural,» ya porque son muchos los que hay en el país; ya porque la mayoría no tienen tierras propias; ya porque los que las cultivan no pueden sacar de ellas lo suficiente para subsistir. Y en otro paraje, despues de decir que »antes de Carlos V, Galicia era Galicia y los gallegos salían á conquistar tierras..... Después se amontonaron los títulos y pretextos para que Galicia no fuese Galicia para los gallegos..... y todo lo favorable lo usufructuase todo género de extraños, sin que ninguno piense ayudar á los gallegos,» añade estas palabras (2):

---

(1) *Onomástico,* Colección cit. t. 3, parte 2.

(2) Obra de 660 pliegos.

«No hay que responderme que también los gallegos salen á bandadas de sus tierras. La diferencia es visible. Los gallegos vienen á Castilla á cavar las viñas, á segar los trigos..... y cuando vuelven á su patria, van cargados de tercianas..... que es el fruto, sobre 100 ó 200 reales mordidos, que sacan de su afán..... Ojalá ningún gallego viniese á Castilla á trabajar en tierras ajenas. De este modo las trabajarían los castellanos como hacían antiguamente.»

Idea que en sus *Cantares* (1) tradujo de este modo Rosalía de Castro al lenguaje de las musas:

«Permita Dios, castellanos,
Castellanos que aborrezco,
Que antes os gallegos morran,
Que ir á pedirvos sustento.
Pois tan mal corazón tendes,
Secos fillos do deserto,
Que si amargo pan vos ganan
Dádeslio envolto en veneno.»

Lope de Vega llamó á Galicia

«Nunca fértil en poetas.»

Y no eran pocos los que tenían á esta región por nada favorecida de Minerva. Sarmiento, en su *Falsedades contra Galicia,* hace ver que los

(1) 2.ª edición, p. 158.

gallegos tienen tanto ingenio como valor, según confesión de los extraños.

He aquí sus propias palabras:

«En Galicia hay rudos, como los hay, y en el sentido que los hay en las provincias que quisieren jactarse de discretas. Esotro de querer introducir la voz *Gallego,* para antonomasia de la rudeza, digo, y diré mil veces, que solo es propio del que es *rudo por antonomasia*..... Tampoco el Ayre, ó la Esterilidad de la tierra es del caso. Lo primero porque ni Galicia es estéril, ni el Ayre es grosero.....

En Galicia sucede lo mismo que en otras partes. Los de buen entendimiento, que no pueden, por particulares motivos, seguir el curso de las Letras, quedan iliteratos. Otros, que no teniendo prendas intelectuales, los guía el acaso, ó el interés por aquella carrera, siempre quedarán tortugas..... No obstante citaré á S. Isidoro..... Dice el Santo (lib. 9, c. 2.º), hablando de los Gallegos, lo que se sigue: *Gallæci a candore dicti, unde et Galli, reliquis enim Hispaniæ populis candidiores existunt: Hi græcam sibi originem asserunt, unde et naturali ingenio callent*....

Silio Itálico supone á los Gallegos muy versados en las cosas divinas, abundantes en riquezas, diestros no solo en el manejo, sino también en la fábrica de todo género de armas..... y divertidos únicamente con los ejercicios marciales:

Fibrarum, et pennæ, divinarumque sagacem
Flammarum, misit dives Gallæcia pubem,
Barbara nunc patriis ululantem carmina linguis,
Nunc pedis alterno percussa verbere terra,
Ad numerum resonas gaudentem plaudere cetras.
Hæc requies ludusque viris, in sacro voluptas:
Cætera femineus peragit labor; addere sulco
Semina, et impresso tellurem vertere aratro;
Segne viris quicquid duro sine Marte gerendum est.
Callaici conjux obit irrequieta marte.....

No salgamos del libro 3.º de Estrabón. «Nostræ ætatis homines, Ártabros, Arotebras vocitant.» Significa Arotrebas al que vive con los exercicios Marciales. Esta es la Etimología de los Pueblos *Ártabros,* que todos colocan en Galicia. Ya había dicho antes Estrabón: *Gallaici autem novissimi montana habitantes ut plurimum, unde et bellacisimi, et subjugatu dificillimi; etiam ei qui Lusitanos superabit, cognomen præstiterunt, et per hos annos, maxima Lusitanorum pars, ut Callaici vocitentur factum est.....*

Aquel Capitán, que después de haber vencido á los Portugueses, tomó el renombre, no de Lusitano, sino de Calayco ó Gallego, ha sido Juno Bruto..... Era costumbre de los Capitanes Romanos, tomar el renombre de aquellos Países..... que se tenían por inconquistables.....

No necesita el Nobilísimo Reino de Galicia hacer sudar la Prensa con satisfacciones, para vivir asegurado que los Españoles discretos, y que han leído algo de nuestras Historias, están en el razonable juicio de sus prerrogativas. En Santidad, Letras y Armas, no han sido los de aquel Reino inferiores á los de otras Provincias. Tampoco se le puede disputar la prerrogativa de haberse visto en aquel Reino la primera Corona del Catolicismo Español.»

Tratando (1) de los chascos que dan á los gallegos fuera de Galicia, nota que «ni el que chasquea sabe lo que dice, ni el gallego sabe lo que oye.» Parece que era bastante frecuente tan necia costumbre, lo cual hacía al Padre montar en cólera, y casi perder los estribos; porque, «es inaguantable, decía él (2), es inaguantable que un palurdo, y pagano, idiota, borriqueño, quiera dar chasco, sin saber lo que dice, á un gallego racional, sólo porque

(1) *Castellanos de Orense.*

(2) *La fábula del Meco.*

se halla en país extraño.» Otras veces, con santa calma, se detenía á explicar muy por menudo, que muchas de las fábulas injuriosas y picantes anécdotas con que se burlaban de los gallegos, no tenían fundamento ninguno histórico ó no les eran en modo alguno aplicables.

Véase la explicación que da de la fábula del Meco, en una digresión que hace al tratar de *El Christus y la Cartilla:*

«El mismo origen ha tenido la disparatada necedad, y fábula del Meco, con que chasquean á los Gallegos. Nació entre los Moriscos y Portugal, y de aquí se trasplantó á Galicia. En la ciudad de Meca, en la Arabia, nació el Profeta *Meco, Mahoma,* adonde peregrinan muchos Moros. La mezquita de Córdoba se llamaba por su hermosura la *Zeca,* y de los muy devotos se decía, que andaban de Zeca en Meca. Esos devotos fanáticos se tomaron el privilegio, después de acabada su peregrinación, de andar con libertad de casa en casa, y viciar todas las mujeres; reputados ya por santos, aunque con el nombre de *Mecos.* Los maridos, ó eran cabrones por devoción ó resistían por poco devotos: de eso procedía que los Moros preguntaban á uno, si había perdonado al *Meco adúltero:* nombre que en tiempo de nuestro Enrique IV se dió en Castellano al *Meco* ó á *Mahoma,* en las coplas de Mingo revulgo: el *Meco Moroagudo.*

Esa pregunta era trivial entre los Moros, antes que Portugal tuviese Reyes: y de Portugal pasó la fábula á Galicia.»

No satisfecho con rebatir las especies ofensivas á la región galiciana, el P. Sarmiento no desecha ripio para ponerla en las más altas

nubes, convirtiéndose en caluroso panegirista de todas sus cosas.

Mientras el Cura de Fruime pulsaba la cítara en elogio de su país, exclamando entusiasmado:

«¿Qué reino en España habrá
Que lleve ventaja al nuestro
En fe, lealtad y cultura
Nobleza, valor é ingenio?»

el fraile de San Martín citaba al mismo objeto los conocidos versos del malagueño Luis de Molina.

«Hablar de Galicia, y á quien la sublima,
Allá en otras partes por burla se toma.
No hable del Papa quien nunca fué á Roma.
¿Qué ay en España, que aquí no lo aya?
Y aun faltas ay fuera, que aquí no se estima,»

y enderezaba á indéntico fin las ponderaciones y encarecimientos de su humilde y frecuentemente desmazalada prosa.

En el siguiente pasaje del autor, hablando del *Cultivo y población de los campos*, se comprenden varios elogios dispersos y repetidos en muchas de sus obras:

«A los gallegos de polaina y gabán les sobra nobleza, pundonor, honra y constancia para perseverar en la empresa á que se dedican, ó en las á que los ponen. Ninguno les niega el valor para la guerra..... Del genio y aguante de los marítimos para la Marina, dnánlo aquellos..... que no querían ir á la América si no les daban

marineros gallegos. Del ingenio y habilidad para las letras, diránlo las Universidades y religiones. De devoción innata, dirálo el M. Florez en su *Galicia Sagrada*. De su capacidad para todo género de artes mecánicas, dícelo la experiencia..... Se ha dicho que si á los gallegos se les daba la mano, se levantarían con todo, por razón de su innumerable población y conducta..... La primera nave que vió país de la América..... se llamaba la Gallega. Ni es inverosímil que esa carabela se fabricase en Galicia, y que en ella fuesen embarcados algunos gallegos.»

Como prueba del ingenio de los gallegos y de su aplicación á las artes, cita el hecho (1), que cree no se halla narrado en ningún libro español, de que dos vecinos de Galicia, Antonio y Miguel, pusieron molinos y fábricas de papel en Basilea por los años de 1470; lo que, dice, «no hace poco honor al Reino de Galicia y á toda España;» y no le parece maravilla, pues asegura que no es rara la experiencia de «hallarse en diferentes rincones de Galicia algunos hombres gallegos iliteratos, de una suprema habilidad práctica para manufacturas delicadas.»

Las romerías en Galicia también fueron objeto de la atención de Sarmiento (2), que ponde-

(1) Manuscrito de 660 pliegos, núm. 1.459.

(2) «El Jubileo de Santiago es una célebre época para los Gallegos, decía en la página 417 de su *Discurso sobre caminos* y es la romería de las romerías. Es imponderable el gozo que he tenido, palpando la fervorosa de-

raba la devoción y fraternal alegría de los concurrentes.

Una de las cosas de que más se envanece, y por la que más elogia á sus conterrines (1), es que habiendo visto gallegos aplicados á todo género de oficios y de trabajos, jamás vió ni oyó que otros viesen «gallegos toreadores» (2). Porque es de saber que nuestro autor era enemi-

---

voción, con que los aldeanos van y vuelven de ella. Los antiguos rústicos de la Campiña de Roma, tenían señalados ciertos días del mes para concurrir en la Ciudad. Siempre había algo de Religión. Se celebraban *ferias*. Se instruían de las obligaciones políticas; y se veían unos á otros en tanta alegría, como si hubiese un siglo, que no se habían hablado ni visto.

Así, tan lejos de ser censurables esos concursos á tiempos, son muy precisos para la sociedad humana, para el alivio de la penosa vida de los labradores, para ocasiones de comprar y vender, y para poblar los *caminos* de pasageros. Los rústicos de Galicia no tienen toros, ni comedias, ni serenatas, ni paseos públicos, ni procesiones, ni diversión alguna: á no ser se llame tal la del *arado* al *azadón,* de éste á la hoz, y de ella á divertirse los caniculares en las *eras.*

Trabajan con gusto, porque saben que á tal tiempo tendrán la diversión honesta de ir á una romería, y el gozo de abrazar á sus amigos. Y solo se admirarán de que á esas romerías caminan *cantando* y baylando, con su antiquísimo estribillo, *A la la la, La la la la;* los que no han leido en Silio Itálico, que ese era el genio de la juventud Gallega.»

(1) *Fragmento de la Historia Nacional,* Colección cit. t. 7.

(2) Hoy no podría decirlo, pues hay un espada gallego, Agustín Rolán.

go mortal de las corridas de toros, contra las cuales dirige las más furiosas invectivas y toda la artillería gruesa de su vocabulario, concluyendo por dudar, al referir los detalles de una novillada, si se debe execrar más la barbarie de los hombres como animales, ó se debe celebrar más la mansedumbre del animal, como hombre.

No menos galante, ó, por mejor hablar, justiciero, se muestra con las mujeres de Galicia. Una de las cosas más singulares que de ellas dice, es que son las inventoras de la poesía popular gallega; pues, al revés de lo que en otros países sucede, ellas componen los versos, y así se ve que en las coplas gallegas aparecen las mujeres hablando con los hombres; y ellas mismas inventaron los tonos y aires con que las han de cantar: por donde puede suceder que tengan origen femenino la mayor parte de las *muiñeiras, anis novos, mayos, ruadas, alalás, cantares d' os cegos, cantinelas, cantares de pandeiro, etc.* Y no solamente parece sucedía esto en la cuna de la literatura gallega, que es á lo que se refiere el conocido pasaje del P. Sarmiento (1), sino que lo mismo asegura acontecía en su tiempo. Las muchachas gallegas, de

(1) *Historia de la poesía,* párrafo 538.

cía (1), «son incansables, y no lo saben dejar, si comienzan á cantar cantiñas gallegas; y lo singular es que ellas mismas las componen, é inventan los tonillos.»

También celebró Sarmiento la densidad de la población de Galicia, no atribuyéndola á lo que neciamente dijo el malicioso Tirso de Molina, en su comedia *Mari Hernández:*

«Que son muchas gollerías
Pedir doncellez gallega.»

Especie injuriosa que más de una vez se ha repetido, y á la que, comprendidas en toda su extensión, podrían dar lugar varias de las coplas que reunió D. José Pérez Ballesteros en el *Cancionero popular gallego, y en particular de la provincia de la Coruña,* publicado con un prólogo de Theóphilo Braga y concordancias de Machado. La fecundidad de las mujeres gallegas era proverbial, y dió ocasión á estos hiperbólicos versos del célebre D. Diego de Torres:

«Cinco ó seis rapaces suelen
Echar de una ventregada,
Siendo la que pare menos
Por estéril repudiada.»

Sarmiento lo explicaba por las condiciones

(1) *Primera educación de la juventud.*

climatológicas del país, y decía (1) que «muchas casadas que en Castilla ó en León son estériles por muchos años, si van á vivir en Galicia y en especial á sus puertos marítimos, en breve se hacen fecundas.» En atención á lo cual cree que el nacer aquí San Fernando, noticia que da por segura, sería debido á que el clima de Salamanca, donde estaba con su mujer Alfonso VIII en Abril de 1198, «no sería á propósito para que D.ª Berenguela se hiciese madre por primera vez, y el marido pensaría llevarla á Galicia.» Cosa nada singular, según el Deán de Orense D. Juan Manuel Bedoya (2), pues se creía este clima «el más dulce y saludable y el más favorable y propicio á la fecundidad de las mujeres.»

Pocos historiadores podrán gloriarse de haber puesto más diligencia y estudio que nuestro benedictino en dar á conocer las glorias que esmaltan los anales de Galicia, combatiendo de paso los errores que Huerta y otros acogieron al escribir la historia de esta región. Comprendía que no se podía caminar sobre seguro sin contar con los instrumentos fehacientes anti-

(1) Núm. 4.933 de la obra de 660 pliegos.
(2) *Nacimiento y crianza de San Fernando en Galicia*, pág. 24, ed. Orense, 1849.

guos; y además de examinar y coleccionar los que podía, y dar noticia de ellos, recomendaba mucho que por los inteligentes se registraran bien los archivos de Galicia. Así se comprende la amargura con que se expresaba en su *Extracto del libro Becerro de Celanova*, al referir que en sus días el canónigo de Lugo, Sr. Calvo, quemó, porque no los entendía, todos los documentos góticos del archivo de la Catedral Lucense: de lo cual vuelve á escribir en la obra de 660 pliegos, donde apostrofa durísimamente al antedicho prebendado, no encontrando, para denostarle, calificativos más suaves, que los los de *bárbaro, idiota, Diocleciano de la literatura*.

Se conoce á primera vista el gozo con que Sarmiento dice (1) que Cervantes es oriundo de Galicia, en su manuscrito *Noticia de la verdadera patria del Miguel de Cervantes, estropeado en Lepanto, cautivo en Argel, y autor de la historia de D. Quijote, y conjetura sobre la Ínsula Barataria;* que las armas de Anibal se fabricaron en Galicia; que el río Bílbilis de los romanos es el Bibey, y el Chalibe el Cabe; que las Islas Afortunadas, llamadas antiguamente

(3) Colección del Duque de Medina Sidonia, t. 5.

Ínsul Deorum, islas de los dioses, son las de Bayona de Galicia (1) etc. A las veces cegábale el amor á la región gallega, y no le dejaba oir la voz de la verdad y los consejos de la crítica: cual, en opinión del propio Besada (2), sucedió al defender la procedencia galaica del canto de los Figueroas, «como buen patriota..... porque él era gallego.»

En discurrir el orígen de voces gallegas, fué tan nimio que hubo de prevenir el reparo que podían hacerle de que muy desocupado andaba cuando empleaba el tiempo en semejantes *boberías,* diciendo que estaba atareadísimo, pero, con todo y ser ello así, tenía «sumo gozo» en acordarse de Galicia, y que más apreciaba (3) «hallar con evidencia el orígen de una voz gallega ignota, sea de río, lugar, monte, planta, etc., que saber de memoria todo el fárrago de Godoy.»

Empero, lo que mejor estudió de Galicia el P. Sarmiento, fué, á no dudarlo, la Historia Natural. Los profundísimos trabajos que hizo en esta importantísima rama del saber, dirigía-

(4) *Demostración Apologética,* etc., t. 1.° pág. 427.
(5) Tomo I, vol, 2. pág. 50.
(6) Carta á Colmenero, fechada en Madrid á 29 de Marzo de 1747.

los principalmente al interés de Galicia, á cuyo país solía concretar sus curiosas investigaciones: «Pienso ceñirme, decía él (1), á la Historia Natural y Agricultura de Galicia, ya que ninguno se acuerda de este Reino, para ir allá á cultivar la tierra, sino á chupar los trabajos y sudores de sus pobres labradores, y á tiranizarlos con impunes extorsiones, como si fueran sus esclavos, negros, ó indios bozales..... Los que se oponen á que Galicia sea feliz..... solapadamente han solicitado siempre que dependa de ellos.»

Y en otra parte (2) escribió:

«Quédese el público como se le antojare, no dejaré de hablar y hablo con muchos particulares curiosos, que sé hay en Galicia, y á quienes deseo llegue copia de estos pliegos, para que en virtud de sus noticias hagan sus experiencias, observaciones y reflexiones sin gastar dinero, y que las apunten para instrucción de otros.»

La utilidad suma que sabía era consecuencia del estudio de la Historia Natural, y el dolor que le causaba ver lo poco atendida que se hallaba en el país gallego, le hacía irritarse en tal

---

(1) Obra de 660 pliegos, párrafo 945.

(2) *Vegetales, kalí, sosa y barrilla.*

grado, que trataba á muchos de sus habitantes de *flojos, desidiosos, ignorantes*, *inaplicados*. Lo que decía él, hablando de que debía hallarse cerca de Santiago una mina de piedra *Hamatites:* «Los buscones del Pico Sagro, los cavadores de Cedofeita, de Mourente, San Cibrán..... ¿que no hallarían si el mismo gusto y trabajo lo aplicasen á buscar los tesoros de la historia natural de Galicia?» Veces hubo en que, desalentado, poco le faltó para hacer pedazos la pluma. «Si yo estuviese en un desierto, decía á su hermanano Javier (1), escribiría dos tomos de la *Historia Natural de Galicia*. Pero sería una tontería garrafal, viendo la aversión de los gallegos y castellanos á esas materias, y aun el desprecio.»

El fin que se proponía Sarmiento trabajando por introducir en Galicia la afición á la historia natural, era el mayor desarrollo y perfección de la Agricultura, base primera de la felicidad temporal de los pueblos, y á la sazón en el más lamentable atraso. Pero hay que reconocer que su extremada suspicacia y los desengaños recibidos, le llevaron á combatir instituciones y oponerse á reformas capaces de im-

(1) Carta de 30 de Julio del 57.

pulsar grandemente el adelanto de la Agricultura en Galicia. Tal sucedíó al fundarse en la Coruña, en 1764, por el Intendente General Marqués de Piedrabuena, la Real Academia de Agricultura. Sarmiento no sólo se negó, aunque muy rogado, á darle su nombre, sino que cogió la péñola para fustigarla, escribiendo parágrafos como el que á continuación trascribimos:

«Los gallegos conservan inmemorial la Agricultura que les enseñaron los Romanos, y sería muy peligroso que se les quiera introducir otra nueva, por quienes jamás han cultivado por sí una fanega de tierra, sino en algún libro de la moda, y que si han de saber algo, se lo han de enseñar los labradores vedraños de Galicia, que para la Agricultura de su país respectivo saben más durmiendo, que todos los Académicos de Europa.»

Y, sin embargo, la susodicha Academia no fué infructuosa para Galicia (1). El Conde de Pallares, competentísimo en la ciencia y en la historia de la Agricultura (2), dice lo siguiente

(1) Hemos visto sus *Actas* que refieren las 776 Juntas desde el 65 al 74, y los Estatutos. El Secretario era Cornide.

(2) Véase *El Eco de Galicia* del 72, 73 y 74, y la *Revista de España,* del 69, y su magnífico *Informe presentado á la Junta de Agricultura de Lugo,* en 1862.

acerca de la referida Asociación (1) en la *Memoria* que, en colaboración con D. José Pardo Bazán, escribió sobre la *Necesidad de establecer escuelas de Agricultura en Galicia* (2):

«Breve espacio es el de diez años para que una sociedad sin más elementos que los que aquella tenía, pudiera ofrecer grandes resultados, y, sin embargo, los que obtuvo son una prueba de lo que puede la voluntad que toma su fuerza en una iniciativa bien entendida. Debe á ella la provincia de la Coruña la perfección de la siembra del maiz; la siembra y extensión de los pinares; el cultivo del cáñamo.....»

No estaba menos interesado Sarmiento en que adquiriera la industria en Galicia el desarrollo conveniente. El que no hubiese aquí más fábricas de paños que las *chapuceras* de Buriel, achacábalo á mala voluntad de las otras regiones, que (3) «quieren que Galicia sea país de Indias.» Para la introducción de las demás industrias, pedía que «de los obispados de Galicia se enviasen algunos muchachos agudos y de

(1) Ed. Lugo, Soto Freire, 1862.

(2) También escribió sobre ella, con el título *Sociedades de Agricultura,* un interesante artículo D. José María Gil, en 1862.

(3) Obra de 660 pliegos, núm. 1.497.

genio á donde hay fábricas famosas de hierro y de acero, así en grueso como en por menor, para que se instruyesen en toda la Metalurgía, y volviesen á su país á ser útiles para todos.»

El autor reputaba muy fácil crear en Galicia buen número de importantes y muy lucrativas industrias. Así, por ejemplo, en la carta que escribió á su hermano Javier en 18 de Diciembre de 1748, proponía que debían fundarse en Galicia «fábricas de *muestras, sombreros de castor, tontillos, cajas,* y todo género de vasijas y utensilios curiosos...» y fábricas de jabón y de cristales, por darse facilmente aquí los ingredientes necesarios; que «se entablasen crías de gusanos,» pues «el país es proprissimo» para moreras; que se estableciesen manufacturas de cobre y de hierro y acero, á causa de «las minas de cobre de Valdeorras» y de que «Justino supone excelentes las aguas de Galicia para todo temple;» que se hagan salinas, pues tiene Galicia más de 150 leguas de costa de Oceano; que se introduzcan fábricas de paño; «con solo traer las lanas de Castilla;» y de cera, pues «era adagio *Mel de Gallacia.*»

No era menos optimista por lo que hace al comercio. Escribiendo sobre *Cultivo y población de campos,* decía:

«No hay provincia en España que esté más proporcionada para el comercio que lo está el Reino de Galicia. Confina con Asturias, León y Portugal, y por estar todo rodeado de mar Oceano al Norte y al Poniente, confina con todo el mundo. No hay costa marítima de España que tenga tantas y tan espaciosas rías, ni tantos y tan seguros puertos. Es la provincia ó reino de mayor población que hay en España. No hay fruto que no produzca ó pueda producir. Produce todo género de ganado y de carnes y de volatería..... No hay metal, mineral, ni fósil que no se halle en Galicia. No hay vegetable medicinal ó de regalo que naturalmente no nazca allí y con abundancia..... por la benignidad de su clima y por la fecundidad humana..... y por el genio laborioso de los gallegos humildes, digo que no hay país más proporcionado para fábricas, manufacturas y comercio, que el Reino de Galicia.»

Sobre el comercio de Galicia discurrió varias veces, con más ó menos acierto, y no separándose, por lo común, de las ideas de su época. No le gustaba que se sacasen del país sino las cosas supérfluas: á la compañía formada para extraer lienzos gallegos con destino á las Américas, teníala por «el más garrafal desa-

tino que se ha soñado y la más perniciosa providencia que se pudo proyectar para aniquilar ese pobre Reino.»

Más de una vez llamó á las puertas del patriotismo de los gallegos, para que mancomunaran sus esfuerzos en pro de Galicia; porque, decía él, «no hacemos nada con los deseos de diez ó doce, mientras la mayor parte de los compatriotas no se unan y se ayuden con sus haberes, para empezar á cimentar la resurrección de ese muerto país.» Lo que, más que nada, pretendía con sus predicaciones, era que las utilidades de Galicia no las reportasen, á ser posible, los de otras tierras. ¿Que se necesita, escribía á su hermano, «ni aún del Rey, para que los que tienen cuartos hagan lo que ahí utilizan los asturianos.» Antes que los regionalistas de hoy, por boca de Alfredo Brañas (1), pidiesen que las piezas eclesiásticas de Galicia se proveyeran no más que en gallegos, ya decía con mucha sorna Fr. Martín (2):

«No me pesaría saber por donde les compete á los Obispos la autoridad de dar naturaleza de gallegos á los que nacieron á más de cien

---

(1) Discurso en la apertura de curso de la Universidad Compostelana, *Conclusión,* parte 2.ª, n.º 16, año 92.
(2) *Galicia,* pág. 985, ed. Barcelona, 1890.

leguas de Galicia. Esto con más razón, cuando los Obispos son de países donde en todo lo eclesiástico y patrimonial no se admite ningún gallego.»

Según el regionalista y sabio historiador señor Murguía (1), los Abades que mandaba la Congregación de Valladolid á los conventos benedictinos de Galicia, eran parecidos á los normandos, que, al apoderarse de las abadías inglesas, colocaban en la puerta del monasterio los huesos de los que les habían precedido en la prelacía. A Sarmiento no le estorbaban los hábitos para decir lo siguiente (2):

«No ha sido buena reforma el hurtar á Galicia los Prioratos para pasar sus ventas á Castilla. ¿Cuantas ventas de Castilla pasaron á Galicia? En toda reforma superficial siempre Galicia ha cargado con el mochuelo. Con la reforma de Valladolid se inundaron los monasterios de Galicia de castellanos..... Casi todos los Abades eran extraños. No pocos de estos Abades desaforaron la Religión y aforaron los bienes á Codoga pero de micos sobrinos..... que llevaron consigo á Galicia como al país de la cucaña.»

(1) M. S. de 660 pliegos.
(2) Obra de 660 pliegos.

Para Sarmiento, Leovigildo, el Rey godo que dió al traste con la monarquía gallega de los Suevos, no es otra cosa que un *usurpador,* «el usurpador de Galicia.» Y al verle usar de expresiones como ésta (1): La geografía antigua de España está sumamente obscura, y la de Galicia no le cede en obscuridad,» pudiera creerse que distinguía entre Galicia y España, ni más ni menos que en la época de Recaredo, cuando el Concilio tercero Toledano mandaba (2) que se rezase el símbolo constantinopolitano en todas las iglesias de *España y de Galicia.*



(1) Obra de 660 pliegos.
(2) Cap. 2.



CAPÍTULO VI

EL P. SARMIENTO Y LA LENGUA GALLEGA

Decía Juan de Valdés en su *Diálogo de las Lenguas,* que «todos los hombres somos más obligados á ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que la que nos es pegadiza, y que aprendemos en los libros.» El P. Sarmiento cumplió á conciencia esta obligación, ilustrando y enriqueciendo la lengua gallega, que, en expresión suya repetida en muchos parágrafos de sus obras, era la que había *mamado.*

Pocos se podrán alabar de haber puesto en esta parte mayor empeño y más diligente estudio.

Augusto G. Besada, en su *Historia Crítica de la literatura gallega* (1), ocupándose en el *Canto de Gonzalo Hermiguez*, después de notar que había acerca de él divergencia de pareceres entre Brito, Faria, Sarmiento, Valera, Amador de los Rios, Bellerman, Costa Silva, Leitao de Andrade, Boulterverk y Sismondi, dice, en nada obstante, la celebridad de los otros autores citados, que «la primacía correspóndele de derecho á Sarmiento, el infatigable Benedictino, que tantos servicios ha prestado á la historia de nuestros trovadores.» Y con mucha razón; porque en cuanto se refiere al origen de la poesía gallega, Sarmiento hizo acopio de un caudal inestimable de luces, que han disipado en lo posible la obscura cerrazón que envolvía la cuna de sus trovas.

Aquella famosa expresión del Marqués de Santillana, D. Iñigo López de Mendoza, en su inapreciable carta al Condestable de Portugal D. Pedro, «No ha mucho tiempo, qualesquier decidores, ó Trobadores de éstas partes, agora fuesen Castellanos, Andaluces ó de la Estremadura, todas sus obras componían en lengua gallega ó Portuguesa,» fué sabiamente comenta-

(1) T. 1.°, vol 1.° p. 140.

da, y defendida con no pocas razones, por el ilustre benedictino en sus *Memorias para la historia de la poesía,* donde, al número 452, hace esta advertencia que avalora el mérito de su disquisición: «En ningún Autor de los que he visto, se halla palabra que pueda servir de alguna luz.» Por solo su conocimiento de la filología, y por el estudio hecho sobre un Códice antiguo, en folio y en pergamino, de Alfonso el Sabio, se convenció de que era lenguaje gallego el que se usaba en él, y que, por tanto, dicho Rey «había versificado en gallego;» si bien antes de llegar á esta secuela estuvo «perplexo muchos años (1).»

Glosando la opinión del Marqués de Santillana, de que el Arte Mayor y el Arte común ó real se inventaron en los Reinos de Galicia y Portugal, «donde no es de dubdar que el exercicio de estas Sciencias, más que en ningunas otras Regiones, et Provincias de la España se acostumbró,» concluye de las mismas palabras del portugués Duarte Núñez, que «nuestros Trovadores antiguos no usaban del idioma Portugués, sino del Gallego (2).»

---

(1) Obra citada, núm. 605 y siguientes.
(2) Núm. 461 y sig. de la obra citada.

Su trabajo en orden á esclarecer los orígenes de la poesía gallega, nunca se podrá alabar suficientemente, sobre todo, teniendo en cuenta que desplegaba las velas de su erudición y llevaba la nave de su crítica por un mar tenebroso hasta entonces nunca surcado; pues, como dice Milá y Fontanals en su obra *De los Trovadores en España*, «el P. Sarmiento fué quien primero trató de los trovadores gallegos.» No obstante los inmensos adelantos que últimamente ha hecho la crítica, las *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles* son imprescindibles para el estudio de la antigua literatura gallega; y por eso fué que las tuvo á la vista el ilustre P. Blanco al escribir la segunda parte del último tomo de su magistral obra de *Literatura Española* en lo que á esta parte se refiere. Menéndez Pelayo con su portentosa sabiduría hace notar en su libro *Ideas Estéticas en España* (1), que en el trabajo del P. Sarmiento «hay adivinaciones históricas verdaderamente asombrosas, v. g. la del influjo del elemento gallego en la primitiva poesía española, influencia malamente negada por D. Tomás Antonio Sánchez, y

(1) T. 3.º, p. 405, ed. 1886.

puesta hoy fuera de toda duda por el hallazgo de los dos maravillosos *Cancioneros* de Roma.»

Amén de lo dicho, el P. Sarmiento, para hablar con un autor coetáneo (1), «nos legó profundísimos trabajos del idioma gallego.»

Una de las cosas que mejor patentizó el ilustre benedictino fué aquella su proposición sentada en el número 251 de las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles:* «El idioma gallego es el que, entre todos los de España, se parece más al latino.» Aseveración que ilustró en la carta escrita en 3 de Junio del año 1759 al abad de Chamusiños D. Pedro González de Ulloa, y en el *Onomástico Etimológico de la lengua gallega* (2), donde señala en el idioma latino «el verdadero origen de casi todas las Voces Gallegas que he podido recoger á toda costa y nimiedad en los años de 745 y de 754.» Pero donde con singular detenimiento trató la materia procurando desechar á la vez la influencia de elementos arábigos en la formación del gallego, fué en el *Glosario para la inteligencia de todas las voces de la*

(1) *Historia Crítica de la literatura gallega,* t. 1.°, página 18.
(2) Colección Franco Dávila, t. 3, parte 2.ª

lengua gallega, en especial de la que se habla en la villa de Pontedra y en sus cercanías; las cuales recopilé en las 1.200 Coplas gallegas que formé en boca de dos chicos y dos chicas gallegas, que estaban en Madrid en el año de 1746 (1) precioso manuscrito que es lástima no haya pasado de comentar la copla 197, y que no sea tan extenso en todas como en las treinta primeras.

Sobre la afinidad del portugués con el gallego escribe el P. Sarmiento (2): «Es cierto que cuanto más se retrocede á los siglos pasados, son más parecidos dichos dialectos, hasta que coinciden en uno solo. Pero es innegable que quando Portugal estaba en posesión de los Moros, se hablaba ya en Galicia el idioma vulgar.» Y no sólo demuestra esta su tesis, sino que en varios de sus manuscritos, como en el *Origen de la voz gallega Mixiriqueiro* (3), establece que el gallego dió origen al portugués, que, por mejor hablar, es el mismo gallego modificado; pues, según escribe, en su *Origem da lingoa portuguesa,* Duarte Nuñez, «ambas erao antigamente quasi húa mesma, nas palavras et

(1) Colección cit. t. 3.º parte 1.ª
(2) *Historia de la poesía,* núm. 462.
(3) Colección Franco Dávila, t. 9.º, 1.ª parte.

nos diphtongos, et pronunciaçao, que as outras partes de Hespanha nao ten.» Llega á decir Sarmiento (1) que no sólo la lengua, pero si algo bueno tienen los portugueses, lo deben todo á los gallegos.

La conclusión á que viene sobre las relaciones entre las lenguas portuguesa y gallega, es hoy para muchos críticos una verdad poco menos que indiscutible: «Así como creo fuera de toda duda, decía D. Victor Balaguer (2), que la *lengua gallega engendró á la portuguesa,* así creo que la literatura gallega fué el comienzo de la castellana.»

Tan convencido estaba Sarmiento de las analogías que existen entre los idiomas gallego y lusitano, que, para suplir la falta de diccionarios del primero, dice, no recordamos en cual de sus trabajos, que podrá valer el vocabulario portugués del Padre Bluteau, y para Onomástico gallego puede acudirse á los cuatro tomos de los *Divertimientos eruditos* de Fr. Juan Pacheco.

Castelar, Balaguer y otros muchos escritores de fuera de Galicia dán al lenguaje gallego

(1) M. S. de 660 pliegos.
(2) Presidiendo los Juegos Florales celebrados en Pontevedra el 12 de Agosto de 1884.

el título honroso de *idioma.* D. Antonio de la Iglesia cree que en justicia es el único que le compete. D. Augusto Gonzalez Besada escribió un capítulo titulado *El lenguaje gallego no es un dialecto,* donde concluye quejándose de que en Galicia se llame dialecto al habla del país, pues «si perdió la categoría que un tiempo tuvo, no descendió tanto que pueda confundirse con esas degeneradas lenguas, faltas de vida propia, que llevan la humilde y denigrante nominación de dialectos.»

D.ª Emilia Pardo Bazán en un muy curioso y erudito estudio, titulado *¿Idioma ó dialecto?,* intenta probar que no es degradante para la lengua de su país el calificativo de dialecto, y que «el gallego es un romance, igual en su nacimiento á los otros en que el latín se descompuso, traido luego al estado de patué por el mutismo de la literatura y la fuerza de las circunstancias históricas, y renaciente en las letras desde la segunda mitad del siglo XIX.» El P. Sarmiento no rompe lanzas por cuestión de estos mombres. Cree (1) que el gallego es dialecto, pero relativamente al latín, teniendo por condialectos el castellano, el portugués, el cata-

(1) *Historia de la poesía,* párrafo 228.

lán, el asturiano, y siendo, por tanto, tan idioma como el hablado en la corte de España.

Siendo el castellano y el gallego, dice el autor en la *Demostración Crítico Apologética del Teatro Crítico* (1), corrupciones del latín, deben tener mucho de común; pero de aqui, advierte juiciosamente, no es lícito concluir que el gallego haya dimanado del castellano. A más de que, según él nota, hay en el gallego muchas particularidades que no existen en la lengua de Castilla; como son la distinción entre *E* y *O* cerradas y abiertas, los diptongos *ou, ei, eu,* y la pronunciación casi francesa de la *D,* de la *G* y de la *X.*

Por la similitud del dialecto gallego con sus próximos parientes escribió Sarmiento (2): «El Gallego que quisiere penetrar bien el latin, el castellano, el portugués, italiano y francés..... debe saber la lengua gallega en toda su extensión ¿que digo gallego? Un castellano erudito confiesa que, sin saber la lengua gallega, jamás se penetrará bien de lo dicho arriba.»

Y la razón de esto último es, según nuestro autor, no sólo que el castellano y el gallego son

(1) T. 1.º, p. 190.

(2) *Inscripción romana en Limia.*

condialectos, sino que éste es más antiguo que aquél, del cual se deriva: conclusión que no puede parecer extraña para aquella época, cuando la han formulado en este siglo literatos extranjeros de tan esclarecido renombre como Ticknor; y en nuestros mismos días escribe el Sr. Saralegui (1): «Bajo el punto de vista del idioma, sabido es tambien que Galicia ha sido la cuna común del portugués y el castellano.» La cual filiación del idioma de Castilla tratan de defender otros autores contemporáneos, cuyos razonamientos estriban: 1.º, en que no hay escritos en castellano hasta el siglo XII en sus últimos años, mientras hay varios en lengua gallega del promedio y primeros lustros de la centuria anterior; 2.º, por la transición que en los documentos primitivos se observa del latín al romance gallego y de éste al castellano; 3.º, por la construcción de ambas lenguas muy afines entre sí, pero más parecida la de la antigua Suevia á la del antiguo Lacio; 4.º, por la mayor antigüedad de la poesía gallega relativamente á la castellana; 5.º, porque observando los pri-primeros textos del romance, se nota que permaneció estacionario y casi inalterable en Ga-

(1) *Estudios sobre Galicia*, p. 111, ed. Martínez Salazar.

licia mientras paulatinamente se modificó y fué trasformándose en el territorio de *Castilla*.

Aunque nuestro autor quiere que el gallego sea más viejo que el castellano, no lleva su origen, como algunos lingüistas modernos, á una remota antigüedad, que no puede concedérsele en sana crítica, pues está probado que ni Alfonso VI dijo las palabras gallegas que le atribuye, con motivo de la muerte de D. Sancho, el Obispo de Pamplona, Sandoval, ni se tradujeron al gallego en el siglo X los *Diálogos* de San Gregorio y en el siglo VI los *Cánones* y *Capítulos Eclesiásticos* de San Martín Dumiense, ni es del siglo IX el *Romance á la pérdida de España,* ni del VIII el canto del *Figueiral,* ni en el VII, en el reinado de Recesvinto, andaba escrito en gallego un *Tratado sobre las costumbre de los naturales de la Iberia,* ni puede sostenerse sobre argumentos racionales, que el origen y el desenvolvimiento del lenguaje gallego datan, no ya de la dominación suévica, sino de antes de Jesucristo, del tiempo de las conquistas de los romanos en las Galicias, ó «desde los primeros días de la dominación romana en el país,» como ha dicho un escritor moderno. Sarmiento, con ser tan exageradamente apasionado de las glorias españolas, en

especial, de las de Galicia, confiesa paladinamente que no sabe á punto fijo cuándo se comenzó á escribir el gallego, ni cómo se fué formando este romance en los tiempos de los cuales no se conservan sus escritos, y nota muy discretamente que «todos quieren que su lengua, ó la de su cariño y aplicación, haya sido la primitiva:» lo que tiene aplicación asimismo, cuando se trata de la prioridad relativa de los dialectos.

Entre sus trabajos más interesantes para el objeto de este capítulo, debe ocupar lugar preferente la carta al P. Terreros *Sobre el origen de la Lengua gallega y sobre la Paleografía Española,* fechada en 16 de Enerode 1753 y existente en el monasterio de Santo Domingo de Silos, en 46 páginas en folio.

Lo que en ella dice el ilustre Benedictino sobre el modo de formar el diccionario gallego, parece que no es suceptible de enmienda ni de mejora.

Por lo que toca al origen de la lengua gallega, si bien es cierto que, por no haberse hecho entonces los adelantos que en la actualidad se han verificado sobre este punto por Mr. Boulet, Verea Aguiar y otros, desconoce la influencia del elemento celta en su formación, también

lo es que señaló antes que nadie la floreciente y exuberante cultura de Galicia en el siglo XIII, y se adelantó á su época haciendo ver el influjo que sobre el gallego ha ejercido la lengua francesa.

En la mencionada carta asienta que en Galicia «no han quedado monumentos inconcusos de los griegos, excepto tal cual voz, y algún nombre de monte, río ó lugar.» Sin embargo, el jesuita Alvarez Sotelo dice (1) que el gallego tiene de la lengua griega «muchísimos vocablos (más de seiscientos á lo menos que fácilmente conoce el que tiene mediana noticia de entrambas) y los más de los nombres de montes, valles, ríos, ciudades arruinadas cuyos suelos conservan el nombre, castillos y casas solariegas antiquísimas, muchos helenismos, innumerables diptongos, sinalefas, sinéresis y síncopes, y los artículos añadidos á los nombres con sus dialectos.»

Sobre la formación del diccionario gallego, escribía Sarmiento lo siguiente:

«Si yo tuviera veinte años menos y hubiese de vivir en Galicia diez ó catorce años, tomaría

(1) *Historia general del Reino de Galicia,* escrita en 1807 é inédita en el Archivo de la Academia de la Historia.

gustoso el trabajo de leer M. S. antiguos y de recoger muchas voces y frases del idioma de hoy. No digo en esto que yo sea capaz de hacer el diccionario gallego, sino porque ayudaría algo á los que tomasen ese asunto á su cargo; por lo que juzgo indispensable el concurso y trabajo de muchos.»

Mis deseos se reducen á tres cosas. Primero, que se lean los instrumentos latinos de la edad media que en algún modo son singulares. Segundo, que se lean todos ó muchos de los instrumentos gallegos que se hallen en los archivos anteriores al año 1506, y que de ellos saquen las voces y frases gallegas en cuadernos aparte, observando exactamente la ortografía. Tercero, que una docena de gallegos curiosos y eruditos, espârcidos y de asiento en doce distintas y distantes partes de Galicia, recogiesen todas las voces gallegas que hoy se hablan especialmente en las aldeas.»

Entre todas las empresas que solicitaban su atención, ninguna le era tan simpática como ésta á que no cesaba de excitar á sus paisanos adoptivos.

«Lo primero, decía (1), que deben pensar los

(1) M. S. de 660 pliegos, núm. 5.687.

gallegos celosos y eruditos es en que se forme un copioso Diccionario de las voces gallegas puras que hoy se hablan en toda Galicia. Para formar ese diccionario que siempre ha sido el objeto de mis deseos, no se necesita leer libros sino oir á muchos.»

Cuando el P. Sarmiento escribía, nadie había acometido la empresa—que con más ó menos éxito fué después blanco de los afanes de D. Francisco Javier Rodríguez, de D. Francisco Mirás, de D. Juan Cuveiro Piñol y de D. Marcial Valladares—de reunir por orden alfabético las voces gallegas y explicar su correspondencia con el castellano; por lo cual exclamaba en el *Onomástico latino-gallego-castellano,* que él ideó: «Algo diera de precio por tener uno de esos libros para tener que imitar. Mucha culpa debo cargar á los gallegos que ha habido eruditos, por no haber aplicado su estudio, para dar á conocer la lengua que han mamado.»

Para que mejor se pudiese conocer la lengua gallega y más acertadamente formar el diccionario, pedía (1) que «imprimiéndose cada día tantos libros fútiles,» se dieran á la estampa el Cancionero Gallego de D. Alfonso X, y otros

(1) Manuscrito de 660 pliegos, núm. 4.918.

que se conservan en el Escorial, como el Cancionero del enamorado Macías, poeta gallego, y el libro de las *Fazañas* (1).

En su obra *El Regionalismo en Galicia* escribe D. Leopoldo Pedreira que (2) paralizado el desarrollo del dialecto desde hace cuatro siglos y *perdiendo diariamente palabras en vez de adquirirlas,* está cada día más anémico. El ilustre benedictino de Villafranca opina todo lo contrario. Después de notar que no hay del gallego ni del castellano escrito alguno fidedigno anterior al siglo 12, siendo aun en tiempo de San Fernando comunes los documentos medio en latín y medio en romance, y que los gallegos dejaron de escribir en su lengua los instrumentos desde la época del emperador Carlos V, dice con aire de la mayor convicción, en sus *Elementos Etimológicos según el método de Euclides:* «Esto ha traido la grande utilidad de que el dialécto..... se haya aumentado mucho sin pasar á idioma heterogéneo como el castellano.» Y la razón es, porque «las

(1) Recientemente se imprimió, como deseaba Sarmiento, por cuenta de la Academia de la Lengua, el libro de las *Cántigas;* y Martínez Salazar trajo á la Coruña, para su estudio y publicación, la *Crónica Troyana,* inestimable M. S. casi de todos desconocido.

(2) P. 78, ed. 1894.

lenguas vulgares que solamente se hablan y no se escriben, son eternas, inmutables, y cada día se aumentan más y más, conservando siempre el carácter privativo de la lengua..... y son más copiosas que las lenguas que se escriben.» Varias veces repite esto de la pureza del idioma gallego (1), declarando como es más homogéneo que el castellano, y se resiste á aceptar elementos que no estén de todo en todo conformes con su índole peculiar, ó, como diría el Sr. Barcia Caballero (2), «se subleva con indómita fiereza ante toda ajena ingerencia.»

Pero donde puso mayor ahinco, é hizo más pie llegando hasta el fondo de la cuestión, fué en revelar la abundancia y la copia inconcebible de voces diferentes con que puede el idioma regional de Galicia traducir una misma idea. Y como Sarmiento no gusta de hacer adveraciones sin poner la prueba al canto, aduce varias, como ésta: «A Doarte Núñez que se vino echando fanfarronadas con su lengua portuguesa, de que tenía muchos derivados de una voz, le añadí yo seis más que tiene la lengua

(1) Idea en que insistió D. Antonio de la Iglesia en el capítulo 7 del tomo 3.º del *Idioma Gallego*.

(2) Prólogo de *El Regionolismo*, de Brañas, pág. 13.

gallega. Por juguete junté todas las voces gallegas que oí en Galicia para significar un hombre palurdo y junté cien.» Efectivamente, en su escrito *Origen de la voz gallega Mixiriqueiro,* entre los párrafos 41 y 43, hay una lista de cien voces gallegas con que se puede designar un patán. Contestando á una carta de la Junta de Agricultura, en 18 de Diciembre de 1765, dice que hay *mixtos* en Galicia, de los cuales recogió en sus viajes «seis, ocho, diez y aun doce nombres peculiares.»

Para convencerse de que no exageraba Sarmiento, no hay sinó hojear los lexicones de este idioma: debiéndose advertir que Valladares, Martínez Salazar y Ballesteros tienen, cada uno, recogidas centenares de voces gallegas no publicadas. El P. Sobreira principió á escribir un vocabulario; no pasó de las dos primeras letras, y conservánse de él 1.500 papeletas, sin contar las que se habrán perdido,

La dificultad que presentan muchos contra la lengua gallega, diciendo que más que lengua es una *babel,* pues en cada arciprestazgo hay la suya, se la proponía ya el P. Sarmiento; pero, «yo he andado, dice, por Galicia, y no hallé esa multitud de lenguas.» Admite que hay alguna variedad, mas eso mismo, nota

muy agudamente, «conduce mucho para probar la fecundidad de la lengua gallega.»

También se hace cargo el Rvdo. Padre (1) de otra objeción en contra del idioma gallego, la de que no hay escritos en él; á lo cual contesta con un rotundo: «*Mienten;* que hay carros de instrumentos gallegos, con los cuales, si se imprimen, y con la lengua que se habla, se podrán formar Catecismos, Pláticas, Sermones, Artes, Diccionarios y otros 300 libros. Pero ¿para que me canso? La cerrilidad bárbara é ignorante siempre estará en sus trece.» A más de que, nada se sigue, para negar la lengua gallega, de que no sea rica en escritos (2).

---

(1) *Inscripción romana en la Limia.*

(2) Expone así esta idea en su *Demostración Crítico Apologética:*

«Acuérdome, que entre la multitud de Papelones, que salieron contra el Theatro, salió un Anónimo, que quería hacer creer, que no era Lengua la Gallega, porque no había en ella Escritos algunos. El Anónimo confundió la Lengua con la pluma. Apenas es cosa lo que hay escrito en Lengua Malaya, comparado con lo que está escrito en Lengua Chinesa. No obstante, concuerdan todos, que la Lengua Malaya es la más suave, clara, y curiosa del Oriente. En poco tiempo se podrá poner en el Idioma Gallego, no solo quanto está escrito en Castellano, sino tambien quanto hay escrito en Griego, y en Latín. Retrocediendo seis siglos, no había cosa escrita en Castellano: Luego ¿no había Lengua Castellana entonces? En la América no se escribía cosa alguna: Luego ¿no había Lengua alguna en la América, quando la des-

Decía D.ª Emilia Pardo Bazán en su discurso sobre la *Poesía Regional Gallega* leído en el Liceo de la Coruña en 2 de Septiembre de 1885, que «son muchas las personas que, nacidas y criadas en provincias gallegas, encuentran tan dificil entender una poesía en dialecto, como otra en extranjero idioma.» El P. Sarmiento da testimonio de que en su época no andaban así las cosas. «Los gallegos de hoy, decía (1), tienen su propio dialecto, diferente del castellano. Háblanle *todos,* así señores como rústicos.» Y tan poco usado debía de ser aquí el castellano, que escribió estas palabras (2): «En Galicia no es vulgar la lengua castellana, pero se entiende..... y también se escribe cuando se comercia con los castellanos.» Pero aun es más para notarse lo que afirma en otro sitio (3), conviene á saber, que «muchísimos extranjeros se aficionan en Galicia á la lengua gallega, porque les gusta su suavidad y dulzura, que no tienen otras lenguas.»

Sin embargo, por los años de Sarmiento, debía de haber ya algo de lo que afirma el Sr. Pe-

---

cubrieron los Europeos? A estos absurdos se expone el que mide las cosas á su antojo.»

(1) *Memorias para la historia de la poesía,* núm. 281.
(2) Id. núm. 227.
(3) Núm. 4.744 del manuscrito de 660 pliegos.

dreira haber visto (1), que se castiga á los niños por repetir palabras del dialecto; con la diferencia de que entonces no eran los padres, sino los maestros de latín los que eso hacían, lo cual calificaba el autor, de *tiranía inventada por los enemigos envidiosos de los gallegos.* Lejos de poder aprobarse una tal costumbre, proclamaba Sarmiento en su *Onomástico,* que «en cada ciudad y villa populosa de Galicia había de haber algunos que se dedicasen á enseñar á los niños la lengua gallega con extensión y propiedad.» Es más; en el precioso manuscrito *Elementos Etimológicos etc.,* después de probar que la lengua gallega es purísima, dice que en ella debían escribirse, cual se hizo en otros tiempos, los documentos forenses, y que los curas no sean sino del país, y solo prediquen y confiesen en gallego, por los grandes inconvenientes que de otro modo se siguen. Y la razón la daba en otra parte (2): «No hay paciencia para oir que uno ha dejado olvidar su primitivo idioma nativo ¿y que se dirá de los que han hecho estudio de olvidarle? Es necedad creer que pueda haber lengua, ó viva ó muerta, que sea me-

(1) *El Regionalismo,* etc., p. 58.
(2) *Glosario de voces gallegas.*

jor para explicar sus conceptos que la que cada uno ha mamado, y con la cual se ha criado todo el tiempo de su juventud. Es muy útil que se estudien, se sepan, se entiendan, y se hablen lenguas extrañas; pero sin olvidar la nativa; antes se debe hacer estudio que las extrañas le sirvan para entender y penetrar mejor la propia. Ya se irá viendo en este glosario que la lengua Gallega ni es para ser despreciada de los castellanos palurdos, que no la entienden y que solo hablan la suya como un papagayo aprendiz, ni merece ser olvidada de los naturales aunque vivan muchos años y en regiones muy remotas.»

No sabemos, aunque es de presumir, que el P. Sarmiento conservase el acento de Galicia: lo cierto es que lo tenía por la cosa más natural del mundo.

¿Qué delito, preguntaba, es en un hombre el que por su acento manifieste su patria? «El salvajismo consiste en que habiendo en España tantos tonillos diferentes y encontrados, solo el tonillo de los Gallegos se censura y desprecia como si fuese tonillo de los *topirambas;* y que la barbarie haya llegado á llamar la *pez gallega,* el antiquísimo acento que hoy se conserva en más de un millón de bocas.»

El buen Padre no podía llevar en paciencia, y entonces la ira le saltaba por los puntos de la pluma, que se riesen de los gallegos, porque lo parecieran en el lenguaje, cuando hablaban la lengua de los castellanos. Véase, por ejemplo, cómo, por no citar otros pasajes, se expresaba en el *Onomástico Etimológico:*

«Deben sacudirse, y con ayre, de aquellos idiotas y mentecatos que si oyen hablar castellano á algún gallego, y se les escapa alguna voz, frase, pronunciación y acento de Galicia, sueltan la carcajada de risa borriqueña..... ¿Con qué conciencia no se ríen de los demás y sólo se ríen de los gallegos? Yo creo que la risa contra éstos es hija de la inveterada y perniciosa aversión que acá padece la nación gallega, como si fuese lapona. Dios ha criado en Galicia todo cuanto se podía necesitar para lo preciso, para el regalo y aun para lo supérfluo; y concedió tal temperamento á su clima y terreno, que en pocos años podrá tener todo cuanto se introduce en Galicia de otros países. Pero los enemigos de los gallegos han conseguido que no sólo abandonen su idioma, sino que descuiden también en utilizarse en lo que produce ó puede producir su país.»

No escribía Sarmiento en gallego las cartas

que enviaba á Galicia, pero en ellas intercala á menudo palabras, expresiones y refranes gallegos, sobre todo cuando se dirigía á su hermano Javier.

En cambio, en aquel siglo centralizador, en que los Borbones concluyeron con la sombra de las libertades populares que habían respetado los reyes de la casa de Austria, y el postrer esfuerzo del espíritu regional quedaba ahogado en sangre bajo una lluvia de metralla en las humeantes ruinas de las fortalezas de Barcelona; cuando la antigua dulcísima *fala* gallega hallábase sumida en universal descrédito, y habían saltado de dolor las cuerdas de la lira de marfil con que Macías cantó sus amores y el Rey Sabio ensalzó á la Virgen, Sarmiento, á quien imitó el famoso Cura de Fruime, D. Diego Antonio Cernadas, tuvo valor, aunque conocía que no andaba sobrado de poéticas dotes y muy otra era su vocación literaria, para escribir versos gallegos, primeros rayos de la brillante aurora que había de iluminar en la siguiente centuria los cielos de la literatura galáica con el resplandor hermoso de la rica inspiración de Rosalía Castro, Pondal, Añón, Curros Enríquez, Lamas Carvajal, Garcia Ferreiro,..... que han encendido la llama vivísima de la literatura ga-

llega, extinguida al soplo helado de la indife rencia y del despotismo.

Sarmiento se llama á sí propio *O tío Marcos da Portela,* nombre con que se bautizó no ha muchos años un periódico en gallego, y que hizo fortuna, siendo aun hoy mismo considerado como el tipo popular del aldeano de esta región. «No veis, escribía D. José Rodríguez Seaone en una revista regional (Galicia, año de 1862, t. 2.º, p. 284), no veis ese grave paleto, de tardo paso y pronunciación reposada, envuelto en un gabán de paño pardo y anchos calzones, y cuya montera termina en punta como su fortuna. Pues tiene nombre, si bien no muy antiguo. Un siglo hace que el tan célebre como nunca bien ponderado ingenio del P. Sarmiento le bautizó, y desde entonces se llama *Marcos da Portela.* Marcos es la personificación más característica del pueblo gallego.»

Como muestra del estro poético del ilustre religioso, copiaremos las siguientes estrofas de su *Coloquio de 24 gallegos rústicos,* que no están entre las que copia D. Antonio de la Iglesia en el tomo 1.º de su erudito libro *El Idioma gallego:*

«No chan que en Morrazo
chaman os galegos

chan de Parafita
que chega hasta oceo
Que está no camiño
que vay á oribeyro
dendes Pontevedra.
avila do Reyno

. . . .

Así pois un día
do mes de Setembro,
que foy dezasete,
mercado ó terceiro
Eu Marcos Portela
dó Monte-porreyro,
que som, mal pecado,
hum probe labrego
Paseim, por ventura,
ind' ó ver o crego
Jacinto, que estaba
en Taboadelo

. . . .

Chegueim a fardiña
as catro algo menos
ao chan devandito
cansad' aunque ledo.
Vim muito gentío
qu' estaba alí quedo
deitado na herva
comendo é bebendo

. . . .

Amim qu' os ollaba
é estaba mui preto
por farme merzede
todos me dixeron
¡Ay Marcos! Compadre,
tomay un cortezo
e botaille dous tragos
qu' abondo aquí temos
Non fum porfiado

que estaba sedento,
comim é bebim
bastante por certo.
Dempois da merenda
eu quixem primeiro
saver dos que viñan
qué novas truxeron
. . . .

Agora pois vamos
dicindo nois versos
que cousas falaron
que cousas dixeron
. . . .

Anton de Domayo
por home mais vello,
tomou a parola
falou ó primeiro
¿Qué tendes Mulleres
de novo e de certo;?
que dicen na Vila?
que corre no Reyno?
. . . .

Andrea da chouza
muller de bom quedo,
por todas falou
e dixo: non creo
Que vos qu' ora vindes
da lá de Toledo
non saibais as novas
qu' acá ja correron.
A mais lastimeira
que corre ja há tempo
e qu' o noso Rey
finou sen remedio.»

Es curiosa igualmente la descripción festiva que hace del entierro del Rey:

«Alí cantou solo
hum rapaz, ja vello,
con voz de paxaro
Corin, ou Gilgueiro.
Eu ja non me acordo
se nom do comenzo,
que cuido decía
Porcó, Porco, Meco.
Ali vim dous homes,
seica eram Galegos,
do Meco, ó do porco
quedaron rengendo.
Mais outros vin rindo,
non eran do Reyno
con muita faralla,
do Porco, e do Meco
Dempois se cantou
con muito respeito
á misa de tres,
sen Groira e sen Credo

. . . .

Vestidos de branco
dos altos mancebos
con camisas postas
sobre o sayo negro.»

Resulta, por consiguiente, que es un tanto injusto, por no decir desconocedor de las obras del famoso benedictino, el Sr. Brañas, cuando dice (1): «El P. Sarmiento, erudito profundísimo y observador atento de cuanto atañe á nuestra región, no hace, sin embargo, mas que indicar

(1) *El Regionalismo.* Estudio sociológico, histórico y literario, p. 214, ed. Barcelona, 1889.

la procedencia de algunas palabras y el nombre de ciertos pueblos, villas y aldeas.»

Sarmiento, efectivamente, investigó la procedencia, no de *algunas* sino de muchísimas palabras gallegas, en varios de sus escritos, que no mencionamos por no alargar este capítulo más de lo justo; pero, como acabamos de ver, hizo más que eso, mereciendo que se llamase *el gran gallego,* con tanta justicia como á Lesseps llamaron *el gran francés* sus paisanos.







CAPÍTULO VII

SARMIENTO Y PONTEVEDRA

El amor entrañabilísimo que profesó Sarmiento constantemente á Galicia, tomaba creces, si era susceptible de aumentarse, cuando se concretaba á Pontevedra.

En esta ciudad fué donde, si no se abrieron á la luz del cielo sus ojos corporales, abriéronse á la luz de la instrucción los ojos de su espíritu: allí se meció su cuna, arrullada por el cariño de una madre amorosa; allí recibió por primera vez el pan de los ángeles, y ofreció las primicias de su corazón al rey de los siglos, y balbuceó las primeras palabras en la lengua suavísima de los antiguos trovadores.

Llevado lejos de su país por los deberes que

le impuso la vocación monástica, su corazón no se despegó del todo de la hermosa tierra donde se habían deslizado tranquilos los risueños días de su niñez. En la cumbre de los honores y de las dignidades, entre el humo de la lisonja y el ruido del aplauso, atendía solícito y cuidadoso á procurar el engrandecimiento de su siempre amada Pontevedra y el bien de sus habitantes, llevando una activa correspondencia epistolar sobre asuntos de aquella población, y siendo ordinariamente algo así como su agente y representante en la Corte. Aunque enemigo declarado de hacer visitas, escribir cartas y sostener relaciones que le distrajesen de sus estudios, toda su influencia, que no era escasa, y la de sus amigos, que eran en gran número, empleábala gustoso en cuanto podía ceder en provecho del país donde moraban su familia y los compañeros de sus juegos infantiles.

Así, por ejemplo, para que su devoto admirador y ordinario visitante el ingeniero francés Mr. Carlos Le Mort, constructor de varios canales en España, se portase convenientemente, al ser enviado por el Gobierno á la ría de Pontevedra, decía el P. Sarmiento (1). «Le limpiaré

(1) Carta á su hermano Javier, 30 de Marzo de 1757.

el estómago y le preocuparé bien.» Y antes, con relación á otro individuo, había escrito á su hermano (1): «Si conoces que ese ingeniero puede hacer algo de supererogación y que mire esa villa y ría con cariño, poner en papel lo que se le puede suplicar, que yo haré que su amigo le escriba con eficacia.»

Desde las alturas en que le había colocado su talento portentoso, vigilaba incansable por los intereses de su pueblo, y advertía los peligros que podía traerle la rivalidad de otras ciudades de Galicia. «Debes saber, escribía á su hermano en 26 de Enero del 57, debes saber que esa *Boa Vila* está entre dos enemigos furiosos, Vigo y Santiago. Y así, es preciso mucho tiento, moderación, aguante, *bona verba* y *bona opera*. He oido..... que Santiago se ha quejado aquí agriamente de que esa villa había hecho mil estorsiones en materia de los *Vestuarios de Milicianos*..... Si es verdad, procura que se remedie; pues Santiago ha de poner muchos huevos como esos.»

Es curioso lo que al mismo objeto dice de la ciudad herculina, en el número 5.938 de la más grande de sus obras: «Si los de la Coruña quie-

(1) 2 de Enero de 1757.

ren hacer de Corte, busquen primero quien se lo crea.» De paso refiere con aire de triunfo que en tiempos del Arzobispo de Santiago, San Clemente, se reducía la población de la Coruña *intra et extra muros,* á 1.250 vecinos, cuando Pontevedra contaba con 1.700. El quejarse en aquella ciudad de falta de leña y de carbón, teníalo por *pura monada y charlatanería;* y el querer que Pontevedra se gravase con un nuevo tributo para ayuda del sostenimiento de la Real Academia de Agricultura, calificábalo de *descubierta estafa, engañifa, pretexto.* En el estudio presentado al *Gobierno,* sobre los *Caminos Reales,* en el número 489, denunciaba el siguiente abuso:

«El Territorio de milicias de la Villa de *Pontevedra* por comprehender 42.000 *fuegos,* además de los Marineros, y Eclesiásticos, contribuyó con 42 *pesetas,* que con las que aprontaron Marineros y Eclesiásticos, ya serían 50. Echóse este tributo no sé por quien con el título de componer los caminos. Atúrdanse los que leyeren este papel. Ni siquiera se ha empleado hasta ahora maravedí alguno de las 50 *pesetas* dichas en algun camino Real del dicho territorio. Las Ciudades respectivas compusieron sus *paseos:* no los caminos, que necesitaban

composición. ¿Quién llevó, comió, y estafó esas 50 *pesetas*? Confieso, que no lo sé. Sé con evidencia, que aunque tenía cruces se las llevó el diablo.»

No era menor la dureza con que trataba á algunos de sus paisanos, con el buen fin de enderezar los entuertos que pudiesen cometer. Sobre todo se irritaba contra los pescadores, «que si hallasen modo de vender toda la pesca en alta mar al Gran Turco, no traerían al pueblo una sardina;» y parecíale *infame* su conducta, porque, decía él (1), «esa villa y vecindades tienen derecho natural á ser preferidos á proporción de lo que se pesca.» También se indignaba y decía causarle vergüenza, que, siendo infinito el concurso de romeros que por Agosto iban á San Andrés, junto al cabo Farroiba (2), «se utilizasen tan poco las limosnas en favor de la Iglesia.» Una de las potísimas causas de que Pontevedra, que en otro tiempo tuvo 7.000 vecinos, viniese tan á menos, parecíale (3) el que se hubiera suprimido la feria que, con grandes fiestas, 15 días antes y 15 días después del patrono San Bartolomé, se celebraba por privile-

(1) Carta á Javier, Marzo 25 del 57.
(2) *Viaje segundo.*
(3) *Caminos reales,* núm. 426.

gio de Enrique IV, en que concedía á la villa las mismas libertades é indultos que á Cáceres.

En la correspondencia con su hermano Don Francisco Javier, *Ministro de Marina* en Pontevedra, donde había nacido, y hombre de gran valer y consideración, dábale cuantas noticias hallaba en los libros, que pudieran servir de alguna utilidad al pueblo, á fin de que él las trasmitiese á sus paisanos.

Miraba con interés tan grande y con tan marcada predilección cuanto se refería á la bella *Hellenes,* y, sobre todo, lo concerniente á la historia natural, que no nos parece exageración lo que leemos en uno de los papeles que su sobrino segundo el Sr. Cousiño dejó á la Universidad de Compostela, y, caso de allí no conservarse debidamente, á la Real Academia de la Historia: «Más gusto tuvo en saber que había en Pontevedra la hierba *tiraña,* que disgusto si se aniquilase el Palacio; y más vanidad hacía él haber descubierto allí la *gualda,* que en saber los terremotos artificiales que hubo en Julio del 56 en Mahón.»

Muy verdaderamente se dice en un papel suelto que se halla en el sobredicho legajo de manuscritos: «Este hermoso sitio en donde el P. Sarmiento había pasado sus más tiernos años

y empleado las inocentes diversiones de la niñez, jamás le pudo borrar de su imaginación, y cuando en su edad más avanzada se veía molestado y afligido con impertinencias de pretendientes y con súplicas de conocidos que querían esclavizar su entendimiento con la faena literaria, suspiraba por él.»

Con objeto de introducir en Pontevedra la afición á la Historia natural, é ilustrar á los habitantes acerca de esta importantísima rama del saber humano, concibió el proyecto de escribir á ratos perdidos, y enviar á su hermano, si no en todos los correos, en cuantos pudiese, un medio pliego sobre asuntos de botánica, agricultura, etc., sin orden alguno, unas veces, por ejemplo, acerca de plantas, otras de animales, otras de conchas; de los cuales medios pliegos conservaría trasuntos que, reunidos, le servirían de apuntes para escribir una extensa obra, y mandaría los originales á Pontevedra, para que se trasladasen de nuevo y se repartiesen entre las personas influyentes ó aficionadas al estudio.

Tan entusiasmado estaba con este su pensamiento, que deploraba amargamente no se le hubiese ocurrido antes, y, en vez de tantas cartas, tan largas como inútiles, hubiera ido man-

dando medios pliegos semejantes. Escribió el primero los días 10 y 11 de Agosto de 1756, sobre *el Tilio macho, en gallego Lameyro,* y lo remitió á Pontevedra el día 18. Sin embargo, ocupado con múltiples trabajos que solicitaban de su amistad con instancia, no llevó á efecto su propósito, y no volvió á enviar otro medio pliego hasta el año siguiente, en que mandó á su hermano el papel sobre la carquexia. Hay que advertir se perdieron casi todas las cartas que el P. Sarmiento escribió á su hermano don Francisco Javier, por las cuales indudablemente se echaría de ver aun más su solicitud y afán por los intereses morales y materiales de Pontevedra. «Dije á V. en mi anterior, escribió D. Pedro de la Riega á D. Francisco de Paula Cousiño en 16 de Diciembre de 1819, que habiendo caído en manos de los idiotas Correas (1) la correspondencia literaria que el P. Sarmiento siguió con su hermano en largo espacio de 50 años, nos vemos hoy privados

(1) Entre los M. S. de Cornide hemos visto el siguiente: *Papel del P. Fr. Martín Sarmiento que da á luz su sobrino D. Josef Blas Correa y Salgado, vecino de la villa de Pontevedra, sobre la inscripción griega de un Lignum Crescis que se venera en el oratorio de los Excelentísimos señores Duques del Infantado. En Madrid y Diciembre de 1759.* A este *Correa* se alude en la carta.

de un tesoro que acrecería la gloria de nuestro clarísimo y el honor de su familia.»

Otras veces, en vez de cartas, mandaba Sarmiento á su digno hermano los libros que le parecían más útiles, encargándole mucho (1): «Siempre que leyeres alguna máxima cierta, fácil, curiosa, tómala de memoria, y espárcela entre los de *Boa-Vila.*»

En cuanto lograba adquirir alguna semilla que le pareciese no haber en Pontevedra y estar indicada para aquel terreno, apresurábase á enviarla. Entre otras, recordamos que dice en varios de sus escritos haber remitido allá simiente de la *Angélica,* de la *Malva arborescens africana,* de la *castaña equina,* de *peras de Aranjuez,* del *Apocino,* de la *Ficoides,* de *Chía,* de *Balsamina,* de *Barrilla,* de las *cebollas gigantes* y del *ruibarbo.* Conteniendo las semillas mandaba cartas que venían á ser como ésta, dirigida á su hermano en 26 de Enero de 1757:

«Pedí al dicho Quer un poco de semilla, y es la que remito inclusa: repártase á proporción entre los consabidos amigos..... Pido que se cuide mucho..... En Santa Clara, Santa Margarita, Mourente, Tomeza, en Compañó y en la

(1) Carta de 16 de Julio de 1760.

Quinta de Montenegro, hacia el río, se dará admirablemente. Y no he de parar hasta que ahí sea tan común el *Reybarbo verdadero,* como el *Lampar* y la *Carven.*»

Por lo mismo que reputaba tan útiles los esquejes que remitía á Pontevedra, desbautizábase si no los tenían en el debido aprecio, ó no hacían de ellos el caso conveniente. En una ocasión, porque no se le notificaba que hubiesen prendido ó no, llegó á decir á D. Francisco Javier (1): «No me vendas lástimas de nuestros paisanos; que se ahorquen todos, y que paguen bien su afectada satisfacción y su innata aversión á todo lo bueno.»

En el capítulo V vimos los trabajos que acerca de Pontevedra escribió el P. Sarmiento. Pero, á más de los referidos, en otros muchos pregonaba las glorias de aquella población, ó discutía puntos históricos y geográficos referentes á la misma. Según él (2), los celtas, que, caminando siempre al Norte y entrando en Galicia por las orillas del mar, llegaron á Betanzos y se fijaron de asiento en las vecindades de Finisterre, no pudieron detenerse en el país

(1) Carta de 13 de Julio del 57.
(2) Carta á Terreros.

de Pontevedra «porque estaba muy poblado ya de naturales.» En tiempos de los Suevos y de los Godos, añade en otro sitio (1), aquel país «no pudo menos de ser habitado y famoso..... y por mediar entre Braga y Lugo, ha sido el centro del comercio marítimo, el teatro del catolicismo y del instituto monástico.»

Respecto á su origen, dice en su trabajo sobre el *Cerco de Pesquería de Pontevedra* (2), que la población y el puente deben competir en edad con los más antiguos lugares de España. La primera noticia que halló del nombre Pontevedra, *Pontis veteris,* no sube más allá del año 1103; pero, como arguye él con mucha discreción, si en los comienzos del siglo XII ya el *puente* era y tenía nombre de viejo, su fabricación debía remontarse mucho tiempo atrás, haciéndose verisímil que se halle significado con la expresión *ad ambas pontes* de las donaciones de la Pertigueira, del Conde de Lemos, y de Santiago, y con la de *ad duos pontes* que se halla en el Itinerario de Antonino, y con la de *Lambriaca.* Creía Sarmiento, y así se lo escribió al P. Esteban Terreros Pando, que Ponte-

(1) *Glosario para la inteligencia de todas las voces de la lengua gallega,* colección de Franco Dávila, t. 3, parte 2.ª
(2) Colección cit. t. 9, parte 1.ª

vedra era la *Hellenes,* esto es, *pueblos griegos,* del geógrafo Estrabón, fundación de Teucro y de otros griegos, *Grecorum soboles omnia,* que dijo el naturalista Plinio; en lo cual, asegura en otra parte el autor, concuerdan «todos los extraños y españoles.» El nombre del río de Pontevedra, el Lérez, creía que se encontraba en los manuscritos de Pomponio Mela, donde se le llama *Lerón,* según advirtió igualmente Isaac Vosio, y que vendría del adjetivo *Léricon, Lérice, Lérez.*

En 1762 empezó á escribir una *Historia general de Galicia y particular de Pontevedra,* de que sólo, por desgracia, dejó ligeros apuntes. En su *papel sobre la Seixebra* (1), dijo que tenía proyectado escribir «con mucha extensión, y con crítica geográfica, del sitio y nombres antiguos de Pontevedra.» Distraído por otras atenciones, no pudo dedicar á estas materias tanto tiempo como él hubiera querido y sería de agradecer. No obstante, todavía en el volumen último de su obra de 660 pliegos, escribió 20 de apuntes para formar la historia de Pontevedra. También se halla entre sus manuscritos el *Vecindario del Regimiento de Milicias de Pon-*

(1) Párrafo 33.

tevedra, donde se ve que cada 40 vecinos daban un soldado, y que á la formación de dicho Regimiento, que era el cuarto de los seis de Galicia, concurrieron 40.000 vecinos, de los cuales pertenecían á Pontevedra 1.195 sin contar los marineros. En su estudio sobre los *Vegetales kalí, sosa y barrilla,* notaba que el departamento marítimo de Pontevedra tenía dos tercios de la gente matriculada «en toda Galicia, Asturias y Montañas.» Por el *Estado de la Matrícula de Marina en 1754,* que inserta Sarmiento, se ve que había 6.590 marinos y 1.304 barcos, de los cuales 83 eran *pataches,* ó de cubierta. A la capital del departamento, ó sea á Pontevedra, correspondían 204 marineros y 30 embarcaciones.

Las descripciones que Sarmiento hacía de Pontevedra y sus contornos, más que otra cosa, eran encarecidísimas alabanzas, de las cuales sacaba por conclusión «que la villa y país de Pontevedra, por su cielo y clima, etc., etc., es de aquellos lugares que jamás el tiempo ni los hombres los podrán arruinar del todo.» En el clima notaba tres cosas que tenía por *singularísimas* y explicaba latamente: la distribución de las muchas aguas, la dirección de los aires y del flujo del mar, y, por último, la disposición del

terreno. Lo que más que otra cosa le agradaba, era «la caída desde el Castro de Maurente á Pontevedra;» y la orilla del Lérez, donde, según dice con singular gracejo, «la agua salada de la ría y la dulce del río, se unen y abrazan, y andan seis horas al morro, á cual debajo y cual encima.» Aranjuez mismo antojábasele menos hermoso, y así, en 3 de Junio de 1754, después de manifestar que «siempre ha habido rollizas damas gallegas que se esquivarían con el mismo Apolo, aun siendo éste tan hermoso, y ellas, como satirizó Góngora, *con caras que guardan sus piernas y con piernas que guardan sus caras,*» escribía al Duque de Medina Sidonia, desde su querida Pontevedra:

«Yo tengo aquí también mi Aranjuez, por lo que esta voz significa traslaticiamente, y con el privilegio de estar *procul á Jove,* y *procul á fulmine;* pues por este país jamás truena sino en invierno. Amenidad por amenidad, á la de acá me atengo, pues ésta no tiene contrapeso. Aquí bautizé con el nombre de *tempe* á un sitio tan delicioso, que parece le tuvo presente Eliano, quando pintó el de Tesalia. Y un *quid pro quo* de Daphne de Antioquía, que V. E. habrá visto en Hortelio, se halla en qualquiera rincón de este orizonte. Protexto á V. E. que vi

y toqué en la caída de un monte, y en el corto espacio de 60 pies, una palma de 30 de alto, y que da dátiles, un ciprés más alto, unos naranjos, y dos ó tres arrayanes tan altos como ellos. De laureles no se hace caso por acá, sino para arcos de cubas y para que en ellos canten los ruiseñores.»

Cuando habla con sus íntimos, Sarmiento casi nunca da otro nombre á Pontevedra que el de *Boa-Vila.* De lo cual hace la explicación, diciendo: «Por ser tan populosa, antigua y amena, le doy el título de *Vila, pro famosiori,* y por el adagio *Pontevedra e boa vila.*» Y á la verdad que no podría parecer este título de *boa vila* impropio á los extraños, pues ya entonces se consideraba á Pontevedra, como la llama P. Mingote, el *jardín de Galicia,* notable, según escribía el P. Isla (1) «por el despejo del cielo, por la dulzura del terreno, por la benignidad del temple y por el genio de las gentes.»

Uno de los santos á quienes tenía Sarmiento más especial veneración, era Santa Margarita, á la que se había dedicado un templo cerca de Pontevedra, á la puerta del cual, leemos en uno de los manuscritos que donó Cousiño á la Univer-

(1) Carta 256, á su hermana.

sidad Compostelana, «se ve un robusto roble de un grosor extraordinario que tal vez será el árbol más enorme que pueda verse en toda España, y cuya corpulencia con simple credulidad atribuye el vulgo á milagro de la santa:» varias veces se quejó á su hermano de que, teniendo tantas nietas, á ninguna puso el nombre de la santa de su especial devoción, en cuya ermita había rezado muchas veces al ir á recrearse en aquellos sitios con la deleitosa perspectiva del maravilloso paisaje.

Venga ó no venga á cuento, el curioso lector de los escritos del Rvdo. Padre, tiene que enterarse de que «en las conquistas de América y en las guerras de Italia y Flandes han salido de allí y sus vecindades enjambres de soldados y marineros» (1); que «las armas de los conquistadores de las Indias eran de la fábrica de Pontevedra» (2); y que los Reyes Católicos, en una ley publicada en Tarazona en 1495, mandan «que los hombres de alguna hacienda tengan pavés ó escudo de Pontevedra»; y otras muchas cosas que honran tanto á la ciudad de Teucro, como acreditan el amor que la profesaba

(1) *Situación y clima de Pontevedra.*
(2) Obra de 660 pliegos.

Fr. Martín. Lo que dice de la carabela en que salió Colón á buscar un nuevo mundo, merece copiarse sin quitar una sílaba (1):

«La carabela en que salió Colón, se llamó gallega, según Oviedo (2), y era dedicada á Santa María, aludiendo á la patrona de los de Pontevedra. Es mucho concurrir el que Enrique IV diese como dió á Pontevedra el privilegio de una feria de 70 días, 15 antes y 15 después de la fiesta de San Bartolomé, patrono de la villa: el que los Reyes Católicos hubiesen dado como dieron á todos los mareantes de la villa el privilegio de que no los pudiesen ajusticiar, sino como á nobles, no siendo por delito de alta traición: el que los mismos Reyes mandaran que todos usasen escudos de la fábrica de Pontevedra; y el que la carabela de Colón se llamase la gallega y se llamase y estuviese dedicada á Santa Maria..... para que sea inverosímil..... haya sido fabricada en el arrabal ó pescadería de Pontevedra y que se dedicase á S. María la Grande..... que es la patrona de todos los marineros, en parroquia separada.»

El P. Sarmiento se consideraba fuera de Ga-

(1) M. S. de 660 pliegos

(2) El pasaje á que alude Sarmiento, se halla en la *Historia de las Indias,* parte 1.ª, lib. 2, c. 5.

licia poco menos que en tierra extranjera: y de ahí, en parte, su vida retirada y aquel su abstraerse, en cuanto le era posible, de todo comercio con las gentes de Madrid, cuyas calles y contornos rarísimas veces le veían; mientras que, cuando iba á Pontevedra (1), «pateaba palmo á palmo todo el terreno.» Al revés de Mahoma, que, porque no venía la montaña á él, iba él á la montaña, ya que no podía ir á tierra de Galicia, hacía que viniese tierra de Galicia á su cuarto. Cuando el bando de un Corregidor de Madrid le hizo quitar de las ventanas de la celda los tiestos que en ellas tenía, «lo más es, decía profundamente dolorido (2), lo más es que entre esa tierra había tierra gallega de Pontevedra que había hecho venir en unos barriles.....»

Desde el punto y hora que ponía los pies en territorio de Galicia, parecía otro hombre, se transformaba; él mismo decía que estaba desconocido: volvíase más expansivo y tratable, la jovialidad se hacía su constante compañera, y en su rostro se notaba la íntima satisfacción que le producía el hallarse entre los suyos, verdaderamente en su elemento. «Te aseguro, escribía á

---

(1) *Elementos etimológicos.*
(2) *Contestación á la carta de la Junta de Agricultura,* 18 de Diciembre de 1765.

su amigo Colmenero (1), que me da asco de acordarme de Madrid y de sus conveniencias: ya no echo de menos mi celda ni mis libros, pues por aquí me divierto contemplando las cosas que Dios ha criado de peces, aves, animales, árboles, plantas, hierbas, conchas, etc.»

Ya en el año 51 había querido volver á Pontevedra con ocasión del Jubileo de Santiago; pero no pudo lograrlo:

«Esto, escribía al Marqués de Aranda (2), me es sumamente sensible; pues solos los meses que estuve allí el año 45 puedo decir que son los únicos que he tenido de gusto.»

La *morriña y las soedades,* esa especie de infinita nostalgia que se apodera de los gallegos cuando se hallan fuera de su país, traían á mal traer al P. Sarmiento, que no podía no echar de menos en el retiro de las cuatro paredes de su celda de Madrid la verdura de las montañas, la frondosidad de los *soutos, veigas, chouzadas y gandras,* las auras de las *carballeiras y pinales,* el blando y armonioso movimiento de las olas del mar en la alegre playa, y el apacible murmurio de los ríos de su tierra sombreados

(1) 27 de Enero de 1755.

(2) 11 de Julio de 1750.

por una vegetación exuberante, y partidos en mil bullidores arroyos como trenzas de plata tendidas sobre un campo de esmeraldas y zafiros. Vivir en Pontevedra, exclamaba de lo íntimo de su espíritu, en 4 de Mayo de 1757, vivir en Pontevedra, «es lo único que apetezco en este mundo.» Tres años después, trataba de poner por obra este su deseo, que fué el pensamiento que le preocupó durante toda su dilatada vida. Desprenderse de su librería, adquirida á costa de tantas privaciones, y testigo y objeto de sus desvelos y pervigilios, era como si le arrancasen las entretelas de las entrañas ó las niñas de los ojos; con todo, andaba buscando quien se la comprase, porque, escribía en 25 de Agosto del 60 al Duque de Medina Sidonia, «con los réditos por mi vida me podría alimentar con decencia agregado á un monasterio marítimo de Galicia.»

Esta idea suya de retirarse á Galicia, no era de entonces; pués en su *Inscripción Romana en la Limia, al Norte de Jinzo,* papel firmado á 1.º de Junio de 1759, decía: «Hace tiempo que medito dejar la corte y retirarme á un desierto monacal de mi país.»

Con motivo de su elección para Abad de Ripoll, escribió estas palabras: «Primero me

reduciré á comer papas de maíz en un desierto de Galicia, que arrostrar á empleos que me han de pudrir el cuerpo y el alma.»

En 1756 había dicho á su hermano: «Yo me pudro porque no me puedo volver á Galicia, y echar con la trampa á Madrid.»

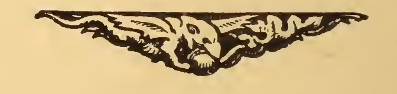
En una paladra: en su prosa casi siempre deslavazada sin aliño ni pergeño, y á las veces chavacana y ramplona, expresaba espontáneamente el P. Sarmiento, dirigiendo sus miradas hacia el ocaso del sol, la misma sed del espíritu, las mismas agonías del alma, que suelen apoderarse del gallego cuando no cubre su cabeza el cielo de su país, y maravillosamente están como condensadas en aquella tierna y doliente copla popular:

¡Airiños, airiños, aires!
¡Airiños da miña terra!
¡Airiños, airiños, aires!
¡Airiños, levâme á ela!

Sus deseos no pudieron verse realizados: la muerte atajó sus esperanzas, y exhaló el último suspiro lejos del país de sus padres. Pontevedra, que no vió su nacimiento, tampoco pudo darle sepultura. Lo repetimos: Sarmiento no nació en Pontevedra; no hay para que escatimar á Villafranca la parte de gloria que de jus-

ticia le corresponde. Pero él llamó su patria á la ciudad del Lérez, y ésta, aunque nacido en extraño suelo, debe considerarle como uno de sus predilectos hijos; porque pocos la habrán amado con cariño más entusiasta y profundo, y nadie trabajó por su bien y por su gloria con tanto celo y perseverancia. «Él, como escribía D.ª Carmen Beceiro (1) logró desenterrar y poner de relieve, aunque en pedazos, muestras de su esplendor y bélico ardimiento; él arrancó de entre el polvo del olvido documentos que la hicieron brillar; él buscó y encontró para darle honores, riqueza, nombradía, gloria.» Por eso, con mucha razón, concluía de este modo E. Pato Martinez unas quintillas en honor al P. Sarmiento:

Y como al árbol la hiedra,
Enlace gran sentimiento
Que anime la tosca piedra,
El nombre de *Pontevedra*
Al ilustre de *Sarmiento*.



(1) *Galicia Recreativa,* año 2, núm. 8.



ÍNDICE







ERRATAS NOTABLES



PAG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
13	6	convenientc	convincente
67	6	lo	la
138	5	en ellos	ellos
173	14	papel el	el papel
177	11	interpeladas	interpoladas
185	9	pontega	poutega
205	9	Alfonso VIII	Alfonso IX
207	1	Insul	Insulae
215	15	ventas	rentas





Acabóse de imprimir este libro
—con licencia del ordinario—
en la Imprenta de la Casa
de Misericordia de
La Coruña á 30
de Abril de
MDCCCXCV



OBRAS DEL MISMO AUTOR



	Pesetas
El Pontificado y el actual pontífice. En 4.º de 741 páginas con elegantes cubiertas.	6 »
El Monasterio de Samos.	2'50
La exposición continua del Santísimo en Lugo	1'50
El Darwinismo y la Ciencia.	1'50
Las Aras de la Catedral de Lugo.	1 »
La enseñanza en Lugo (obra premiada). .	2 »
Historia del culto eucarístico en Lugo. . . .	1 »
De zelo pastorali. . . . . (agotada).	
María antes de su concepción. . . . . . . (id).	

EN PREPARACIÓN

Glorias de Galicia.

La Arqueología cristiana.



BIBLIOTECA GALLEGA

OBRAS PUBLICADAS

Los Precursores; por D. Manuel Murguía.
Aires d'a miña terra: 3.ª edición, por D. Manuel Curros Enríquez; con un Prólogo de D. José Ogea.
El Idioma gallego; por D. Antonio de la Iglesia; tres tomos.
Soaces d' un vello; (poesías gallegas) por D. Benito Losada.
Queixumes dos pinos; (poesías gallegas) por don Eduardo Pondal.
Historia crítica de la literatura gallega; por D. Augusto G. Besada, volúmenes I y II.
Varones ilustres de Galicia; por D. José Pardiñas Villalobos, con un Prólogo de D. A. Martínez Salazar.
Romancero de Galicia; por D. Victorino Novo y García; con un Prólogo de D. Benito Vicetto.
Elogio del P. M. Feijoó; por D. Marcelo Macías y García; con un Prólogo del Dr. D. Juan Francisco Miguelez, y la Biografía del autor, por D. Andrés Martínez Salazar.
La campaña de Ultramar: (novelas) por D. Aurelio Ribalta.
La propiedad foral en Galicia; por D. Eduardo Vincenti; con un Prólogo de D. Joaquín Díaz de Rábago; y el Proyecto de ley de redención de foros, del Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Rios.
Ocios de camarote: (colección de cuentos cortos) por D. Joaquín de Arévalo; con un Prólogo del Excelentísimo Sr. D. Leandro de Saralegui y Medina.

Estudios sobre Galicia; por D. Leandro de Saralegui y Medina.

Poesías selectas: (gallegas y castellanas) por D. José María Posada; con un Prólogo de D. José de Santiago.

Caldo gallego; por D. Juan Neira Cancela.

Poesías gallegas y castellanas; por D. Francisco Añón; precedidas de un estudio acerca del poeta y de sus obras, por D. Victorino Novo y García, y del retrato del autor.

El cerco de la Coruña en 1589, *y Mayor Fernández Pita;* por D. Andrés Martínez Salazar.

Artículos y novelas; por D. José Rodríguez Seoane; con un Prólogo de D. Luís Rodríguez Seoane, y el retrato del autor.

El mundo rural; por D. José Ogea.

Chorimas; (poesías gallegas) por D. Alberto García Ferreiro.

Esbozos y siluetas de un viaje por Galicia; por D. Lisardo Barreiro.

Sucesos militares de Galicia en 1809; por el coronel D. Manuel García del Barrio; con Prólogo, notas y documentos, por D. Andrés Martínez Salazar.

Cousas d'a aldea; (versos gallegos) por D. Aureliano J. Pereira.

Leyendas, tradiciones y episodios históricos de Galicia; por D. Luciano Cid Hermida.

Ecos de mi patria; por D. Waldo Alvarez Insua.

Rimas; (poesías gallegas) por D. Juan Barcia Caballero.

Los Guerrilleros gallegos de 1809; por D. Manuel Pardo de Andrade; con un Prólogo de D. A. Martínez Salazar, tomos I y II.

Primicias; (poesías gallegas y castellanas) por don Salvador Cabeza León.

Juvenilia; (cuentos y novelas cortas) por D. Camilo Placer; con un Prólogo de D. Manuel Murguía.

El Último hijodalgo; (cuentos y novelas) por D. Manuel Amor Meilán.

Folerpas; (poesías gallegas) por D. Eladio Rodríguez González.

Crepusculares; (poesías castellanas) por D.ª Emilia Calé; con un artículo de D. Victorino Novo.
Galicia, León y Asturias; (viajes y monumentos) por D. Ramón Alvarez de la Braña; con un Prólogo de D. Luis Rodríguez Seoane.
Contos da terriña; por D. Heraclio Pérez Placer.
El Gran Gallego (Fr. Martín Sarmiento); por D. Antolín López Peláez.

EN PRENSA

A Tecedeira de Bonaval; por D. Antonio López Ferreiro.

De esta Biblioteca se han publicado 39 volúmenes, al precio de **2** pesetas uno, para los suscriptores á la misma, y á **3** los tomos sueltos.

Los pedidos deberán dirigirse á D. Andrés Martínez, Rua nueva, 19—La Coruña, acompañando su importe en letra ó libranza.

